

SUEÑOS Y VIVENCIAS DE ESCAZÚ



Editores

María del Carmen Araya Jiménez,
Freddy Mauricio Montero Mora.

SUEÑOS Y VIVENCIAS DE ESCAZÚ



UNIVERSIDAD DE COSTA RICA



DIRECCIÓN DE CULTURA
MUNICIPALIDAD DE ESCAZÚ



Serie de libros del Laboratorio de Etnología

398.209.728.6

S944s Sueños y vivencias de Escazú / editores María del Carmen Araya Jiménez, Freddy Mauricio Montero Mora. – 1. ed. – San José, C.R. : Sección de Impresión del SIEDIN, 2006.
174 p. : il. – (Serie de libros del Laboratorio de Etnología)

ISBN 9977-15-142-3

1. ESCAZÚ (SAN JOSÉ, COSTA RICA) – ENSAYOS, CONFERENCIAS, ETC. 2. ESCAZÚ (SAN JOSÉ, COSTA RICA) – VIDAS SOCIAL Y COSTUMBRES. 3. FOLCLOR – COSTA RICA. I. Araya Jiménez, María del Carmen, 1960- , II. Montero Mora, Freddy Mauricio, 1967- , ed.

CIP/1603
CC/SIBDI.UCR

Universidad de Costa Rica
© Laboratorio de Etnología

Ciudad Universitaria “Rodrigo Facio”
San José, Costa Rica

Primera edición: 2006

Diagramación del texto y diseño de portada: Ernesto Bolaños

Prohibida la reproducción total o parcial
Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

ÍNDICE

- 9 Palabras del Comité Organizador
Sueños y Vivencias de Escazú**
María del Carmen Araya Jiménez,
Universidad de Costa Rica
- 13 Construyendo nuestra memoria histórica**
Freddy Mauricio Montero Mora,
Director de Cultura, Municipalidad de Escazú
- 16 Merecer el Futuro**
Palabras del Alcalde de la Municipalidad de Escazú,
Marco Antonio Segura Seco
- 18 Palabras del Comité Examinador**
Roberto Villalobos Ardón
María Eugenia Bozzoli Vargas
Fernando Contreras Castro

ENSAYOS GANADORES

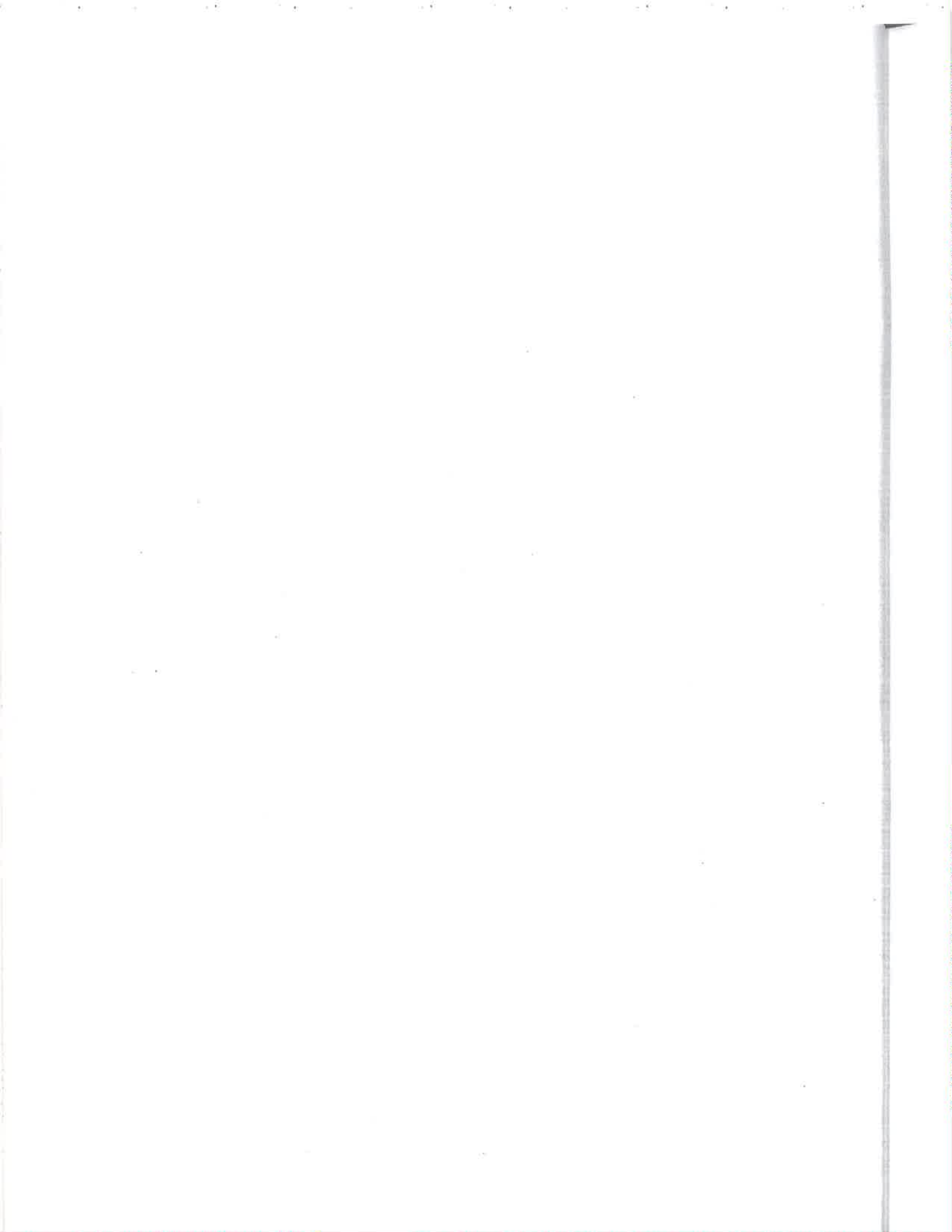
- Primer lugar
- 23 La Calle de Curio ayer y hoy**
Luz Marina Pérez Montes (*Luciérnaga*)
- Segundo lugar
- 41 Petra Venada**
Ana Rosa Roldán Porras (*Petra*)
- Tercer lugar
- 43 El Kinder de la Venezuela**
Alejandrina Mata Segreda (*Maestra*)

ENSAYOS PARTICIPANTES

- 59 Recordando mi terruño**
Virginia Bustamante Madrigal (*La niña*)
- Reconocimiento especial
- 65 Historia de Escazú en los años 1930**
David Castro Marín
- 83 Nostalgia de mi pueblo**
Marlen Chacón Cubillo (*Pequeña Ilusión de Tauro*)
- 87 Balmoral Escazú**
Emilia Cortes Araya (*La Sulamita*)
- 93 Algunos recuerdos de Escazú a través de mi larga vida**
Nellie Echeverría Elizondo (*Abuela*)
- 105 Chayito**
Laura Angélica Fatjó Carvajal (*Bruja Negra*)
- 109 Vivencias Inolvidables**
Zeneida Flores Valverde (*Panchita*)
- 111 Historias por contar**
José Rafael Flores Alvarado (*Jorafa*)
- 123 Mi Escazú**
José Luis Gómez Cucalón (*Chiguín*)
- 127 Escazú tierra de viejos sueños y nuevas esperanzas, ¿Podremos progresar sin renunciar a nuestro pasado y perder nuestra herencia cultural?**
Randall Murillo Barrios (*Murillo*)
- 133 Escazú. Y sus personajes folklóricos**
Hugo Alberto Peña Flores (*El Brujo*)
- 157 Las mascaradas de mi pueblo**
Tomás Sánchez Flores (*El chirca*)

163 San Rafael de Escazú.
El distrito de antaño y el de ahora
Vera Violeta Sibaja Chacón (*Mini*)

171 La vela de don Carlos
Fred Villalobos Guzmán (*Ramón Villa*)



SUEÑOS Y VIVENCIAS DE ESCAZÚ

María del Carmen Araya Jiménez

El año del 2002, la Organización de las Naciones Unidas inauguró un nuevo siglo decretándolo, en resolución 56/8 del 21 de noviembre del 2001, en sesión plenaria número 61: Año de las Naciones Unidas del Patrimonio Cultural, que incluye, por supuesto, tanto el patrimonio tangible como intangible.

Esta declaración constituyó una convocatoria a todas las personas e instituciones del mundo a pensar, trabajar, investigar y a proteger el patrimonio cultural de nuestros pueblos.

El Departamento de Antropología de la Escuela de Antropología y Sociología de la Universidad de Costa Rica, por la naturaleza de su disciplina y por su interés especial en estudiar y conservar el patrimonio arqueológico, arquitectónico y en general el patrimonio material, así como por promover el rescate de la memoria histórica, la historia oral y todas las formas de expresión verbales que han contribuido a construir lazos sociales entre los integrantes de la sociedad costarricense desde sus distintas expresiones culturales, decidió, enfáticamente, responder positivamente a la convocatoria de las Naciones Unidas.

Además de esta motivación, el Departamento de Antropología, preocupado por las grandes transformaciones que se están dando en la vida urbana de la provincia de San José, que modifican tanto el espacio, la infraestructura, los hábitos, los valores, las emociones y el ritmo de vida de sus habitantes, pensó en organizar una actividad en donde la Universidad se proyectara aún más a la comunidad y promoviera la importancia social de narrar vivencias e historias personales como parte de la cultura viva.

Es así como nació este concurso en el marco de la Vicerrectoría de Acción Social, instancia de la Universidad de Costa Rica encargada

de articular la vida y los intereses comunales, con la vida y los intereses de académicos.

Con este proyecto bajo el brazo, el Departamento se enfocó a la tarea de llevar este reto a otras instituciones. La Municipalidad de Escazú, a través de la Dirección de Cultura, coincidió con este interés y dio el apoyo para que se llevara a cabo el proyecto en el cantón que ellos representan. Desde ese momento, marzo del 2002, muchas enseñanzas y riquezas se han producido: la importancia de la coordinación interinstitucional, en este caso para contribuir con el desarrollo cultural, ha sido una. La necesidad de la sociedad civil por encontrar espacios en donde poder hablar, compartir y recrear el significado de sus vidas y del mundo que les rodea, ha sido otra.

Con este cúmulo de aprendizajes que se van acrecentando, poco a poco, el Comité Coordinador constituido por Freddy Montero Mora, Director de Cultura de la Municipalidad de Escazú y mi persona, María del Carmen Araya Jiménez, profesora del Departamento de Antropología, preparó las condiciones para el concurso, que incluyeron dos talleres, en donde se compartió con algunas de las personas que presentaron ensayos en el concurso, y con muchas otras más, temas relacionados con el patrimonio cultural, la identidad cultural, la memoria histórica, los cambios que se han dado en Escazú y el valor de la cultura popular en las políticas culturales en Costa Rica.

Una vez finalizado el período para presentar los ensayos, el 31 de enero del 2003, se conformó el Comité Examinador constituido por 3 reconocidos académicos y profesionales:

- Antropóloga María Eugenia Bozzoli Vargas, Premio Magón de Cultura año 2002
- Escritor costarricense Fernando Contreras Castro, profesor de la Universidad de Costa Rica
- Arquitecto Roberto Villalobos Ardón, Decano de Facultad de Bellas Artes

Ellos leyeron con gran sensibilidad y compromiso los 16 ensayos presentados, por eso, un reconocimiento especial a su labor. La recomendación unánime de este Comité fue publicar todos los ensayos, dado el aporte que hacen a la memoria histórica de los pueblos.

En relación con los autores de los trabajos, estos nacieron en distintas décadas, desde el año 1920 hasta el año 1977, hecho que permite a los lectores acercarse a la visión, al pensamiento, a los intereses

y a la forma como jóvenes, adultos y personas de la tercera edad rememoran y recrean la vida en Escazú. La diversidad de temas tratados: historias familiares, vivencias personales, vida en instituciones educativas, personajes característicos, lugares añorados, actividades tradicionales como las mascaradas, historias sobre el nacimiento que los adultos contaban a los niños, etc., narradas a partir del propio modo de pensar, de decir y de recordar las cosas, enriquece la información que se presenta en este libro.

Recientemente, en marzo del 2003, por esos juegos de la vida, el Comité Coordinador conoció el caso de don David Castro Marín, quien tenía un cuaderno en el cual llevaba 62 páginas escritas de su puño y letra sobre la vida en Escazú y esperaba que alguna persona pasara a recogerlo y lo llevara al concurso. Una vez leído el relato de don David, se recomendó incluirlo ya que desde su memoria, él hace un valioso recuento de la vida y de los personajes que habitaron Escazú en los años 1930.

Es importante subrayar que con el objetivo de mostrar las diversas y ricas formas de escritura de los autores, que expresan distintas formas de organización del lenguaje, del pensamiento y de los recuerdos, las 17 narraciones se publican tal y como ellos y ellas las escribieron.

No podemos finalizar este breve preámbulo, sin antes mencionar y expresar nuestro más sincero y profundo agradecimiento a todas las personas e instituciones que hicieron posible el concurso Sueños y Vivencias de Escazú. A la Vicerrectoría de Acción Social, tanto en el período de gestión de Leda Muñoz García como de María Pérez Yglesias, por apoyar el proyecto y la publicación del libro y de esa manera contribuir con el conocimiento de la cultura popular y de la memoria histórica; a la Municipalidad de Escazú por compartir nuestros sueños; a la Escuela de Antropología y Sociología por el apoyo logístico brindado; a la Oficina de Divulgación de la Universidad de Costa Rica, que nos asesoró y ayudó con la organización del Acto de Premiación del Concurso, celebrado el 7 de mayo del 2003; al grupo de estudiantes que en distintos momentos colaboraron con el proceso, en tareas de difusión, producción de fotografías y materiales didácticos y tareas de edición del libro. Adriana Naranjo Rojas, Yara Troyo Vargas, Pedro José Avendaño Soto, Bohián Pérez Stéfanov, Marianella Alpízar Aguilar, Jairol Núñez Moya, Adriana Bolaños Cruz y miembros de la Asociación de Estudiantes de Sociología y de la Asociación de Estudiantes de Antropología.

Un reconocimiento especial a todas y todos los participantes del concurso quienes con gran pasión y entusiasmo, decidieron enriquecer aún más la historia y la cultura de Escazú, al narrar y compartir con nosotros sus sueños y vivencias.

CONSTRUYENDO NUESTRA MEMORIA COMUNITARIA

Freddy Mauricio Montero Mora,
Director de Cultura Municipalidad de Escazú

Durante los últimos cincuenta años, la ciudad de San José ha experimentado un crecimiento sin precedentes. La expansión del casco urbano e industrial de la capital ha rebasado las antiguas líneas límites establecidas por nuestros abuelos, invadiendo campos de cultivo, zonas de pastoreo de reses y haciendas caficultoras. Veredas y trillos abren paso a carreteras y aceras encementadas, las quebradas de aguas cristalinas en campos de desecho de basura industrial. Nuestra ciudad ha cambiado, transformando con su crecimiento las apacibles periferias rurales josefinas, desestructurando antiguos referentes identitarios y creando nuevas dinámicas de relaciones humanas.

Este proceso acelerado de transformación urbanística y cultural ha sido vivido intensamente por el cantón de Escazú, lugar que en el pasado se caracterizó por sus apacibles campos de sembradíos de caña, café y hortalizas. En la actualidad, las antiguas veredas perfiladas con porós, han dado lugar a la existencia de torres habitacionales, *mall*, oficentros y autopistas; mientras que la construcción de vastos proyectos residenciales a lo largo del cantón han traído un flujo constante de nuevos residentes, venidos de diversos lugares, tanto a escala nacional como internacional.

Desde la Municipalidad de Escazú, el escenario actual de relaciones sociales del cantón contiene una lectura compleja, dada la velocidad transformacional del entorno y la actual heterogeneidad sociocultural. Sin duda alguna, este tema resulta ser de vital importancia desde el gobierno local, dada la necesidad de contar con asociaciones comunitarias organizadas y participativas, capaces de asumir tareas de forma responsable y consensuada. En otras palabras,

la gestión local y el desarrollo de la agenda municipal dependen en última instancia, según nuestro criterio, de la existencia de referentes identitarios y de adscripción cultural comunitaria por parte de la población escazuceña, siendo este el motor que sustenta la organización y participación social.

Por tanto, desde la Dirección de Cultura de la Municipalidad de Escazú, conscientes de la importancia de promover políticas culturales destinadas a la sostenibilidad de las redes sociales comunitarias mediante la construcción de la memoria histórica colectiva, celebramos la decisión de la Universidad de Costa Rica de proponernos la organización conjunta del Certamen “Sueños y Vivencias de Escazú”. Mediante esta experiencia, tuvimos la oportunidad de escuchar desde las mismas vivencias de los escazuceños, los elementos emotivos y simbólicos que les atan a esta comunidad y las diversas formas de cómo el proceso de transformación urbana ha impactado sus valoraciones de sus sentidos de comunidad. Cada ensayo elaborado, concebido con una subjetividad única, nos relata desde una posición plenamente humanista, los avatares del escazuceño y escazuceña modernos, quienes defienden su cariño por el “Escazú humano”, recreando mediante recuerdos a los amigos y familiares que para ellos y ellas fueron significativos en este espacio, y que dio pie para el surgimiento de experiencias entrañables.

Significativo por ejemplo es el esfuerzo que desarrolla don David Castro, quien a sus más de noventa años de edad, se preocupa por inventariar a todas aquellas familias que vivieron en el Escazú de antaño; su labor la realiza, nos dice, para evitar el olvido de aquellas familias de otrora que también vivieron y soñaron a Escazú. Desde otra perspectiva, participantes como doña Marlene Chacón y Luz Marina Pérez se preguntan por el paradero de sus memorias infantiles, ¿qué pasó con mis vecinos de Matapalo?, ¿a dónde fueron a dar las tardes de verano en las posas de mi barrio?, ¿quién se acuerda del aroma de la Chirca?

Las vivencias narradas por los participantes nos hacen percibir el carácter realmente emotivo que ata a estos individuos a su comunidad, y como ésta es vivida a lo interior de sus propias subjetividades. Nos hablan de un Escazú que se vive desde lo interno, expresado a través de las personas y lugares significativos que dan pie para poder hablar de la existencia de la comunidad.

Sin duda alguna, las narraciones nos hacen plantearnos la necesidad de definir un proyecto como comunidad, revalorar los objetivos

colectivos de antaño y construir nuevos derroteros que conduzcan a espacios de mutuo entendimiento cargados con una nueva vitalidad y emotividad y nuevos retos y aspiraciones.

Esperamos por tanto, que las narraciones recopiladas a través de esta memoria nos permitan reflexionar sobre Escazú, planteándose así el espacio para repensar nuestro futuro como comunidad. Agradecemos profundamente a la Universidad de Costa Rica por el apoyo suministrado al pueblo de Escazú para la realización de este proyecto; un agradecimiento especial a la Dra. María del Carmen Araya Jiménez quien con su demostrada mística de trabajo supo motivar a los participantes a seguir adelante con sus creaciones.

Finalmente deseamos reconocer el apoyo aportado por el tribunal dictaminador con el que se contó este certamen, personas de una gran trayectoria profesional en nuestro país, nos referimos a la antropóloga y Premio Magón doña María Eugenia Bozzolli, el escritor y profesor universitario don Fernando Contreras Castro y el arquitecto y Decano de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Costa Rica don Roberto Villalobos Ardón.

A todos ustedes, muchas gracias.

MERECER EL FUTURO

Marco Antonio Segura Seco

Alcalde de la Ciudad de Escazú

Un pueblo que desprecia su pasado no merece su futuro, por ello leer las memorias escritas por los escazuceños y escazuceñas que participaron en el Certamen de “Sueños y Vivencias de Escazú”, nos rescata tiempos pasados que explican como vivimos hoy.

Volver atrás con historias, contadas por sus protagonistas, nos invita a soñar, a ser partícipes de la construcción de una vida, de un encuentro con los cambios y a ser testigos del presente.

La recopilación de estas memorias nos ayudará a conocer mejor Escazú, el cantón, el pueblo, el hogar en que hemos habitado y de donde han surgido nuestros antepasados y crecerán nuestros hijos. Quizá hallemos entre líneas la clave de muchas incógnitas o tan solo descubramos algo esencial en la idiosincrasia del escazuceño (a), ese no sé qué que nos hace representantes.

Sin duda, quienes se sumergieron en la lectura de los y las participantes, degustaron la risa, la tristeza, la angustia, la emoción, la melancolía y quizá el susto, narrado con presteza y originalidad en cada una de las historias. Y ellos supieron definir en cada una ese elemento escazuceño que al final exigió la publicación de este libro, un documento valiosísimo para las generaciones, evidencia de un pueblo que ha cambiado, pero que sigue teniendo su identidad propia.

A los ganadores, a los participantes en general, al jurado; María E. Bozzolli, Fernando Contreras y Roberto Villalobos, nuestro más profundo agradecimiento por contribuir a documentar un pasado común, un vestigio de lo que fue, de lo que debemos amar porque no vimos pero que es la cimiento de lo que hoy experimentamos día a día.

En nombre de todos aquellos que hemos visto a Escazú crecer, económica y socialmente, gracias por escribir, por leer y creer en que las historias pueden trascender, no como simples relatos pasajeros, sino como muestras vivas de imágenes y situaciones que explican el alma de un pueblo que cambia constantemente pero que lucha por hacer sobrevivir en la modernidad, aquello que nos hace humanos, que nos hace pueblo.

PALABRAS DEL COMITÉ EXAMINADOR

Esta publicación recoge un conjunto de relatos ricos en sus variaciones estilísticas y en sus maneras de percibir y hacer palabra los entornos del paisaje natural, costumbrista y humano desde lo individual a lo colectivo. La memoria de un pueblo es el aliento que vigoriza su cultura y que la hace florecer en los imaginarios con que se justifica a sí misma.

Esfuerzo grato de partícipes y organizadores por edificar el testimonio que nos retrata, nos vuelve común el mundo -lo hace comunidad- y nos construye desde el recuerdo: papeles untados de nostalgias, de viejos destellos rescatados así del olvido y siempre capaces de resucitar cabangas.

Trabajo con mérito de los antropólogos conjuntado con la preocupación de la Municipalidad por rescatar estos jirones de la cotidianidad comunitaria. Trabajo que, por el orden y sistematización de los que hacen ciencia, vuelve realidad para las nuevas generaciones el encuentro con esas tibias vivencias que hacen también posible la Patria.

Reconocimientos a los narradores, a la Municipalidad de Escazú y a la Escuela de Antropología de la Universidad de Costa Rica, por su compromiso por hacer visible lo que nos identifica.

Roberto Villalobos Ardón, Arquitecto, Profesor del Curso de Filosofía del Arte de la Escuela de Filosofía, Facultad de Letras de la Universidad de Costa Rica

Es importante registrar experiencias significativas en la vida de las personas. Se trata de un ejercicio con varios resultados: satisfacción de la persona que narra, al tener ella la oportunidad de compartir sus vivencias, comunicadas libremente del modo que desea, con detalles que usualmente pasarán desapercibidos si quien relatara fuera solamente un observador. El narrador o narradora describe su realidad haciendo uso de su propia forma creativa de expresarse. Otro resultado es que las y los autores de relatos prestan un servicio a su comunidad porque contribuyen a definirle su identidad, a conservar su memoria colectiva, a provocar la reflexión crítica sobre lo que se ha retenido y lo que se ha cambiado, si esto ocurrió para mejorar o para empeorar. Las experiencias recogidas contribuyen con la toma de decisiones sobre el futuro de las comunidades, porque representan conocimiento de lo que ha sido y bases para lo que se pretende llegar a ser.

María Eugenia Bozzoli *Antropóloga, Profesora Emérita de la Universidad de Costa Rica Premio Magón de Cultura, 2001*

Las voces y los vientos

Un vendaval barrió Escazú. Tardó años en pasar y no ha pasado aún. Todo o casi todo fue movido de su lugar, y sobre lo que permaneció se levantaron edificios que antes no estaban, los caminos cambiaron su curso y los pobladores ensayaron rutas desconocidas. Viento inevitable que para algunos se llama progreso y para muchos, desarraigo. Viento que barre los pueblos y las ciudades, y trastoca el orden de las cosas hasta en los arcanos de La Memoria.

Las memorias, sin embargo, los recuerdos de las gentes, los relatos, las anécdotas de quienes resistieron la embestida, parecen obedecer a otro orden de la evocación; sus voces parecen un desafío al olvido, y hablan gustosas cuando alguien desea escuchar.

Los relatos que siguen a estos prólogos son esa memoria viva que aún ve el aura del pueblo antiguo sobre el nuevo orden de la vida olvidadiza. Aquí están restaurados la cotidianidad y el asombro para el que quiera escuchar y ver con los ojos cerrados el cruzamiento de los tiempos y los vientos.

¡Damas y Caballeros, con ustedes las voces de Escazú!

Fernando Contreras Castro, Escritor
Profesor de la Universidad de Costa Rica

ENSAYOS
GANADORES



LA CALLE EL CURIO AYER Y HOY

Luz Marina Pérez Montes

Seudónimo: LUCIÉRNAGA

No siempre viví por esta calle, mis primeros recuerdos de niña son de los 3 años en adelante, desde que vivíamos en un lugar por Bello Horizonte, al que llamaban Calle El Pedrero. Mi memoria me remonta a la noche en que nació mi hermano a quién atendió una partera que se llamaba doña Emilia, quién se asustó porque mi hermano venía de pie y no era para menos, pues la bendita calle no era más que un trillo en medio de cafetales y lleno de piedras, de ahí su nombre. Además, eran las nueve de la noche de un lluvioso setiembre; mi papá tuvo que salir corriendo a llamar a la ambulancia en medio de cafetales y bajo un aguacero y así tuvieron que sacar a mi mamá y a mi hermanito recién nacido en una camilla y tapados con hojas de guineo.

Por supuesto que todo esto nos lo contaron después a mi hermana y a mí, pues éramos demasiado niñas para entender, además de que a los niños nos decían que a los chiquitos (no se les decía bebés como ahora) los traía la cigüeña.

No nos quedamos viviendo ahí por mucho tiempo, porque a los tres días de nacido mi hermano, nos pasamos a vivir por la Calle La Masilla, del Recibidor que queda por la parada El Descanso, hacia adentro, o sea hacia el oeste y luego hacia el norte. La casa que mis papás alquilaron era de adobe y piso de tierra, pero era calientita y muy espaciosa; a mis papás no les gustaba porque decían que allí asustaban. Mi mayor recuerdo de esa casa, es que una vez mi mamá nos dejó a mi hermana y a mí, cuidando de mi hermano recién nacido, al que había colocado en una hamaca, pero esta tenía un hueco que al estar meciéndolo, se nos salió por abajo e imagínense lo enojada que se puso mi mamá.

Mi papá era jornalero y aunque ganaba poco, entre mi mamá y él, siempre se las arreglaron para que no nos faltara nada. Ellos compraban el diario en San José, en el Mercado Central, en un tramo que pertenecía a don Juan Venegas. Eso significaba un viaje a pie hasta Escazú a coger la “cazadora”, que así se le llamaba antes a los buses, cuya estación quedaba por donde está la Bomba *Shell*, el pasaje costaba ₡0,50 y de regreso tenían que cargarse el diario desde allí, desde Escazú, a pie hasta San Antonio; algunos tenían que subir más lejos, al Chiverral, hoy Barrio El Carmen, o hasta El Bebedero, de veras que era gente valiente. Algunos subían su carga en carreta o a caballo, pero la mayoría tenía que hacerlo a pie, con aquellos pesados sacos sobre los hombros. También de esos lugares bajaban señoras con canastos cargados de anonas, naranjas y otras frutas a venderlas al Centro, que así se le llamaba a Escazú.

El caso es que cada viernes esperábamos ansiosos a que papá volviera con el diario, porque siempre le daban feria, así le llamaban a la costumbre de darle al cliente salchichón, queso o confites adicional a la compra.

¡Que rico! Eso unido a que siempre llevaba un buen pan y nos resultaba delicioso, comer el salchichón frito con las puntitas del pan mojadas en la grasita que quedaba después.

Pero mi mamá no se conformaba con estar pagando casa, así que un día sorprendió a mi papá con la noticia de que le había comprado un lote a don Gerardo Alvarado, un señor de más arriba. Así que a conseguir material para hacer la casa. Con la Municipalidad no había problemas para ese entonces para conseguir permiso para construir. Había gente de muy buen corazón, tanto allí como en el vecindario, solo bastaba hacer un croquis de la casita que se quería construir y le firmaban el permiso sin problemas, pagando poco o casi nada por eso.

Por esa época no había luz eléctrica por esas calles, solo por la calle principal, por lo que la gente se alumbraba con candelas o con canfineras y se cocinaba con leña. Algunas personas tenían de esas cocinas de hierro negro, pero la mayoría lo que tenía era un fogón, que era una especie de mesa grande rellena de tierra apelmazada a la que se le ponía unos ladrillos y una lámina de metal con los respectivos huecos para colocar las ollas, cabe decir que la comida sabía deliciosa cocinada de esa manera. Era muy lindo por las tardes lluviosas ver las chimeneas humeantes sobre las casas del vecindario. No se veían antenas de TV como ahora.

Mi mamá era la que se encargaba de comprar la leña, siempre ha sido muy buena administradora, por lo que nunca nos faltaba lo necesario. Ella siempre se las ingeniaba para conseguir la carne y la verdura, pues la costumbre era que todos los domingos se comía la famosa olla de carne; ella iba a Escazú hasta la carnicería de un señor al que le decían Enrique “Pacho”. La vida era dura entonces pero la gente aprendió a ingeniárselas con lo que había, claro, no existían IMAS, INVU u otras instituciones de ayuda, en fin “PAPÁ GOBIERNO”. Aunque la gente era pobre, no estaba de moda vivir de crédito como ahora; la gente tenía que luchar más para tener su casita y el sustento para sus hijos, pero se vivía dignamente, era muy raro oír de alguien que fuera ladrón y aunque si se veía una que otra persona pidiendo limosna, la gente era muy caritativa. El caso fue que para construir nuestra casa mi papá se las arregló con materiales “reciclados” aunque esta palabra ni siquiera se usaba para aquellos tiempos, por ejemplo el techo fue del que quedó del tramo de don Juan Venegas, después de que se quemó y que este señor le regaló a mi papá.

Para los niños eran hermosos esos días; jugábamos hasta en la calle, en los cafetales y en los ríos, pues estos no eran muy hondos, especialmente en verano. Como no había televisión, nos inventábamos juegos o seguíamos las temporadas de los juegos tradicionales. Estaba la época de los trompos, la de las bolinchas o canicas para los varones y la de los *jackses* y de los cromos para las niñas, además de saltar la cuerda, jugar quedó, mirón mirón y uno que se jugaba en dos grupos y que decía más o menos así:

-¡Ahí vienen los moros!

-¿A qué?

-¡A matarlos!

-¿Con qué?

-Con un cuchillo.

-¿De qué?

-De palo.

-¡Santo, santo, santo!

Siempre nos inventábamos juegos nuevos e improvisábamos otros, como carretas con latas de sardina que papá nos hacía para Semana Santa o muñecas de palo con camisas o vestidos que les “cachábamos” a mamá, pero la alegría llegaba por Navidad, cuando esperábamos que llegara el “Niñito Dios”, no sabíamos que era el papá el

que nos ponía los juguetes debajo de la almohada, una vez que nos dormíamos cansados de esperar para poder verlo la noche del 25 de diciembre. Los juguetes tradicionales eran los carritos para los niños y las muñecas para las niñas, pero también nos regalaban cornetas y “chicharras”, unos juguetillos de metal con figura de ese insecto y que lo hacíamos sonar apretando una latilla que tenían por debajo, tanto las apretábamos que para el 31 de diciembre ya el bendito juguetillo no servía y acababa en el cafetal. Pero era divertido, el 25 de diciembre por la mañana oír las cornetillas y las chicharras sonar por todo el vecindario y salíamos a la calle a comparar nuestras muñecas y carritos y a jugar con los trastitos de lata. No era como ahora que la época navideña la empiezan casi que desde octubre y los comercios por medio de la TV bombardean a los niños con la imagen de tal o cual juguete y estos presionan a sus padres para que se los compren si no les hacen un berrinche. Será porque era diferente la forma de criar a los hijos, teníamos que hablarles con respeto a los mayores y cuidado con alzarles la voz.

Aunque era duro para los padres criar a sus hijos, era una vida hermosa precisamente por lo sencillo que se vivía; los papás salían a sus trabajos, generalmente en el campo, las mamás que tenían que levantarse muy temprano para hacerles el “gallito” que se llevaban en las alforjas, que eran dos bolsos tejidos de mecate de alegres colores unidos en los hombros por trenzas tejidas del mismo material y en que llevaban gallo pinto, tortillas palmeadas y torta de huevo; de seguro que les sabía delicioso después de arduas horas de trabajo comerse ese “gallito” en el cafetal o el campo de cultivo. Los niños nos íbamos a la escuela los más grandes y los más pequeñitos se quedaban con la mamá, que además de cuidarlos, tenía que lavar a mano la ropa de la familia, las que tenían cañería los podían hacer en una pila en el corredor de su casa, pero donde no había cañería, las señoras tenían que ir a los ríos con sus bateas, hechas de una sola pieza de madera, a lavar la ropa y los trastes. Aunque ya se conocía el jabón azul o pintado porque en Escazú había una fábrica, muchas señoras tenían que lavar sus trastes y ollas, generalmente con mucho tizne, con unas hojas de un arbusto al que llamaban “tigüilote” y con ceniza para quitarles el hollín, también usaban el guarumo. Para limpiar los hornos de barro donde asaban el pan, usaban las hojas de un arbusto que llamaban “tuate”. A los niños después de volver de la escuela y de hacer sus tareas, los mayores los ponían a desgranar el

maíz o ayudaban a aporrear frijoles o en la casa a escoger el arroz y cuidar de las gallinas, después podían jugar. Los papás como volvían temprano del trabajo, podían jugar más con los hijos y compartir más tiempo, tengo muy buenos recuerdos de mi papá haciéndonos carritos o avioncitos de madera y contándonos cuentos, algo que siempre llevaré en mi corazón porque sé que en muchas casas no era así, pues muchos papás eran groseros y machistas tanto con las niñas como con sus esposas. Generalmente, las señoras tenían muchos hijos y conocí casos de señoras del pueblo que tuvieron veinticuatro o veinticinco hijos. Desdichadamente a las mujeres no se les reconocía sus derechos tanto como ahora y hasta los sacerdotes las instaban a seguir teniendo cuantos hijos pudieran y si alguna se quejaba le decían que era la voluntad de Dios y que tenían que seguir aguantando, aún cuando sus maridos anduvieran de mal portados. El machismo siempre ha existido en todas partes, pero antes era mucho peor. Mi abuelita me contó que muchas veces las obligaban a casarse a temprana edad y a veces con quien no querían. En su caso la casaron a los quince años, aunque estaba enamorada de otro muchacho, pero que su papá, mi bisabuelo, no lo quería por que no tenía plata, pues siempre se fijaban si el pretendiente tenía fincas o propiedades. Era razonable ya que la mujer dependía enteramente de su marido pues apenas si las mandaban a la escuela, a lo sumo uno o dos años. Una anécdota curiosa que una señora mayor me contó hace tiempo era que ellas sabían cuando iba a llegar el marido porque el perro siempre llegaba primero y entonces ellas se apresuraban a servir el almuerzo porque sino el marido las tachaba de vagabundas. Claro que hubo muchos matrimonios felices y avenidos que criaron a sus hijos muy bien y muchos duran hasta ahora.

Recuerdo a muchos personajes curiosos que rondaban por esas calles. Había un señor al que apodaban "Pollita" y que recorría el pueblo arreglando ollas y sartenes con huecos. También había otro al que le decían "Gurino" y siempre andaba con unos pantalones pica pollos, así que si alguien andaba con unos pantalones un poco cortos le gritaban: ¡GURINO! Curioso que después de tantos años ahora sea la moda.

Con el tiempo nos pasamos a vivir a la Calle El Curio, que le da título a esta historia, no sin antes alquilar un tiempo por Tejarcillos, una calle que está al este de La Tapachula. De este lugar he averiguado cosas muy interesantes como por ejemplo el origen del nombre.

Le pregunté a uno de los vecinos y él me dio la siguiente versión: según don Alfredo Barboza, uno de los vecinos más antiguos de esta comunidad, pues su familia ha vivido toda la vida aquí, se le llama CURIO porque en algunos lugares bastante al sur de este lugar existía unas vetas de un barro al que los indios llamaban CURIO que era de color morado y lo usaban para hacer sus ollas y tenamastes y tinajas. Muchos de los restos de esos utensilios se encontraban cuando estaban trabajando la tierra para sembrar; también usaban este barro mezclado con la baba de la tuna para pintar las casas de adobe, tanto para las paredes como para los pisos, que quedaban muy lindos y frescos. Actualmente ya no queda mucho de este material, aunque dicen que todavía se pueden encontrar algunas vetas en algunas de las fincas que están más arriba.

Ahora se le llama Calle El Curio, a la que va de la sastrería Mario Marín hacia el sur por aproximadamente dos y medio kilómetros, pero parece ser que se le llamaba así solo a la callejuela que se encuentra en la vuelta que está hacia el oeste de la entrada a la presa y con el tiempo se llegó a llamar El Curio a todo ese barrio.

Para cuando llegamos a esta calle, yo tenía casi diez años y era angosta y con una orilla de piedras; en invierno solo podían pasar carretas pues se volvía un completo barrial. Había vecinos que trabajaban haciendo fletes con sus carretas, ya fuera jalando caña, café o leña de sus fincas o como en el caso de nosotros que pasamos nuestros "chunches" desde El Tejarcillo hasta aquí en la carreta de Carlos Monge, uno de nuestros vecinos; también tenían carretas don Marino Calderón y su hermano don Edwin.

Mi papá compró el lote en el cual construimos nuestra casa a don Santos Araya y le costó ¢1.200 colones a pagos, parece muy barato ahora, pero había que ver lo que costaba ganarse ¢50 colones a la semana, pero todo el potrero que medía aproximadamente 1500 metros cuadrados, don Santos se lo ofreció a mi papá en ¢5.000 colones, toda una fortuna para esa época 1966.

Ese potrero es bien laderoso y el de nosotros era el más laderoso de todos, del nivel de la calle hacia la entrada habían como dos metros y medio de altura y mi papá lo fue bajando poco a poco a punta de pico y pala, trabajando por las tardes y los fines de semana hasta que pudo abrir una pequeña entrada y hacer la base para nuestra casa, muy sencilla al principio porque teníamos que pasarnos para no tener que pagar más alquiler, el resto del paredón lo fue bajando

poco a poco. La tierra que salió de ese paredón la utilizó para hacer relleno en la ladera y así poder ir extendiendo la casa.

En estos potreros había muchos árboles de Guachipelín y de aguacatillo que además de servir de casa a muchos yigüirros, en el verano se llenaban de chicharras que se convertían en parte de nuestros juegos, tomábamos una varilla larga hecha de bambú, que también abunda por aquí y le poníamos en un extremo una bolsa de papel a la que le hacíamos un agujero, las cazábamos y para nosotros era un deleite agarrarlas y que cantaran en nuestras manos y sentir aquel zumbido tan peculiar que estos animalitos hacen. En el invierno eran las candelillas o luciérnagas a las que cazábamos para echarlas en una bolsa de papel y hacer “lamparitas”, a los abejones de mayo los poníamos debajo de las cajas de fósforos vacías para verlos caminar con ellas a cuestas.

En esta calle existían varias casas antiguas con mucha historia como la casa de don Luis Barboza, y que según dicen era una de las más antiguas y que perteneció a los Aguilares, cuentan que para la epidemia del cólera se usó como hospital (no me consta). Cuando era niña y para la época de navidad, hacían uno de los portales más grandes y hermosos del vecindario y como siempre esta familia era muy hospitalaria, doña Lola nos ofrecía chicha o tamales con café. Había una de esas pilas grandes en el corredor de esta casa y ahí se conservaba el agua muy fresca, el solar de esta casa tenía árboles de mango, nísperos y naranjas por doquier que eran la delicia tanto de los nietos de estos señores como de nosotros los chiquillos del vecindario, que nos divertíamos jugando quedó o a las escondidas hasta que don Luis se cansaba de nosotros y nos mandaba a cada cual para su casa. Desdichadamente con los terremotos de 1990 en Alajuela y de 1991 en Limón la casa empezó a falsearse y tuvieron que desalojarla. Con el tiempo se cayó y se construyó otra para alguno de sus nietos.

Otra casa solariega que recuerdo con nostalgia, era la de la “niña” Chon, que quedaba un poco más arriba de la de los Barboza, era una persona muy noble y ya entrada en años, que vivía con sus hermanos también solteros y que atendía tanto a sus familiares como a las visitas con mucho cariño. Era muy educada, le gustaba leer, especialmente el Almanaque ESCUELA PARA TODOS, recuerdo su casa como un ajito de limpia, con mantelitos que ella bordaba y con ese aire misterioso que para mí emanaba de esa casa. Ellos también

hacían un portal muy hermoso al que la “niña” Chon adornaba con muñequitas a las que les ponía alas de ángeles de papel crepé. Por su patio al igual que en casi todas las casas del lado este de esta calle, pasaba una especie de arroyito o zanja como ellos le llamaban, donde llegaban los pajaritos porque tenía muchos árboles y matitas de toda clase. Según doña Luisa Aguilar una de las sobrina-nietas de estos señores, la zanja o arroyito todavía existe pero fue entubada para poder construir sobre ella. Esta zanja o riachuelo, es un pequeño afluente del Río San Rafael, que viene desde la represa y todavía se le usa para riego. Antes pasaba por los terrenos de don Víctor Madrigal, que la usaba tanto para regar sus tierras como para abreviar a sus bueyes, pero luego cuando fueron llegando nuevos vecinos, tuvieron que desviarla porque causaba muchos problemas en el invierno.

Cuando los hombres solteros de los Aguilares murieron, la “niña” Chon quedó al cuidado de sus sobrinas. Estas casas tenían un aposento que estas personas usaban como despensa donde guardaban los granos y otros comestibles y también tenían afuera otro lugar que llamaban la troja, donde guardaban los aperos de los animales, las palas y picos y también los canastos de coger el café y todos los instrumentos de labranza. Cuando estos cuartos se dejaron de usar, entonces se empezó a desmoronar la casa, hasta que también tuvieron que dejarla y la “niña” Chon ya muy ancianita pasó a vivir a la casa de don Gabriel Aguilar hasta que murió. Esta casa aún está en pie y de ella conservo también gratos recuerdos pues tanto los nietos de don Gabriel como nosotros, nos divertíamos jugando en el cafetal, en los árboles de mango y comiendo guabas y jocotes. Así nos divertíamos pues no había televisión, no había luz eléctrica en el vecindario, también nos íbamos a las pozas del río que pasa por detrás de las propiedades del lado oeste, el río Chiquero, que aún tenía sus aguas muy limpias y donde pescábamos oluminas; recuerdo especialmente un día en que estaba yo muy contenta pensando que había pescado una gran oluminota porque se resistía bastante en la cuerda y llamé a mis compañeros solo para que se rieran de mí, al descubrir que lo que tenía bien asido a la carnada era un gran cangrejo que con una tenaza se agarraba de la lombriz que servía como carnada y con la otra se agarraba de una piedra. Aunque no había televisión, porque la electricidad no llegó al barrio hasta los años setenta, si teníamos radio de baterías, así que el entretenimiento por las tardes era oír a

Los Tres Villalobos, a Kalimán o a Kazán el Cazador, las novelas que luego convertíamos en nuestra imaginación en muchos juegos divertidos después de clases o en vacaciones.

Había un potrero que pertenecía a don Marino Calderón a la par de nosotros y que ahora es de una de sus hijas, que nos encantaba porque tenía un gran higuerón y muy alto de unos cinco o seis metros de alto y el desafío para nosotros era subir hasta lo más alto; la primera vez que subíamos, casi siempre necesitábamos ayuda para bajar, por el terror que una vez arriba nos paralizaba. Después de 1969 cuando el Hombre llegó a la luna, para nosotros el higuerón se convirtió en una nave espacial y jugábamos a que éramos astronautas, hasta que un día mi hermano menor que era bastante inquieto, se cayó de una de sus ramas por lo que tuvo que ser internado y operado, después de ese episodio, mi abuelita le echó una maldición al pobre árbol, como si el pobre tuviera la culpa de las travesuras de mi hermano, el caso es que cuando le cayó un rayo al árbol de higuerón, todos dijeron en mi familia que fue por la maldición que mi abuelita le había echado.

Otro de los pasatiempos favoritos en las noches de verano, era contar cuentos de sustos y de aparecidos, de La Llorona, del Padre sin Cabeza o de los Duendes y del Cadejos que nos ponían los pelos de punta, como nos reuníamos bastantes chiquillos del barrio para contar estas historias, después de esto, alguno tenía que llevar a los otros a sus casas porque ni a palos se iban solos. Cuando alguien se moría en el vecindario, nos divertíamos asustando a los más miedosos, diciéndoles que se convertía en candelilla, imagínense el miedo que se sentía, pues los rezos eran por la noche y al no haber electricidad, nos alumbrábamos con velas y para ir a rezar se usaba un tarro de leche Pinito amarrado con un alambre al que se le ponía un tuquito de vela por dentro, así que de largo parecía como si por la calle oscura viniera uno de esos aparecidos de los que nos contaban los mayores cuando nos portábamos mal. Pero no crean, a más de un adulto que tenía que ir al baño por la noche, pues las letrinas eran de hueco y quedaban un poco lejos de la casa, los asustó más de una vez una luz de éstas, que luego resultaba ser un vecino en las mismas circunstancias.

Una de las cosas más bonitas que hacíamos junto con los papás, era ir a coger café y a nosotros nos divertía ir a jugar más que a trabajar. Nos encantaba jugar en las pozas, por lo que nos adelantábamos para

cruzar el río colgados de un bejuco, pero un día papá se adelantó dizque para “cortar flores” y era para cortar el bendito bejuco, siempre pensando en el peligro que corríamos de caernos sobre las piedras, después de eso ya no fue tan divertido ir a coger café.

Lo mejor de esos rezos eran los del novenario, pues se servían muchas y ricas comidas como el picadillo de arracache o de chayote, el pan casero y el bizcocho que se cocían en esos hornos de barro que no podían faltar en esas casas de antes. En estos rezos se le daba de comer a todo el que llegara a rezar y mi abuelita que siempre tomaba todo a broma, cuando alguien desconocido llegaba y decían que era una “ánima sola”, ella jocosamente decía que era un ánima con hambre. Eso puede dar una idea de como era la gente de esa época, siempre dadivosa y cooperadora, por eso los turnos del pueblo eran muy bonitos, todos colaboraban con lo mejor que podían, especialmente cuando eran los festejos del santo del lugar: San Antonio, recuerdo que hacían unos programas grandes donde se leían los nombres de todas las personas que iban a colaborar en las diferentes ventas o servicios que habrían de prestar, por ejemplo los señores encargados de la pólvora o las señoras encargadas de hacer el pan y el bizcocho o las encargadas de hacer la comida en un galerón grande que estaba al sur de la Iglesia. Las carreras de Cintas, que aún se hacen, pero que para ese tiempo si se daban como premio, cintas que las jóvenes asignadas previamente bordaban. Recuerdo muy bien a la “Bruja” un armatoste grande y pesado que sirve como ruleta y en el que se jugaba ya fuera dinero u otro premio en especie y que todavía sigue siendo muy popular. El encargado de los payasos o mascarado era don Pedro Arias, de grata memoria y que fue el inventor de esas máscaras que tanto nos asustaban a nosotros los niños, pues siempre nos echaban unas carreras tremendas; ahora son sus nietos los que continúan con la tradición.

Don Pedro Arias y su hijo don Amado, ambos ya fallecidos, fueron por mucho tiempo los sacristanes de la Iglesia de San Antonio. Don Pedro fue el creador de un portal en movimiento en el que las figuritas se movían por medio de un sistema hidráulico que el mismo diseñó. Se movían las figuritas de unos señores aporreando frijoles y unas señoras moliendo maíz, para citar algunas, todavía existe pero no con el mismo esplendor de antaño.

La vida de antes era mucho más sencilla, por lo que las personas eran más afables unas con otras y todas se conocían entre sí ya que

la población era menor por estos rumbos y casi no se veía gente de otros lugares, aún hoy, en esta calle seguimos viviendo la mayoría de las familias de hace treinta y tantos años, pero se ha enriquecido con la llegada de nuevos vecinos tanto nacionales como extranjeros, pero todavía podemos oír el saludo de parte de ellos tal como se hacía antes del ¡BUENOS DIAS!, o el ¡HOLA QUE TAL!, ¿COMO LE HA IDO? o el ¡ADIOS!, algo que ya se ha perdido en muchos lugares de Costa Rica, saludos que los vecinos se decían al encontrarse en la calle o al salir a recoger el pan que por las madrugadas dejaba el panadero en la bolsa de mecate que dejábamos colgada en la puerta. Uno de los panaderos más famoso fue don Salomón Rodríguez, quien repartía el pan a caballo y los traía en unos estañones, los cuales hacían un ruido que en algunos casos servía de despertador a más de uno en la madrugada. El otro fue don Juan “Chayote”, así le decían, un señor muy amable y simpático. Por supuesto que era muy sencillo entrar hasta la puerta de cada vecino, pues no había las feas rejas que ahora se ven por todos lados, por culpa de la delincuencia que ahora es una plaga, a lo sumo la gente tenía una tranquera, que consistía en dos cañas atravesadas, para que no se metiera el ganado que deambulaba por las calles en la noche, esto era suficiente porque cada cual respetaba lo de cada quien.

Volviendo a las casas de adobe que habían por esta calle, recuerdo también la de los Madrigal, era muy antigua, cuando se derrumbó tenía como 150 años. Una de los familiares me contó que esta casa la compró el papá de esta familia, junto con toda la propiedad, que es bastante extensa, en ¢80 pesos de entonces, digo pesos porque no se le llamaba colón todavía y que una de las cosas curiosas que descubrieron después de que se murió don Víctor y tuvieron que empezar los procesos legales de sucesión, es que los datos de la propiedad eran tan antiguos, que la propiedad estaba medida en pasos, ni por yardas ni por metros, en pasos, que consistía en contar a pasos largos lo que tenía de frente y de fondo una propiedad, imagínense lo que pasaba cuando la persona que medía era muy alta. El caso es que el registro histórico se remontaba hasta 1826.

Esta familia siempre ha sido muy apreciada en el pueblo, casi todos han sido músicos, tanto don Víctor como su cuñado don Rogelio Monge pertenecieron a la Banda Municipal y don Manuel también tocaba la guitarra, a este señor le decían de cariño Manuel “Carra-ca”, pero a él no le gustaba, creo que le decían así por el peculiar

caminar que tenía. En uno de los corredores de esta casa había un horno de barro, en el que se horneaba un pan y bizcocho riquísimos y por la Semana Santa, siempre daban permiso a algunas señoras del vecindario para hornear juntas el pan, porque durante esa semana no trabajaban los panaderos, a decir verdad nadie trabajaba, por lo que había que abastecerse, especialmente de sardinas, atunes y bacalao, porque había estricta abstinencia religiosa de carnes rojas; por ese tiempo no era muy confiable el estado de las latas de sardina, por lo que la gente probaba a ver si estaban en buen estado, dando de probar primero al perrillo de la casa, por lo que muchos acababan sus días intoxicados por esos días “santos”.

A don Rogelio Monge le recuerdo porque fue mi maestro de música en la Escuela Juan XXIII, este señor junto con la maestra Hanna Carrillo, fueron los autores de la letra y música del himno de esa escuela. Para esos años estaban de moda las canciones de “Cri-Cri” el Grillito Cantor, don Francisco Gabilondo Soler un señor mexicano y don Rogelio nos deleitaban haciendo los sonidos de un grillo con su violín y cantando las canciones: El Chorrito, La Patita, El desfile de las vocales, etc. La esposa de este señor era doña Graciela Madrigal, hermana de don Víctor, que era muy cariñosa y muy bondadosa, siempre recuerdo cuando me convidaba con aquel delicioso arroz que hacía en la cazuela y especialmente cuando se le hacía costra, estas cazuelas junto con los comales y las ollas de hierro casi han desaparecido y solo se les encuentra en las ventas de antigüedades y bien caras, pero en estas casas era común verlas sobre el fogón. En el corredor de esta casa también había un pilón grande donde don Víctor pilaba el café.

Un poco más arriba de la casa de los Aguilares vivía don José (Pepe Chano) Azofeifa, quien era uno de esos señores que sobaban, así que cuando alguien estaba “empachado” o se había dislocado en alguna parte del cuerpo, acudía a este señor. Tenía tan buen ojo, que reconocía cuando era un esguince o una quebradura y cuando esto sucedía, inmediatamente mandaba al paciente al hospital. Además de la casa de don Pepe “Chano”, había otras casas de adobe más arriba, como la casa de don Aurelio, la de los Delgado y en la esquina donde ahora vive la familia Corrales, estaba la casa de un señor al que le llamaban “Rabito” Agüero y que según dicen hacía coplas.

En aquellos años, al no haber luz eléctrica por este vecindario, había que aplanchar con las famosas planchitas de hierro. ¡Toda una

odisea! Primero, tenía que estar bien encendido el fogón y poner una lata encima y luego las planchitas, por lo menos dos. La moda de los aplanchadores vendría después con las planchas eléctricas. Para tal caso, era mejor usar la mesa del comedor que casi siempre quedaba cerca del fogón; aplanchar era un trabajo bastante penoso por esos días, porque la costumbre eran los cuellos almidonados, por lo que debían tener cuidado de que no se pasaran de almidón. Siempre debían tener a la par, un trapo con el cual limpiar la plancha antes de pasarla por la prenda y agua para estar rociándola, pues la mayoría de las camisas de salir, eran de color blanco, además de las de la escuela y las mantillas, a éstas se les ponía mucha atención, pues abundaban unos insectos que llamaban “coloradillas” que vivían en el zacate y que irritaban mucho la piel cuando picaban. Así que cuando una plancha se enfriaba, se ponía otra vez sobre la lámina caliente y se tomaba la otra y así sucesivamente hasta terminar con la tarea de aplanchar de aquel día, pues si había niños pequeños, aquella tarea era diaria. En algunas casas tenían unas planchas de hierro huecas, a las que se les echaba carbón encendido, en este caso había que estar cambiando el carbón, pero rendía más la aplanchada.

Los niños de esta calle, al igual que los demás del distrito, teníamos que acudir a la Escuela Juan XXIII, que antes se llamaba Escuela Mixta de San Antonio de Escazú, pero que tomó ese nombre a raíz de la muerte del Papa Juan XXIII. Muchos de nosotros teníamos a veces que bajar o subir por calles embarrialadas o bajo aguaceros y teníamos que ir los sábados a clases. Para los años sesenta a esta escuela la conformaba solo el edificio de arriba, al costado sur donde ahora está el Kinder, había un terreno grandecito donde nos daban las clases de agricultura, en el lugar donde ahora está el salón de actos, estaba un parquecito con una fuente en el centro, dicho parquecito se hizo con la colaboración de los padres de familia y los alumnos, que teníamos que estar llevando cuadritos de zacate, cemento o lo que cada uno pudiera. No había timbre para llamar a recreo o a la salida o entrada, pero sí una campana que aún se usa cuando se va la luz y que la portera, no se le llamaba conserje como ahora, tenía que tocar halando un mecate largo. La encargada por muchos años de esta tarea fue doña Haydee Montoya.

Las maestras que más recuerdo son: la “niña” Cristina de Gutiérrez, la “niña” Flora de Jiménez, la “niña” Estéfana, famosa por organizar excelentes asambleas y veladas, la “niña” Luz de Chinchilla,

quien fue mi maestra de primero y segundo y que era muy temida por sus alumnos, pues era muy estricta; por aquellos tiempos los maestros podían castigar físicamente a los alumnos rebeldes y lo más temido de esta maestra, eran sus uñas larguísimas y con las que nos agarraba de las orejas. Aunque eran muy drásticas con sus métodos de enseñanza, nos inculcaban buenos modales y nos enseñaron muy bien pues la mayoría para segundo grado ya sabíamos leer muy bien y hasta sumar y restar y esto que estas apreciadas maestras no disponían de la tecnología que tenemos hoy día a nuestra disposición. Solo disponían de un libro de texto por cada grado y la pizarra, lo demás era puro y verdadero amor al trabajo. Mi libro más recordado es el Silabario Castellano, pues se me grabó muy bien el abecedario por aquel ejercicio que se leía: Ana, Berta, Carmen, ChepitaYanuario, Zoila.

Había en San Antonio, al costado oeste de la escuela, una casa muy bonita de dos plantas y que perteneció a doña Marieta de Bottazzi y que nos llamaba mucho la atención a todos los niños al ser la única con este estilo por lo menos en el centro de San Antonio. Con el tiempo fue reformada por su nuevo dueño, pero por los años 50, se hizo una película que tenía como escenario esta casa y la Iglesia que por cierto aún no tenía la escalinata y que aún la plaza estaba pegada al mismo terreno, sin la calle que ahora la divide. Esta película se llama Milagro de Amor, es muy bonita, yo la vi por el Canal 13 hace varios años, por lo que aún deben conservarla en su cinemateca.

No solo las casas de adobe y muchas de las costumbres han desaparecido, sino también mucha de la flora y fauna de la zona, por ejemplo, ahora es raro ver un zorro pelón y oír a los coyotes por la noche, ya se han retirado a la montaña. Ahora lo que abundan son las ratas, muy bien alimentadas con los desechos que todos dejamos regados por todos lados. Ya casi no se ven sapos, ni aquellas lagartijotas de color verde, que tanto me asustaban. De la flora, ya no se ven tantos árboles de aguacatillo, que tanto le gustan a los pájaros, ni de guachipelín. Recuerdo que allá por la parada que llaman El Descanso, había mucho de un arbusto al que llaman "Chirca", que tiene las hojas moradas y que al arrancarlas echaba una sustancia lechosa, muy irritante y que casi no se le ve, por cierto que hay una calle que lleva ese nombre. De las plantas de jardín, ya casi no se ve una plantita a la que llaman "Nazareno" y que tiene unas flores de color azul

casi morado, muy olorosas y que les encanta a los colibríes y mariposas, el clavelón y aquellas matitas a las que llamaban “bananitos” porque parecían unos racimos de bananos y que con solo tocarlas se les despegaba, era muy hermoso ver esas plantitas, sembradas en tarros de manteca o de leche, colgadas en las paredes del corredor. Había muchas mariposas antes, era común verlas en el verano, posadas en los charcos o en los potreros donde había ganado. Había muchos árboles. Desde aquí de la Calle El Curio, hasta hace algunos años, quizá diez o quince, no se podía ver la iglesia del Barrio El Carmen y ahora se puede ver hasta la Calle de los “Muta”. Ahora hasta cuesta encontrar un arbolito de limón criollo o naranjas, pues muchos de los solares de antes se han usado para construir.

De las pulperías ya quedan muy pocas, muchos pulperos optaron por cerrar o modernizarse, convirtiendo sus pulperías en supermercados con autoservicio, debido al crecimiento de la población. Pero muchos extrañamos el trato personal que el pulpero del barrio nos daba, pues casi siempre era el punto donde se conocían las noticias de quién había muerto o quién se casaba o cuál era el nuevo recién nacido. Todavía se puede encontrar una que otra, por mi calle todavía hay algunas, como la de don Alfredo Barbosa, la Pulpería El Curio o la de doña Rosa Calderón, la Pulpería El Sol, donde todavía se puede tener un trato personal con sus dueños. De las pulperías antiguas, recuerdo muy bien una que estaba por la carretera principal, por un lugar al que le llamaban Salón El Jardín, que era un salón de baile en los años 60 y que ahora es una ferretería; a esta le llamaban la pulpería de Juan Gata, era de adobe y tenía un empedrado al frente, recuerdo que vendía de todo, desde candelas hasta guaro. A mí me gustaba pasar con mi papá, cuando veníamos de Escazú y que me comprara un refresco al que llamaban zarza o el de cola y un tostel o un gato. En el centro de San Antonio estaba la pulpería de don Félix, con su consabida cantina a la par. Después de la escuela, a los chiquillos nos gustaba pasar a comprar las famosas melcochas “La Estrella” que valían ¢0,05 o comprábamos un diez de confites de menta o de mantequilla y nos los repartíamos. La calle principal a San Antonio era muy angosta, para los años sesenta la ampliaron, pues no podían pasar dos “cazadoras” al mismo tiempo, recuerdo que la tarifa era de ¢0,25 a Escazú y de ¢0,50 a San José. Después de don Félix, hubo otros dueños de esa pulpería y por supuesto sufrió remodelaciones, pues también hicieron un salón de baile. Para

muchas muchachas estaba prohibido por nuestros papás, siquiera acercarse, no era muy bien visto que una muchacha que se considerara decente fuera a estos lugares. Recuerdo que estaba de moda el go-go, las canciones de los Beatles, las de Leo Dan, las rancheras, los boleros y las canciones románticas de Javier Solís. También sonaban algunas canciones típicas con don Lencho Salazar o Los Ticos, pero especialmente causó revuelo el Mambo de Pérez Prado pues la gente decía que el diablo llegaba a bailar al Bella Vista con las más lindas y que luego se las llevaba. Un día que uno de los propietarios le dijo a mi mamá que si nos dejaba ir a un baile juvenil que iba a hacer y que ella nos acompañara a mi hermana y a mí, que para entonces teníamos catorce y quince años, respectivamente, mi mamá le respondió: “Que va, don Héctor, está loco, la primera vez las traigo yo y la segunda vez se vienen solas”. Asunto concluido.

Porque también el asunto de los noviazgos era muy serio, no nos dejaban salir con muchachos, aunque muchas lo hacían a escondidas y se nos armaba un alboroto cuando nos descubrían. No había eso de “amigovios” o algo parecido. Los muchachos tenían que llegar a pedir la entrada y a los papás no les gustaba que los pretendientes de sus hijas llegaran a “calentar el campo” por lo que no se veía bien que el noviazgo fuera muy largo. Mi abuelita nos decía: “las muchachas deben ser deseadas y no sobradas” y nos contaban historias terribles de como eran los hombres, porque por entonces hablar de sexo abiertamente estaba prohibido. Esto no evitaba, claro está, que una que otra se jalara su torta y saliera con domingo siete. Aún así, quizá por todo el miedo que me metieron, no me casé joven como hubiera querido mi mamá, porque preferí trabajar y estudiar, porque mis papás no pudieron mandarme al colegio.

Recuerdo también lo angostos que eran los puentecillos que estaban sobre algunos de los ríos, eran angostísimos y se movían mucho cuando uno pasaba, una de las diversiones de mi hermano era adelantarse y cuando yo iba por el medio del puente, empezar a saltar del otro lado porque sabía cuánto me mortificaba y mareaba el movimiento del puente. Ya esos puentes han desaparecido y han construido otros más grandes para que los carros puedan pasar, claro que antes cuando había solo carretas, los bueyes las jalaban atravesando por medio río. Para los terremotos que hubieron en el 90 y 91 se falseó el puente que está al oeste de la Guardia Rural, por lo que se cayó una parte y tuvieron que reconstruirlo y ahora es más ancho.

Con el tiempo, con mejores opciones de trabajo, las condiciones fueron mejorando, llegó la electricidad al barrio y ya los chiquillos del vecindario no salían tanto a jugar afuera, al principio solo uno que otro vecino tenía TV pero luego casi todas las casas tenían un aparato de éstos y aunque no transmitían todo el día como ahora, si pasábamos lo que veíamos en la tele a nuestros juegos y ahora ya se jugaba a la guerra o a los vaqueros. Pero fuimos creciendo, salimos de la escuela, algunos pudieron ir al colegio otros no. Algunos de nosotros teníamos que trabajar y estudiar al mismo tiempo y así nos llegó la madurez. Ahora ya estamos casados y con hijos, aquellos chiquillos que antes jugaban al quedó, ahora vemos a nuestros propios hijos crecer, pero ya no con aquella libertad e inocencia de aquella época. Pero si queda claro el buen vecindario que tenemos, pues bien dice el dicho: “No hay mejor hermano que un buen vecino”.

*Para mis padres y para mis estimados vecinos de la
CALLE EL CURIO va mi más sincero agradecimiento
por medio de este relato.*



PETRA VENADA

Ana Rosa Roldán Porras

Seudónimo: PETRA VENADA

En tiempos pasados los mayores se inventaban cuentos para explicarle a los pequeños, cuando estos preguntaban de donde vienen los niños.

Unos decían que se los encontraban en los potreros, bajos y cerca de los ríos, o que alguien vino y lo trajo a la casa.

Mamá cuenta que cuando ella tenía 7 o más años, fue testigo del nacimiento de nueve hermanos. Pero los tres hermanos mayores cuando venían venir a Tencha, que así se llamaba la comadrona, llegaba a la casa con un motete que simulaba un niño, ellos decían ya viene Tencha con un chiquito para mamá, la señora entraba y al momento se oía llorar un niño, otro hermanito más.

Mis hermanos mayores me decían Petra con calentura, cuando me interesó saber porqué me decían así, me respondieron que me había traído Petra Venada.

Esta señora era alta, flaca, siempre vestía de negro y muy grandes los vestidos que usaba, se cubría la cabeza con una chalina negra. Vivía muy cerca de mi casa, era la persona que había ayudado a mamá en los partos.

Un 12 de octubre, cerca de la media noche, un día lluvioso apareció esta señora para ayudarle a mamá en mi nacimiento.

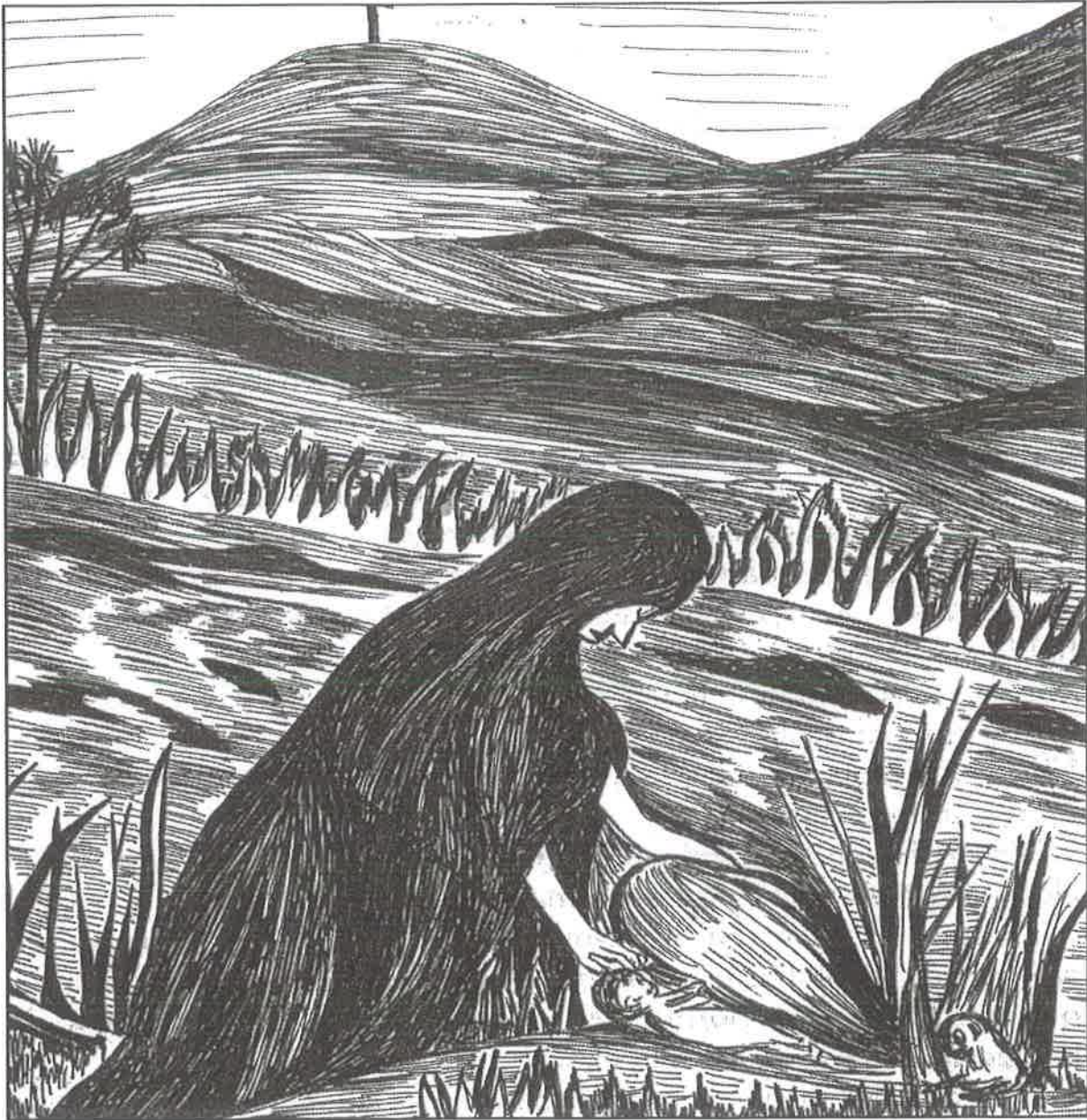
Cuando mis hermanos mayores oyeron mi llanto le preguntaron a papá que se oía llorar un niño, él les respondió que era una niña y que estaba tan sucia porque Petra se la había encontrado debajo de la piedra que esta frente a la casa.

Una de mis hermanas que tenía ocho años, cuenta que ella desde ese día salía a levantar piedras para buscar chiquitos y llevárselos a la casa.

Mi temor cuando veía a Petra era que me llevara con ella a vivir debajo de las piedras y que los sapos me cuidaran.

Ya en tiempo escolar cuando les contaba a mis compañeros de donde venía yo, me sorprendió la cantidad de ellos que habían sido encontrados debajo de las piedras por Petra Venada.

Cuenta mamá que una vez venía Petra por el camino y se encontró con un venado, este le puso las patas delanteras en sus hombros y Petra dijo, mira que animal de veras que me le parecí a una venada.



Petra Venada

Por Ana Rosa Roldán Porras

EL KINDER DE LA VENEZUELA

Alejandrina Mata Segreda

Seudónimo: MAESTRA

Hablar del Kinder de la Venezuela es hablar de una larguísima historia que incluye a muchos personajes recordados por la comunidad escazuceña. Yo tuve la dicha de ser parte de esa historia durante 13 años, aunque no soy bruja de nacimiento. Cuando solicité trabajo de maestra de Kinder en el Ministerio de Educación, pensé en las mejores opciones disponibles, la Escuela Yanuario Quesada en San Rafael y la República de Venezuela en el centro de Escazú, puesto que para mi no iba a ser difícil trasladarme en bus desde el Paseo Colón, que era donde yo vivía. Y lo mejor de todo era que de mi infancia, yo tenía agradables recuerdos de esa comunidad porque nuestra mayor travesura era bajar a pie desde el Alto de las Palomas, lugar donde yo pasaba mis vacaciones, hasta el centro o la pulpería de Juan Hormiga, a comprar y fumar cigarros. Nunca me imaginé que esa decisión tomada en un pasillo del Edificio Raventós al frente de unas hojas pegadas a la pared en las que se exhibían las plazas para concurso, iba a ser tal vez, la decisión que mayormente marcaría mi futuro profesional.

Era el año 1972; ya casi estaba graduada de la Universidad de Costa Rica, y recuerdo que para nosotras estudiantes de la Facultad de Educación, el mayor temor al enfrentar la iniciación laboral, era encontrarnos con un ambiente institucional limitante, alienante, que no nos permitiera expresarnos como profesionales creativas. Ya yo había tenido una pésima experiencia el año anterior cuando había sido maestra de primer grado en una escuela de monjas, de la cual, fui honorablemente despedida sin sueldo de noviembre ni aguinaldo. Así es que, al recibir el telegrama en el que se me informaba que estaba nombrada como maestra de preescolar en una plaza nueva

de la Escuela de República de Venezuela de Escazú centro, experimenté un sentimiento ambivalente puesto que, por un lado, mis problemas de transporte estaban resueltos, trabajaría en una comunidad más rural que urbana lo que anticipaba una labor docente más agradable y protegida, y tenía un nombramiento en propiedad. Pero por otro lado, existía la incertidumbre de quiénes iban a ser mis colegas maestras de kinder, cómo era el director, al ser una escuela pública, quién iba a proveerme de los materiales necesarios para trabajar con los niños.

Con un nudo en la garganta, porque por aquellos tiempos no conocía nada de colitis y mucho menos de estrés, llegué un día de febrero a presentarme con el telegrama en mano, ante el director de la escuela, don José Luis Barrientos. Primer problema resuelto. Don José (así con acento en la o) resultó ser una persona agradable, comprensiva y amigable que me recibió con gran respeto y entusiasmo porque yo representaba el resultado de sus gestiones por ampliar la matrícula de kinder a una comunidad que estaba sufriendo una explosión demográfica. Y porque además era estudiante de preescolar de la Universidad de Costa Rica, y por aquellos tiempos, muy pocas maestras de kinder tenían formación específica para ese nivel. Segundo problema resuelto. Resultó que el aula de kinder era linda, con mesas y sillas pensadas para los niños, espaciosa y ventilada por un gran balcón que daba a la calle, Y CON UN PIANO. Días después de empezar a trabajar encontré una buchaca de ocres de colores lindísimos y otros materiales, que habían sido donados por quién sabe quién, los que me duraron por varios años. Tercer problema resuelto. Mi colega, la niña Flory Mora, fue la persona que con más entusiasmo me recibió porque yo vendría a contarle qué era lo que ahora se hacía en kinder. Debo reconocer que el cariño y respeto que ella me inspiró desde el primer día no sólo se debía a que tenía la misma edad de mi madre, sino también por su sensatez, generosidad en compartir información, buen humor y el trato tan especial que le daba a sus estudiantes. Nunca olvidaré cómo casi todos los años llevaba a la clase un buen poco de natilla pura en un recipiente de vidrio, y mientras conversaba tranquilamente con los niños, batía la natilla hasta convertirla en mantequilla, ante los ojos maravillados de ellos.

Y así, con unas cuantas herramientas profesionales; en un ambiente escolar bien estructurado pero permisivo a la vez; en compañía de

maestras y maestros colegas que me enseñaron a amar la docencia y a ser responsable de mi trabajo; con la amistad y complicidad de compañeras conserjes y cocineras; con la suave exigencia de madres y padres de familia que vigilaban mi trabajo; y con la espontaneidad, curiosidad, revuelo, energía, frescura, alegría, demandas, necesidades, problemas, alboroto, “preguntadera” y creatividad de alrededor de 500 niños y niñas escazuceños de nacimiento o inmigrantes del país, al menos dos chinos, Chi Piau y Robi, y una nicaragüense, Ivannia, transcurrieron 13 años como en un suspiro, pero dejando una huella indeleble en mi desarrollo profesional, que vino a marcar mi futuro compromiso con la educación costarricense.

De en medio de todo esto, quisiera contar algunos cuentos o anécdotas, tal vez entremezclados los protagonistas o los hechos, tal vez sobredimensionados por mis recuerdos, pero todos reales y observados desde la distancia que da el tiempo y la experiencia producto de conocer y trabajar con mucha gente en otros lugares.

De cuando Lencho Salazar afinó el piano

Como había dicho, en el aula de kinder había un piano. En un tiempo no muy lejano el pobre había sido el protagonista de la escuela por la famosa maestra Jeannette Cider, pero ya hacía mucho que estaba cerrado y arrinconado pues no había quien lo tocara. Un día de la primera semana de clases, en medio de los niños que entraban a las siete de la mañana a mi aula, apareció Lencho Salazar con la llave para afinar pianos al hombro. Entró, me saludó, me dijo que era el papá de Jesús Lorenzo, y se fue directamente a afinar el piano. Yo estaba aterrada porque nunca había estudiado piano formalmente, sólo podía tocar, como muchos de mi generación, “Para Elisa”, el vals de Brahms, y las piezas que aparecían en los libros de piano de Aaron. Por suerte también había podido trasladar al piano las canciones que nos enseñaban a tocar en flauta en la universidad. Una vez terminado su trabajo, Lencho me dijo: “Aquí tiene Niña, pruébelo.” Y yo, con la ceremonia del caso me senté al piano e interpreté no me acuerdo qué, y Lencho salió satisfecho por haber contribuido como padre de familia.

Una y otra vez interpreté las mismas piezas para los niños durante el reposo, y por temor a cansarlos a veces me llevaba mi radiecito de transistores y oíamos Radio Universitaria. Hace unos años, la mamá de uno de mis estudiantes me contó que su hijo adulto

siempre escuchaba esta radio porque decía que el gusto lo había desarrollado en el kinder.

Con el paso del tiempo, los ratones hicieron fiesta con el piano, y entonces le tocó el turno al acordeón. Me llevé para el kinder el que tenía en mi casa y así, diariamente, cantábamos, bailábamos y brincábamos. No puedo olvidar a Violeta cantando “Manuelita la tortuga”, o a Victoria paradita frente al grupo haciendo solos. Hoy que la veo en Escazú vendiendo lotería con ese delantal lleno de vuelos, no puedo dejar de sentir la ternura que me inspiraba desde que era una niña.

De cuando las ferias se convirtieron en reinados

La feria anual de la Escuela República de Venezuela era todo un acontecimiento en Escazú. Era prácticamente un turno bajo techo en el que se jugaba La Bruja, argollas, se hacían rifas, y sobre todo, se comía muy pero muy rico: picadillo de chicasquil, frito, arroz con pollo, gallos, queques por toneladas. La organización de la feria requería de un trabajo intenso de todas las maestras y maestros que nos organizábamos en comisiones. Desde el primer año me integré a la comisión de cocina y recuerdo sobre todo la forma en que hacíamos el picadillo de chicasquil. Primero que todo, nos embarrábamos las manos de manteca para pelar los chayotes y que no se nos pegara la mancha. Luego los molíamos en máquinas de moler que tenía la escuela o que nos prestaban, y los cocinábamos. El chicasquil se cocinaba primero y se molía después. Con carne de cecina, achiote, manteca y otros olores se aliñaba y cuidado de no meter la mano porque podía ponerse agrio. Hacíamos grandes ollas de picadillo con los chayotes y el chicasquil que nos llevaban los niños de la escuela. Si bien es cierto, todos quedábamos agotados, el reporte de las ganancias siempre nos hacía pensar en que el esfuerzo valía la pena.

Un año, don Marcos Aguilar, el nuevo director, pensó que tal vez la feria podría ser sustituida por otra actividad que no nos exigiera tanto esfuerzo y sacrificio, y fue así como pensó que los reinados infantiles eran actividades con las que se recolectaba mucho dinero. Convocó a reunión de personal para plantear la idea. Ese día amanecí enferma y no pude ir a trabajar, por lo que no estuve presente en la reunión. Al día siguiente, cuando llegué a la escuela, don

Marcos me llamó a la dirección y me informó que se había decidido sustituir la feria por un reinado infantil, y que el día anterior le había dado gracias a Dios de que yo me reportara enferma, porque sabía que yo no iba a estar de acuerdo con su idea y que seguramente le habría hecho mucho problema en la reunión. Perdí mi oportunidad de opinar y los reinados pasaron a ser el gran acontecimiento del año en la escuela.

De los paseos y mi intolerancia a la leche

Por aquellos tiempos, Escazú era una comunidad tranquila en la que todos se conocían, casi no había carros, y había potreros por todos lados. Tenía la costumbre de que, cuando las cuatro paredes del aula me ahogaban, les proponía a los niños que nos fuéramos a caminar. ¿Quién conoce un potrero bien lindo?, preguntaba yo. Y siempre alguno podía sugerir uno cercano a su casa. El único requisito para iniciar el paseo era pasar por la dirección con los niños de la mano, y avisarle al director que volveríamos dentro de un rato. Ya los padres de familia estaban informados desde la primera reunión, que no les debía extrañar que un día pasáramos frente a sus casas. ¡Cómo ha cambiado el tiempo!

En estos paseos aprovechábamos para conocer las casas de los niños y sus familias, observar vacas y caballos, descansar bajo un árbol buscando pájaros e insectos, y repasando los conceptos de Ciencias que ya habíamos estudiado en clase. Una de las mayores entretenimientos era pasar por los puentes de los ríos escazuceños, asomarnos, identificar la basura que se encontraba entre sus aguas, y lamentar el estado de suciedad en que se encontraban (y se encuentran todavía). Es común que las maestras guarden entre sus recuerdos aquellas ocasiones en que se les perdió un estudiante durante un paseo, pero a mí nunca me ocurrió. Con todo y que eran tan pequeños, su disciplina durante los paseos era ejemplar porque sabían muy bien que, al ser yo la más alta entre todos, para ellos era más fácil localizarme a mí que yo a ellos, por lo que era su responsabilidad nunca perderse.

Un día muy caluroso salimos a pasear sin rumbo fijo. El propósito era conocer mejor la comunidad y dejamos que los caminos de Escazú nos llevaran por donde quisieran, llegando hasta el pueblo de Bello Horizonte. Al regreso pasamos por la casa de Irene. La mamá salió a saludarnos, hicimos algunos comentarios sobre el calor que

estaba haciendo, y seguimos nuestro camino de regreso a la escuela. Cinco minutos después de haber llegado, se asomó a la puerta del kinder la hermana mayor de Irene con un vaso de fresco de papaya en leche en la mano. Me dijo que como hacía tanto calor, la mamá me mandaba ese fresquito lo cual agradecí profundamente y agregué que, en cuanto estuviéramos bien acomodados, me lo tomaría. Pero la niña, bien instruida por su madre, me dijo: “Dijo mi mamá que me esperara a que usted se bebiera el fresco para llevarme yo misma el vaso a la casa porque Irene lo podría quebrar.” Sin más remedio me tuve que tomar el fresco “cor-cor” para devolver el vaso. En esa época ya yo tenía más de 30 años y había empezado a desarrollar mi intolerancia hacia la leche.

De cuando Anita se dormía en el reposo

La Escuela República de Venezuela atendía una gran población estudiantil, por lo que era una escuela de esas que llamábamos “de tres jornadas”. La primera se extendía de siete a más o menos diez y media de la mañana, la segunda de once a dos y media de la tarde, y la tercera de dos y media a seis de la tarde. Esta situación cambió tiempo más adelante puesto que la misma escuela construyó más aulas, la Benjamín Herrera se hizo más grande, y se abrió la Escuela de Bello Horizonte. En los tiempos en que Anita asistía al kinder teníamos dos grupos que alternábamos el horario y el aula. Entonces, por lo menos dos días a la semana a mis estudiantes les tocaba la segunda jornada y la hora del reposo era como a la una de la tarde, después del recreo bajo el sol del mediodía.

La hora del reposo era sagrada puesto que era el momento en que todos recuperábamos fuerzas para terminar el día con el período de música y el de literatura, antes de irnos para la casa. Cada niño llevaba su paño para ponerlo en el suelo y acostarse, y por alrededor de veinte o treinta minutos, se escuchaba música clásica o yo les leía cuentos o poesías muy largas que al cabo de un tiempo, los niños podían recitar de memoria: “El barco con regalos”, “El señor don Gato”, “El sol, la luna y las estrellas” de Salvador de Maradiaga, “Margarita está linda la mar” y “Los motivos del lobo” de Rubén Darío, y otras más que, para recordarlas, hoy sólo necesitaría un empujoncito en mi memoria.

Pues bien, resulta que el sueño podía más con Anita que el colorido de cuentos y poemas, y muy a menudo, al cabo de cinco minutos

de reposo, ella se dormía profundamente. Al principio mi preocupación era su despertar pues no quería que la alarmara el bullicio de los niños, alistándose para música, por lo que pedía completo silencio para poder despertarla suavemente. Pero el tiempo se encargó de enseñarnos a todos que no importaba lo que sucediera, Anita necesitaba dormir lo que su cuerpo le pidiera, y con o sin bulla, una vez resuelta esta necesidad, la niña despertaba por si sola y se integraba a las actividades que estuviéramos realizando sin ninguna preocupación. ¡Cuántas veces deseaba que los papeles se invirtieran y fuera yo la que se echaba una siestita, y los niños quienes me arrullaran con cuentos y poesías!

Del día en que todos salieron al recreo sin que fuera la hora

Según me habían contado, cuando la escuela fue construida, la dirección fue ubicada a la entrada, en una espaciosa oficina que tenía un hermoso balcón que daba hacia la calle, aportando el aire “señorial” que inspiraban las autoridades educativas de aquellos tiempos. Sin embargo las necesidades de la población escazucaña obligaron a alguno de los directores a ceder este espacio al kinder para que allí se instalara. La demografía cobró importancia en mi vida siendo maestra en Escazú. Decían que este pueblo era uno en los que mejor se observaban los efectos de las explosiones demográficas, como argumento para justificar algunas decisiones administrativas del Ministerio de Educación, como fueron los tiempos en que recibíamos estudiantes de kinder de 4 años y 9 meses, y en primer grado de 5 años y 9 meses. También decisiones tomadas por la dirección de la escuela producto de la presión de los padres de familia, como el hecho de tener grupos de kinder hasta con 45 estudiantes.

Como decía, la dirección pasó entonces a ocupar otros espacios más pequeños, pero por alguna razón, el interruptor que accionaba la sirena que anunciaba el inicio de lecciones y los recreos, quedó ubicado en el mismo lugar de la antigua oficina del director, por lo que, cada cierto tiempo, de manera sigilosa entraban a mi aula Rosita, Chavela, Erlinda o Toñita, pulsaban el botón de la sirena, y la escuela salía a recreo. Ese bendito botón era tema tabú, nadie hablaba de él, nadie podía acercársele, ni siquiera la Niña. Pero un día de pronto sonó la sirena sin que yo me percatara de la presencia de alguna de las conserjes, y al mirar hacia el interruptor vi como

Carlos, aún subido en una silla que había puesto para alcanzarlo, sonreía maravillado al confirmar el principio de causa y efecto. Probablemente había observado una y otra vez la conducta de las conserjes asociándolo al bullicio de los niños escolares en el recreo, y decidió confirmar sus suposiciones mediante un experimento que le dio buenos resultados. Ese día aprendí que en muchas ocasiones los maestros tenemos que dejar pasar ciertas cosas, en aras del desarrollo y aprendizaje de los niños.

De cuando visité la barbería del pueblo

Uno de los temas recurrentes en las aulas universitarias por aquellos tiempos, era si la maestra tenía derecho a cortarles el pelo a los niños cuando lo tenían muy largo, por razones estéticas. No era común que los niños dejaran crecer su pelo y cuando así sucedía, eran víctimas de comentarios maliciosos de sus mismos compañeritos, y de algunos adultos también. Pues bien, advertidas estábamos sobre el derecho individual por sobre cualquier estereotipo, por lo que yo tenía muy claro que el pelo era sagrado. Sin embargo nunca me imaginé que yo misma cometería el error de cortarle el pelo a uno de mis estudiantes.

Resulta que Enrique tenía estrabismo, pero no había recibido ninguna atención médica. Tenía muchos hermanos y hermanas que se turnaban en llevarlo o recogerlo del kinder, y todos ellos usaban anteojos o tenían también estrabismo, por lo que supuse que había un problema visual generalizado en la familia. A Enrique no le cortaban el pelo periódicamente, tenía el pelo muy chuzo, y el copete siempre se le estaba metiendo en los ojos. Cada vez que pintaba o recortaba, yo “me hacía un nudo” al observar la dificultad con que realizaba estas tareas. Entonces yo le preguntaba si veía bien, le decía que necesitaba cortarse el pelo para que se le facilitara ver lo que hacía, le mandaba recados a la mamá con las hermanas para que lo llevaran donde el oculista y que de paso le cortaran el copete, pero no había respuesta a mis sugerencias. Un día, creyendo que podía hacerlo bien, con unas tijeritas del kinder le corté el copete.

Al día siguiente, a la salida del kinder, a don Luis Ángel Acuña, el director por aquella época, le tocó en primera instancia “sortear” y tranquilizar al papá de Enrique. Con una de las conserjes me mandó a advertir que allí estaba el señor furibundo, que él lo estaba calmando un poco, y que ahorita me llegaría al kinder para que yo le diera

las explicaciones del caso. Recuerdo que don Luis nunca tomaba partido en contra de las maestras, siempre se tomaba su tiempo para escuchar todas las versiones en caso de quejas, y era bastante conciliador, excepto en aquella ocasión en que el papá de una de mis estudiantes lo retó a darse de trompadas porque no estaba de acuerdo con la política de restringir el ingreso de personas adultas a las instalaciones de la escuela. En aquella oportunidad me correspondió a mí sostenerlo e informarle que el señor era boxeador.

Cuando el papá de Enrique llegó finalmente a mi aula, ya yo tenía mi discurso preparado. Si bien reconocí que nunca debí haberle cortado el pelo al niño, la indiferencia con que la familia veía su problema me había forzado a hacer lo que yo creía era necesario en ese momento. Nunca me imaginé que mis palabras surtieran tanto efecto y terminamos nuestra conversación con una especie de pacto y de acto de reparación del daño. Él se iba a encargar de que a Enrique finalmente lo llevaran donde el oculista, y yo me encargaría de llevarlo a la barbería para que le emparejaran el pelo. Extrañamente, después de todo el episodio que habíamos vivido, el niño y yo caminamos de la mano tranquilamente hasta la barbería; yo le indiqué al barbero cómo quería que le cortaran el pelo, imagen que todavía evoco cada vez que llevo a mi propio hijo a la barbería. Y lo mejor de todo es que el papá de Enrique me había dicho: “Pero eso sí Niña, yo pago, aquí tiene los cuatro colones.”

De las mañanas de lluvia

Septiembre y octubre son los meses de los temporales, o al menos así era por los años setenta cuando la capa de ozono aún no estaba tan herida. En las mañanas lluviosas a muchas mamás escazuceñas les podía más la lástima que la responsabilidad, y sus hijos no iban al kinder en esos días. Siempre utilizaban los mismos argumentos: el agua estaba muy fría como para bañarlos, me costó mucho levantarlo, el uniforme no se secó, los barriales por mi casa son terribles por lo que preferí no mandarla antes de que llegara toda sucia. Entonces doña Flory y yo nos encontrábamos con menos de la mitad de la clase cada una. En esa época ya se habían construido dos aulas nuevas para el kinder y teníamos el mismo horario y lo que hacíamos era reunirnos en una sola aula y trabajar juntas esa mañana.

La lluvia tenía un poder tranquilizante estupendo. Probablemente el vernos todos con *suerters* hacía que nos sintiéramos en otra parte. La

oscuridad y el frío retardaban el ritmo del metabolismo infantil, y en esas condiciones, esas mañanas transcurrían lentas pero plácidamente. Nosotras compartíamos la dirección de las actividades. Como no podíamos salir a jugar afuera los períodos se alargaban, y era el día en que aprovechábamos para actuar con esa irresponsabilidad propia de lo informal. Doña Flory se sentaba a dibujar en competencia con los niños, que terminaban pidiéndole que les hiciera un gato, una casita, una muñeca, una tortuga, cualquier cosa, para luego ellos colorearla. Teníamos largas e interesantes conversaciones con los niños en las que nos contaban situaciones hogareñas que luego nos explicaban sus comportamientos. Siempre había espacio para la anécdota, la broma y el chiste, para la pregunta un poco más íntima “¿Niña usted tiene esposo?”, y para la conversación informal que tanto acerca a las personas. Por aquellos tiempos yo no me ponía a pensar sobre el efecto que este tipo de conversaciones podía causar en la percepción que los niños tenían sobre sus maestras. Ahora recuerdo que durante mis años escolares y de colegio tuve muy pocas oportunidades de acercarme así a mis profesoras, cosa que me habría permitido ahora juzgarlas con mayor justicia. A mi me correspondía dirigir el período de música. La novedad para los alumnos de doña Flory era el acordeón, y se entusiasmaban mucho con las canciones y con las representaciones corporales nuevas que aprendían.

Esta costumbre siempre nos acompañó mientras fui maestra en la Venezuela. Cuando doña Flory se pensionó, Ana Lucía Rodríguez pasó a ser mi compañera de mañanas lluviosas, y sus alumnos, compañeros informales de los míos. Era interesante observar cómo, cuando no estaba alguna de nosotras a la vista de sus propios estudiantes, recurrían a la otra maestra con la misma confianza y seguridad, en busca de instrucciones o apoyo para resolver un problema. En medio de tantas discusiones actuales sobre los problemas de calidad del sistema educativo, vienen a mi memoria los programas de estudio de aquellos tiempos. Eran muy pequeños, pero enfocaban lo sustantivo, por lo que era la capacidad profesional de la maestra la que le daba calidad al proceso educativo, y era su creatividad la que le permitía sacar el mayor provecho a situaciones diferentes y a veces inesperadas.

De cuando nos empeñábamos en destruir jardines

La Escuela República de Venezuela está situada frente al parque de Escazú. Es la típica construcción escolar de la primera mitad

del siglo XX como lo son la Escuela Juan Rafael Mora y la Escuela República Argentina en Barrio México. Todas tienen en común los patios internos, y los corredores y las aulas alrededor de éstos. El centro arquitectónico lo constituye un salón de actos, que en el caso de la Venezuela, sirve también de espacio para los recreos. Nuestra mayor limitación física por aquellos tiempos era carecer de un patio independiente para que los niños del kinder no interrumpieran el trabajo en las aulas del resto de los escolares, durante su período de actividades al aire libre. Entonces lo común era que el recreo del kinder se hiciera en el espacio que ahora es un parque, pero que en los años setenta era una plaza, mejor dicho, un “tierrero” porque no había zacate.

Durante varios años a nadie realmente le preocupaba que ocupáramos esa plaza, hasta que la Municipalidad decidió construir un parque allí. Durante mucho tiempo mis estudiantes y yo observamos el avance de las obras, los niños corrían en medio de los materiales de construcción y los obreros, todos con la ilusión de que muy pronto tendríamos un lugar más agradable para la recreación. Y así fue. El polvo y el barro fueron sustituidos por aceras, poyos y espacios enzacatados y con árboles y otras plantas. Los niños empezaron a ser acompañados durante sus recreos, por otros más pequeños que llevaban a asolear al parque, y por otra gente de la comunidad. Recuerdo muy bien a mucha de esta gente, en especial a la Dra. Margarita Dobles quien llevaba a asolear a su nieto, y de paso me daba una que otra lección de psicología práctica a partir de las conductas que observaba en mis estudiantes.

Pero resulta que un día, cuando estábamos llegando al parque uno de los niños me llamó para que le dijera qué decían unos letreros que habían instalado por todo el parque: “No pisar el césped”. ¿Qué significa eso?, me preguntaron. Este fue uno de los mayores dilemas éticos que enfrenté como maestra. La medida tomada por la Municipalidad era a todas luces ilógica, pero era la orden de una autoridad y era mi obligación cívica enseñar a los niños a respetar la autoridad. Ese día les expliqué lo que significaban esos letreros pero me comprometí con ellos a buscar un permiso especial para que todos los niños del kinder pudieran correr sin restricciones. Y así empezó un calvario de meses. Nunca pude obtener el permiso, tenía que estar pendiente de que los niños no pasaran a los espacios enzacatados, por lo que ya no pudimos volver a hacer rondas ni jugar

fútbol. Hasta que tomé la decisión de hacer lo peor en este caso: declararme en franca rebeldía, dejar a los niños correr a sus anchas en el parque, lidiar con las quejas de la Municipalidad ante el director de la escuela, hasta que afortunadamente el tiempo y la lluvia fueron mis aliados. Los letreros se deterioraron y nadie se preocupó por volver a instalarlos.

Esta no es la peor historia relacionada con el espacio para los recreos. Cuando la escuela pasó de tener tres jornadas a dos, a las maestras de kinder nos mandaron a dar clases al salón comunal que estaba a la par de la iglesia. Ese enorme salón lo ocupamos Cecilia Bogantes y yo, dividiéndolo con mesas y sillas de fiesta apiladas en el centro. Cuando había fiesta los fines de semana, teníamos que dejar todos los muebles y materiales del kinder recogidos y bien guardados, y llegar el lunes tempranito a empezar a sacar y a acomodar todo. Afortunadamente cada una de nosotras tenía un ejército de más de 30 hormiguitas que ayudaban con la tarea. No obstante esos inconvenientes, yo me sentía a gusto allí porque disponía de un área mayor que la de un aula corriente por lo que la disciplina y la autonomía de los niños se veía beneficiada, y gozaba de cierta independencia con respecto a la rutina del resto de la escuela, que a veces interrumpía la dinámica diferente del kinder. Había que reconocer que el Padre nos estaba brindando un apoyo importante aunque él se viera sometido a ciertos inconvenientes.

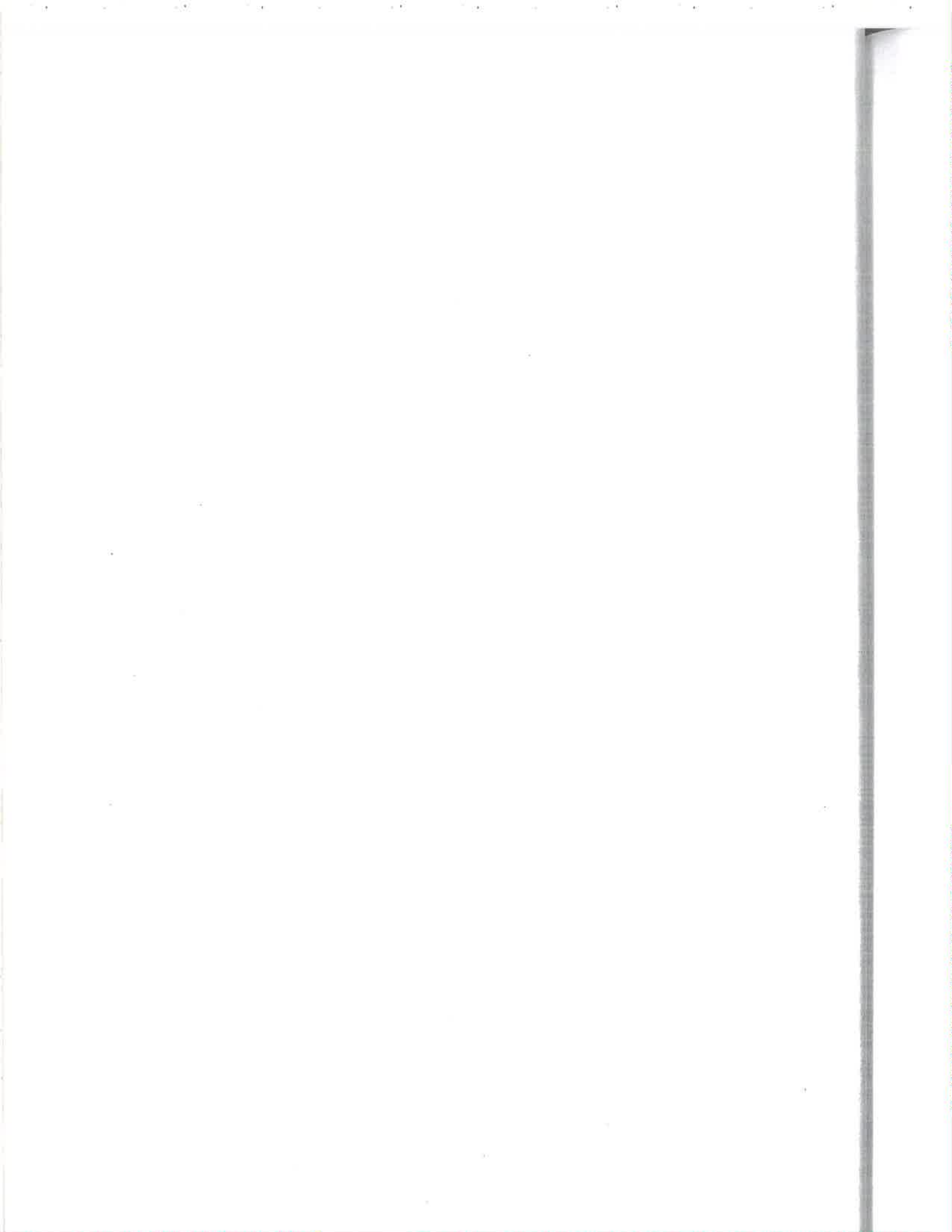
La iglesia de San Miguel de Escazú tiene en su costado norte un espacio verde cruzado por senderos. Nuestros estudiantes disfrutaban de ese espacio a la hora del recreo. Sería muy ingenuo de mi parte decir que esto no significaba ningún estrés para el jardín o para el Padre quien era gran aficionado a la jardinería. Y un lunes por la mañana al llegar descubrimos con gran pesar que el Padre había mandado a poner una cerca de alambre de púas alrededor de todos los espacios verdes dejando libres sólo los senderos de cemento. Es decir, el jardín se convirtió en una especie de potrero con "apartos" vedados a los niños, obligándolos a correr sólo en línea recta. De más está decir que las relaciones entre escuela e iglesia se deterioraron, lo que afortunadamente contribuyó a que la escuela hiciera el último esfuerzo por terminar de construir las cuatro aulas nuevas del kinder, lugar en el que en la actualidad se encuentra ubicado, con su propio patio porque finalmente, hace poco tiempo, fue posible expropiar los terrenos ubicados en la parte

sur de la cuadra, sueño acariciado durante largo tiempo, que yo no llegué a disfrutar.

Bello Horizonte, Escazú, enero 2003.



ENSAYOS
PARTICIPANTES



RECORDANDO MI TERRUÑO

Virginia Bustamante Madrigal
Seudónimo: LA NIÑA

Corría el año de 1948, el país atravesaba momentos difíciles ya que estaba en pleno auge la revolución de esa época. En ese entonces cursaba yo el tercer grado en la Escuela República de Venezuela en el cantón de Escazú, ya que mi familia era vecina de esta comunidad; mi anhelo era concluir en ese centro Educativo mi sexto grado, ya que contaba con el apoyo de grandes educadores escazuceños como Don Benjamín Herrera Angulo, Las Hermanas Gutiérrez, Don Marcos Arias y muchas personas más que forjaron desde mi infancia, grandes valores morales y espirituales que aun guardo en mi memoria.

Pero por esas sorpresas que muchas veces nos presenta la vida, mi padre de nombre Juan Bustamante Fernández, fue llamado para administrar una pequeña finquita situada en el bello pueblo de San Antonio de Escazú, Barrio Santa Teresa, y propiedad de los Señores Goicoechea Quirós. En ese entonces San Antonio no contaba con luz eléctrica ni carreteras como las de ahora, era un pueblo solitario y tranquilo. En esa finca había una casita de adobe con techo de tejas de barro y pintadas de color rojo, con pisos de tierra y un corredor amplio donde predominaban rústicos horcones de madera, en los cuales colgaban grandes matas de guaria y bailarinas, que daban un ambiente de belleza y frescura a ese lugar. Sus paredes siempre permanecían pintadas de azul y blanco, porque según sus dueños eran los colores característicos del campesino, y en el corredor una banca de madera, servía de descanso a los visitantes.

En su interior se apreciaba una amplia sala cuyas paredes estaban atravesadas por grandes vigas de madera y una espaciosa cocina en la cual se veía un fogón construido de ladrillo y arcilla, con un horno

que mi madre utilizaba para preparar deliciosos platos, y una chimenea que nos servía de calor en las frías noches de invierno, además de tres dormitorios, un baño pequeño y una letrina construida en el patio de la casa.

Todo para nosotros era una nueva experiencia que compartíamos cada día. Esta finca estaba sembrada de café, árboles frutales, y hortalizas que mi padre cuidaba con esmero, estaba protegida por una cerca de alambre sostenida por grandes árboles de jocote y anonos que eran la delicia de todos los transeúntes.

En su interior un pequeño riachuelo lo atravesaba en su totalidad, lo cual facilitaba el riego tanto para la hortaliza, como para los árboles frutales. Con el paso del tiempo comenzó la amistad entre los vecinos, que en ese tiempo eran personas muy acogedoras hasta llegar a convertir nuestro hogar en un punto central de identificación, la llamaban la esquina de Juan Bustamante.

Recuerdo la época de mi niñez en esa finca, como no había luz eléctrica nos alumbrábamos con canfineras que mi padre elaboraba con tarritos de lata y colocando de mecha un trozo de tela encendida que al rozarse con el canfín proyectaba una luz agradable y refrescante.

Cuando llegaba la noche mi mamá nos llamaba para rezar el rosario y darnos una taza de agua dulce caliente con tortilla, luego sentados en el corredor y a la luz de la luna mi papá nos contaba cuentos de brujas, del cadejo, la tule vieja, entre otros. También compartía experiencias que había vivido como serenatero, ya que a él le encantaba la música y así escuchándolo poco a poco y algunas veces con miedillo nos íbamos quedando dormidos hasta el otro día.

En este hogar mis hermanos, hermanas y yo vivimos una infancia muy sana y feliz, a mis hermanos mayores les encantaba escuchar música pero como en casa no había radio, entonces por la noche bajaban hasta Escazú a la pulpería de los Señores Roldán situada hoy frente el Colegio del Pilar, allí escuchaban música campesina, las charlas de Concho Vindas que era un humorista de ese tiempo y luego muy alegre entre calles barrialosas y oscuras regresaban al hogar para compartir con nosotras lo que habían escuchado.

En esos tiempos también era característico las reuniones de amigos y amigas del barrio, por las tardes al regresar de la escuela y cumplir nuestras tareas nos reuníamos para jugar, organizábamos juegos de *jacsés*, cromos, chumicas que juntábamos de los árboles,

rondas, y escondido, y hasta de cocinita jugábamos aprovechando unos frondosos árboles de aguacatillo y anonos cubiertos por grandes chayoterías y matas de tacaco que nos servían de techo y de escondite.

Que feliz y sana fue nuestra infancia gracias a nuestros padres que sembraron en nosotros grandes valores de honradez, de respeto, y de amor hacia los demás, ese espíritu de acogida que siempre los caracterizó, hizo de nuestro hogar un lugar de reunión no solo de la familia sino de los vecinos y del pueblo de San Antonio. Allí llegaban músicos que nos entretenían con sus guitarras y marimbas y por qué no decirlo con sus canciones, ya que mi padre y mis hermanos eran amantes de la música.

En nuestro hogar siempre hubo alegría ya que por ese don de hospitalidad que siempre caracterizó a mis padres todo el mundo era bien recibido. Los peones de la finca, sus hijos, sus esposas, sus familiares, y sí alguien quería quedarse a dormir se le hacía un campito, ya que mis padres vivieron el carisma de la amistad y ni para que decir cuando empezaba la recolección de café llegaban gentes de todas partes a pedir cogida. Recuerdo que mi papá con esa paciencia que lo caracterizaba iba anotando cada nombre y apellidos en una libreta de tiempo semanal, que compraba anticipadamente y solo los que estaban anotados eran contratados ya que al finalizar el día cada recolector traía su saco de café a la carreta para ser medido en una cajuela especial que se exigía en cada finca, para luego ser llevado al beneficio; al final del día los cogedores recibían un tiquete por cada medida que habían recolectado y al concluir la semana se contaban los comprobantes y en esa libreta especial que mi padre llevaba ordenadamente se anotaba el salario total que luego era depositada en un sobre sellado con su nombre y entregado a cada persona.

Esta época de las cogidas de café era algo especial para nosotros, recuerdo que mis hermanas y yo nos levantábamos muy temprano y después del desayuno nos íbamos al cafetal, algunas veces estrenando canastos con los cuales nos sentíamos orgullosos, mi mamá se quedaba en la casa preparando el almuerzo que ella misma nos llevaría, tortillas de maíz amarillo, torta de huevo, arroz, frijoles, papas con achiote, todo esto envuelto en hojas de plátano, para nosotros era el manjar más exquisito del día. Por la tarde nos llevaban café con leche y tortillas de queso y al finalizar el día algunas veces cansadas y picadas por los moscos regresábamos a la casa y después

de darnos un exquisito baño nos dedicábamos a descansar para ma-
drugar al día siguiente, pero que alegría cuando al final de la semana
recibíamos en un sobre la platita que habíamos ganado para darnos
con ella algún gustillo que se nos ocurriera, hasta íbamos a San José
a hacer compras, adquirimos cosas que tal vez nuestros padres no
podían darnos. Para nosotros esos tiempos de la recolección de café
fueron inolvidables tanto por la parte económica como también por
la oportunidad que tuvimos de compartir con muchas personas.

Y ni para qué decir los tiempos de Navidad que vivimos en este
lugar, al acercarse el mes de Diciembre nos reuníamos en familia
para intercambiar ideas sobre la forma en que íbamos a diseñar el
portal y así con las ideas de todos comenzaba nuestro trabajo, reco-
lectábamos parásitas y musgos de los árboles, ayotes y cohombros,
hacíamos encerados, flores de papel, figuritas de barro que luego
pintábamos de diferentes colores, todo esto para embellecer el pese-
bre que era el centro importante de nuestra fe.

Cuando todo estaba preparado comenzábamos a trabajar al fi-
nalizar, aquel portal y centro de atracción de amigos y vecinos. En
esos tiempos se acostumbraba salir a portalear, las familias enteras
salían a recorrer la casa del pueblo visitando los portales, tales fami-
lias eran bien recibidas por los moradores de las viviendas, quienes
les ofrecían chicha, pan, bizcocho, tamales o algún bocadillo hecho
por las abuelas, este día en nuestro hogar era una completa romería.
Esto era una hermosa tradición de nuestros antepasados que poco
a poco se ha ido perdiendo, esa hospitalidad, ese calor de hogar que
se vivía entre las familias, ese espíritu de Navidad hoy para muchos
solo queda en el recuerdo, aquel portal con olor a cohombro ha sido
sustituido por el árbol de Navidad. El verdadero sentido del pesebre
ha sido cambiado por personajes ajenos a nuestras costumbres: “qué
lástima que se pierdan nuestras tradiciones.”

Hoy también traigo a la mente aquellos rezos al niño Dios, esto
era una fiesta de familia que se preparaba anticipadamente. Al ter-
minar la Navidad mi papá encargaba la pólvora que era elemento
indispensable en esta actividad, se contrataba un conjunto de mú-
sica y un rezador que con gran respeto y devoción anunciaba los
misterios del rosario, acompañado de cantos y villancicos, todo era
muy alegre, a este rosario eran invitados amigos, familiares, y veci-
nos pero también llegaban personas de todo el pueblo, quienes eran
siempre bien recibidas.

Al finalizar el rezo se compartía con los invitados chicha, café, pan, y bizcocho y hasta algún traguito de chirrite que aparecía por allí, la fiesta era grande pero lo que más llamaba la atención era el orden y respeto que en ella se vivía y la satisfacción de mis padres como cabeza de ese hogar.

Pero hoy al lado de mis hermanos y hermanas recordamos con nostalgia, aquellos cafetales que al caer las primeras lluvias en el mes de mayo se cubrían de florecillas blancas que parecían novias desfilando hacía el altar y esparciendo sus aromas, fueron arrancadas desde sus raíces, aquellos grandes árboles que daban albergue a muchas aves y animalitos, han sido destruidos por grandes máquinas y caídos al suelo como soldados en el campo de batalla.

Todo este lugar de paz y recuerdos para mi y mi familia, donde una vez existieron anchos callejones bordeados de veraneras, por los cuales se escuchaba el trinar de las carretas recogiendo las cosechas, las casas de los peones auténticas joyas del pasado, y las amplias zonas verdes donde corrimos mis hermanos y yo disfrutando durante mucho tiempo, hoy solo es el recuerdo.

Este lugar paradisíaco el cual se hubiera logrado plasmar en una pintura, ha dado campo al comercio y a la modernización. Hoy grandes muros protegen elegantes residencias llamadas Villas San Antonio.

Hoy solo recordamos viejos tiempos de nuestra niñez, adolescencia y juventud, momentos de alegría y tristeza que vivimos en ese viejo terruño, aun hoy en día y con el paso del tiempo, esta esquina tan recordada por tanta gente sirve como punto de referencia, tal es así que al consultar por una dirección es muy común que alguien les de la dirección de Juan Bustamante.

■
■
D
S

-
-
e
g
I
d
c
t

k
n
P
b
b
u

e
e
r
r
d
c
e

HISTORIA DE ESCAZÚ EN LOS AÑOS 30

David Castro Marín
Sin seudónimo

Escribe David Castro Marín, hijo de Miguel Castro Monge y Angelina Marín Hidalgo nacido el 19 de septiembre de 1917, cédula número 1-120-615.

Por esos años no existían carreteras, los caminos en su mayoría eran de tierra, solamente del puente de los Anonos el más pequeño que había siguiendo hasta el puente las lajas dividían con Santa Ana. La carretera era de macadan y del cruce de San Rafael al Centro de Escazú, de donde está actualmente la Paco hacia el Norte habían como unos 600 metros de carretera de piedra hasta donde estaba el trapiche de Don Tobías Chávez Herrera.

El cuadrante del Centro de Escazú era construido de empedrado, lo demás de pura tierra.

En gran parte de los ríos lo más que había era un puente peatonal. Cuando se caminaba con carreta con bueyes o bestia había que pasar por el agua.

Las casas eran construidas de adobes, bahareque y algunas de tabla, con sus pisos de tierra. Para hacer los adobes había que batir el barro muy bien, luego se mezclaba con zacate de pitilla, se echaba en unos cajones donde se secaba el barro quedando formado el abobe.

Las casas de bahareque se armaban primero con unas maderas especiales con basas de guachipelín, luego con caña castilla, con un escantillan para que fuera a la medida se clavaba atravesada y se rellenaba con barro con pitilla picada. Una vez secas las paredes se rellenaba con más barro con pitilla, luego se le pasaba un pañete de tierra amarilla con boñiga fresca de res y atrás de esta, venía la cal para darles el blanco a las paredes. Esta cal se componía en un estañón, donde se le echaba baba de tuna, azul de mata, jabón y un

poquito de cemento, con un balde y un hisopo de cabuya se enca-
laba; y hay cuando le caía a uno una gota de cal, había que correr
al agua a quitársela para quitarse el escozor. La madera que más
se ocupaba para construir, era el guachipelín, el güízarro, el tubus,
el ratoncillo, el colorado, el cedro. Estas maderas cortadas en men-
guante eran eternas.

En todas las casas no faltaban los grandes corredores, donde se es-
quivaba la leña para el gasto del año y para elaborar el dulce y también
se guardaba la carreta, el apero de la bestia y se amarraba la ternera.

La cocina con su respectivo fogón con unos tenamastes de tajo
largo, sobre esto se colocaba una plantilla a veces fabricada de aro
de carreta, donde se ponía el comal, la cafetera, la cazuela y las ollas,
las cuales algunas eran de barro.

Como no había luz, las candelas de esperma, canfineras y una
que otra lámpara de canfin eran las que se acostumbraban para
alumbrarse.

En algunas casas había un cajón grande de madera para guardar
el arroz en granza para el gasto del año, había un pilón de madera,
para pilar poquitos de arroz para el gasto, y el café en bellota.

Por esos tiempos la luz eléctrica, solamente en el Centro de Es-
cazú, también agua de cañería, pues donde se llamaba la Laja en
San Antonio de Escazú había una naciente que la municipalidad
de esos tiempos la entubó hasta el Centro de Escazú, los demás nos
servíamos de agua de las acequias o de los ríos para el gasto de la
casa. Para bañarse se hacía recogiendo agua en baldes, o se iba a los
ríos donde se hacían unas grandes posas que lo tapaban a uno, tales
como la de Fanuto Vargas, la posa de gallo, la posa de cajón, el final,
el túnel, la fresa de los Anonos, etc, etc.

En todas las casas no faltaba su patiecito de gallinas, su cerdo y sin
falta el perro y el gato.

Por esos tiempos apenas oscurecía no se veía un solo chiquillo en
la calle pues con el cuentecito del mico malo, el cadejos, la segua,
la llorona, el padre sin cabeza, la tule vieja, zarate y tantos espantos
más nos tenían atemorizados.

Por eso a las siete de la noche a rezar el santo rosario, tomar el
jarro de agua dulce, a orinar y a acostarse.

Eso si que otro día a las tres de la mañana, ya se oían las carretas
por todas partes, las mujeres con el fuego prendido calentando los
frijoles, el agua para el café, haciendo el arroz, para los almuerzos.

Los hombres preparando las herramientas según el trabajo que fueran a emprender tales como el machete, la pala, el hacha, el cuchillo, etc., etc.

Interiores casi no había por esos tiempos, casi ni de pozo negro, uno hacia sus necesidades en el cerco. Tampoco existía el papel higiénico, en los elotes de maíz, las hojas de targuá y hasta en los troncos de café a más no haber se limpiaba uno.

Por esos tiempos en San Rafael de Escazú había solo la escuela Yanuario Quesada, por el centro la Benjamín Herrera Angulo y por San Antonio, la Juan XXIII.

Iglesias católicas la San Miguel Arcángel y la de San Antonio.

Para fiestas de novios se contrataba una marimba y una guitarra, las mujeres cuando salían a bailar con un hombre él llevaba dos pañuelos, uno para la mano que iba en la espalda y el otro en la otra mano que tomaba la de la mujer. Se acostumbraba hacer unas grandes comilonas.

En la tradición de los tamales siempre hacían una chicha riquísima, y uno para quedar satisfecho iba a más de una casa a ver su portal.

Al costado sur de la Iglesia, había un gran galerón, con un gran fogón con su respectiva plantilla donde se preparaban comidas y café los días de turno y se hacían comisiones de mujeres expertas para cocinar.

Principalmente para los festejos patronales que siempre se han celebrado el veintinueve de septiembre, ocho o quince días antes se hacía un turno patronal al cual le decían así porque todo el producto era para los gastos de la fiesta.

Los hombres se dirigían a la montaña donde cortaban grandes árboles madereros, los cuales hacían en tucas de cuatro varas, unas las labraban y otras las traían redondas y otras las llevaban al turno en grandes carretadas de leña.

Todos estos festejos eran amenizados por la filarmónica de Escazú que estaba a cargo de Benjamín Herrera Angulo, quien era su director, lo mismo que de la escuela que llevaba su nombre.

Estos eran los músicos que formaban la filarmónica, hasta donde yo me acuerdo: Director Benjamín Herrera Angulo, música Sétimo Monge Aguilar, Pequinta Carranza, Juan Castro León, (carrión) Víctor Castro León (negro sara), Aniceto Bermúdez Araya, Zenón Bermúdez Araya, Roberto Azofeifa Aguilar (maruz), Samuel Chávez

Delgado, Víctor Madrigal León, Rogelio Monge Madrigal, Santiago Monge Madrigal, Seferino Monge Madrigal, Ricardo Marín Monge, Esteban Marín Monge, Hilario Mendoza, Genaro Castro Delgado, Efraín Porras, Luis Aguilar Hidalgo (mica) etc, etc.

El Señor Pedro Arias Zúñiga con su empresa de disfraces era la alegría de grandes y chicos, Rubén Agüero y sus dos hijos, Aníbal y Abel eran los encargados de los juegos de pólvora.

Los limosneros de ese tiempo andaban siempre con una alforjita de mecate al hombro e iban de casa en casa pidiendo una limosnita en el nombre de Dios.

En esos tiempos para los turnos y las fiestas patronales acostumbraban mandar Policía de San José para reforzar la local, esta venía armada de su revólver, su cruceta y un talete de madera.

Los que habían desfilado el día del turno con bueyes y carreta, o traían trozos tomaban licor y cuando estaban encumbraditos y se enojaban con otro no peleaban, se dejaban desafiar para el día de los festejos Patronales. Para estos festejos los dueños de cantina contrataban un marimbero y un guitarrista, para que le celebraran su negocio.

Por esos tiempos casi no había mujeres para bailar, uno ya encumbradito con algún trago y cuando tocaban una pieza alegre llamaba a otro hombre para bailar, porque las únicas mujeres que le daban gusto a todo hombre para bailar eran Petra Venada, Rosa Julia, Martina Pancha y Panchana Hidalgo. Cuando eso existía la segundita y como las piezas eran tan largas una mujer tenía que bailar hasta con cinco hombres, los que se habían retado el día del turno para la fiesta. Como el salón para bailar más grande era el de la panadería del Señor Luis Protti Marchessi, ahí se metían a tomar guarito los de San Antonio, los del Centro y los de San Rafael, ya un poco encumbraditos, pegaba un grito uno, y le contestaba el otro de los que se habían dejado retados, y de inmediato se armaba la bronca, momento en que entraban en acción las autoridades que habían venido de refuerzo, sacando sus crucetas, que cuando la levantaban para arriba, parecía una primera comunión de niños y cuando comenzaban a dar cincha, parecía que estaban aporreando frijoles.

Escazú era conocido por los siguientes lugarcillos. Por San Rafael Distrito 3: Puente de Mulas, Alto de Lagunilla, Guáchipelín, Matapalo, Quebrada de Baquerán, Quebrada de las Yeguas, Alto de los Coyotes, El Tucuícal, Puente de las Lajas, Alto de las Palomas,

Puente de Tierra, Bajo las Pilas, Parragres, Chirracal, El Perico, Calle Sanja Honda, El Latilla, El Convento, Calle del Barra, La Carchita, La Chichera, Barrio Betina, Villa Delfina, Bajo los Anonos, Bajo la León, Quebrada los Herrera y la Ceiva.

Por el Centro Distrito 1: Calle Limón, El Jaboncillo, El Carrizal, El Cerro, Calle Juan Guerrero, Calle las Halla, Calle las Pichón, Calle San Miguel, Calle el Guapinol, Calle Larga.

Por San Antonio Distrito 2: Bajo Sanchipuela, Bajo el Rabalillo, El Saicero, Bajo Matinilla, El Cariblanco, El Tapesco, Bajo Quebradillas, La Mula, La Huerta, Calle la Mina, El Bebedero, La Cuesta Grande, El Paso Hondo, Sabanillas, El Naranjo, El Encierro, El Chirca, Calle Bernabé León, Los Entierrillos, Calle Santa Teresa, La Masilla, La Caña Hueca, El Tejarcillo, Salitrillos, Palo de Campana, El Torratillo, Barrio los Delgados, Calle el Curio, El Puco, Londres, Llano San Miguel, Calle Hoja Blanca, El Chiverral, La Laja, Los Higueros, etc.

Personas que en una forma u otra ayudaron al desarrollo del Cantón tomando en cuenta hogares con sus hijos mayores de quien escribe. Por San Rafael Distrito 3: Policarfo Flores y sus hijos Celso Mario Flores, David Jiménez Sandí, sus hijos Miguel Jiménez Sandí y Rafael Jiménez Sandí, Celin Leiva, Andrés Espinosa, Juan y Miguel Espinosa, José Herrera, Timoteo Azofeifa, sus hijos Miguel, Luis, Samuel, Ence Azofeifa Arias, Dolores Montes, sus hijos Miguel y Ismael Montes, Pedro Ortiz, Julio Hernández, su Señora Ramona Guzmán, sus hijos Francisco, Eloy, Héctor, Salomón, Pano, Gonzalo y Antonio Hernández Guzmán, Genaro Arias, sus hijos Hernán, Luz, Honario Arias Umaña, Jesús Rojas y su hijo Gonzalo Rojas Flores, Antonio Araya y sus hijos Juan, Mamerto y Antonio Araya, Miguel Rojas y su hijo Ismael, Yoconda Puchi, Juan Fuentes, Vicente Guerrero y sus hijos Alfredo y Jesús Guerrero Hidalgo, Hilario Rojas, su hijo Pío Rojas, Miguel, José y Amancio Herrera Badilla, Jaime y Noé Campos, Pedro Herrera y sus hijos Manuel y Malaquias Herrera, Miguel Zúñiga y sus hijos José María Justo y David Zúñiga, Don Gonzalo Cubero, Dr. Odys Castro, Miguel Flores Pacheco, sus hijos José Fernando y Eliodoro Flores Saborío, Juan Flores, Lino, sus hijos Miguel, Samuel, Alejandro y Yanuario Flores Esquivel y el último Flores Herrera. Faltan Eliceo y Filadelfo Flores Esquivel, nietos Esequías Flores Rojas, Laudencio Flores Rojas, Juan Fernández Delgado, Anselmo Cartín, sus hijos Alberto,

Francisco, Alejandro, Manuel Cartín Porras, Mario y Alvaro Sancho, Alejandro, Oscar, Juan, Fernando Carballo, Manuel y Antonio Solís, Abel Araya, Miguel Araya Cartín, sus hijos Antonio y Misael, Francisco Hidalgo y sus hijos Miguel Ángel y Rafael Nolberto Álvarez, José Herrera Flores (chalo), Rafael Ramírez Hidalgo, sus hijos Mario y Alberto Ramírez Trejos. Doctor Antonio Facio, Víctor y Lemen Iglesias, Abel Morales, Juan León Cerdas, Abundio Seco, Alfredo Gutiérrez, Juan Rafael Gutiérrez, Juan Camacho, Doctor Carlos Pupa, Carlos Manbjarbert, Benjamín Zúñiga, Luis Torres, Héctor Jiménez Morales, Matías Morales y sus hijos Luis Manuel y Mariano Morales, León José Montoya, Eliseo Gutiérrez, Mariano Cañama, Hernán Fernández Delgado, Manuel Aguilar, Otilio Ulate Blanco, Pantaleón Araya Alvarado, Marcelino Araya Alvarado, Fernando Sibaja, José Solano, Pedro José Verut, Mario Esteinfor, Víctor Cordero, Manuel Quesada, Joaquín y Rodrigo Trejos Montealegre, Jesús Cabrera, sus hijos José Marciano y Amando Cabrera, Jorge Castro y su hijo Mallito Castro, Agustín Flores y su hijo, Elí Saborío, Pedro Fernández, Otoniel Peña y sus hijos Miguel y Germán Peña, Rogelio Picado, Ricardo Vega Fonseca y sus hijos Ricardo, Ronald y Gilber Vega Fernández, Jeremías Arguedas, Carlos y Guillermo Fernández, Eloy Cubero, sus hijos Edgar y Luis Cubero Rivera, Maurilio León y sus hijos Lucas, Mauro, Francisco Reyes y Luis León Madrigal, Daniel Oduber Quirós, Javier, Enrique Pozuelo Marín.

Por el Centro Distrito 1: Rubén Angulo Ramos, sus hijos Victoriano y Avelino Angulo Flores, Francisco Badilla, Sacarías Zeilor, Miguel Herrera (tureco) sus hijos Abel, Samuel, Lenicio, Melecio y Ramiro Herrera Araya, Miguel Herrera (violín) sus hijos Francisco, Mario, Carlos Herrera Hidalgo, Antonio Herrera (yigüiro) su hijo Amador Herrera Hidalgo, Miguel Vázquez, sus hijos Miguel Ángel, Emilio, Abel, Pipo Vázquez Badilla, Juan Chacón, su hijo Francisco, Rafael Salas, su hijo Francisco Salas, Miguel Araya (bigotudo) sus hijos Consuelo, Francisco, Marcelino Araya Herrera, Jesús Torres, sus hijos Juan, Ignacio, Amparo y José Torres Campos, Casimiro Herrera y su hijo Alfredo Herrera, su nieto David Monge Herrera, el Señor Fiedell, Miste Daifer, Yanuario Bermúdez Delgado, Rafael Flores, sus hijos Juan y Salvador Flores Monge, Octavio Jiménez Alpizar, Aníbal Muñoz, Eloy Muñoz, Miguel Marín Montoya, Francisco Marín Montoya, sus hijos Antonio, Tobías, Ricardo y Esteban Marín Monge, José Castro Candelario, sus hijos Miguel, Elías, Antonio

Reyes, Felipe, Tobías, Juan, Otoniel y Francisco Castro Monge, Pecho Mena, sus hijos Daniel, Francisco Mena Marín, Eugenio Monge Marín, Florentino Jiménez Monge, Pastor Marín, Gabriel Flores (cuete) Manuel Marín Azofeifa (taco), Feliz Carranza, Luis Delgado Porras, sus hijos Antonio, Rafael Delgado Castro, Manuel Marín (quinindique), Adolfo Castro, sus hijos Juan y Francisco Castro León (corrión), Rafael Ángel Hidalgo Solís, Felipe Vargas, Miguel Mena Anchía (severo), Rafael Yalla, Sito Campos, Manuel y Benjamín Castro Marín, sus hijos, Antonio Marín, Tiburcio Alfredo Guerrero y su hijo Lío Guerrero Chávez, Rafael Benavides, Celín Umaña, su hijo Manuel Umaña Araya, José Roldan sus yernos Leonar Herrera y Jesús Zeledón, Joaquín Angulo, su cuñado Abundio Artavia, José Umaña Herrera, sus hijos Neftalí, Eliett y Fernando Umaña Arias, Elías Altamino, Francisco y José Monge (pepe), Juan Ruiz, Gabriel Ramírez, y sus hijos Adán y Pablo Ramírez Roldán, Adolfo Brenes y sus hijos Rodolfo Brenes, Hernán Brenes, Vicente Ramírez, sus hijos Juan, Cipriano, Santiago y Francisco Ramírez Aguilar, Miguel Ramírez Hidalgo, su hijo Antonio Ramírez Monge, Luis Angulo sus hijos Pancho, Bolívar, Antonio, Manuel Angulo Badilla, Francisco Angulo, sus hijos Miguel y Manuel Angulo Herrera, Francisco Alvarado, Antonio Alvarado, Juan Rafael Alvarado y Ernesto Alvarado, Benjamín Vásquez, Rodolfo Naranjo, Noe Jiménez Morales, sus hijos Eliut, Palo y Rogelio Jiménez Marín, Ramón Mena, sus hijos Rafael, Octavio Mena Flores, Chito Mora, Aurelio Muñoz sus hijos Manuel, Rafael Muñoz, Emeterio Sosa, Pancho Sandí, su hijo Francisco Sandí, Macho Trini, Fabio Porras, Benjamín Carranza, Francisco Salas Angulo, Silbano Aguilar, Elías Aguilar, Carlos Hidalgo, Francisco Herrera (chala) sus hijos Alberto, Fausto y Héctor Herrera, Cayetano Guzmán, Juan Herrera Benavides, José Herrera Alvarado, Clisanto Herrera Alvarado, Cristóbal Madrigal, Juan Herrera Alvarado calibre, Roberto Vásquez Badilla (turra), Rafael Madrigal, Timoteo Hidalgo y su hijo Leonidas Hidalgo Aguilar, Inocente Flores y su hijo Roberto Flores Bermúdez, Elías Fernández, sus hijos Marciano Alejandro y Aníbal Fernández Araya, Jaime Solís Marín y su hijo Jaime Solís Chávez, Aníbal Ramírez, José Ramírez, Edgar Aguilar Mora, Miguel Angulo (Pato) sus hijos Ramón, Ventuno y Luis Angulo, Pasión Herrera y su hijo Isaías Herrera Angulo (Pacho). Napoleón Chinchilla, su hijo Francisco Echeverría Elizondo, Máximo Araya, sus hijos Fernando y Miguel Araya Herrera, Joaquín

Quirós, sus hijos Manuel, Miguel Quirós Villalobos, Roy Jiménez Morales, Fernando Herrera, sus hijos Fernando y Víctor Herrera Ramírez, Pecho Sibaja, sus hijos Isidro y Dimas Sibaja, Juan y Miguel Marín (pinga), Salvador Quesada, Jacinto Chávez Herrera, Benjamín Herrera Angulo, Gonzalo Gutiérrez, Jeremías Roldán, Sisto Carranza, Jesús Marín Tiburcio, sus hijos Ismael y Gustavo Marín Solís, Rafael Monge González, Francisco Monge, Abel Guzmán, sus hijos Santiago, Francisco, Abel, Salomón Guzmán Monge, Jesús Monge León, su hijo Sétimo Monge Aguilar, Pecho Montero, Miguel Montero, Rafael Delgado (tumbra) Jesús Badilla, sus hijos Amado, Benito, Gerardo, Fernando Badilla Salas, Víctor y David Solís, Mario Acebedo, Gerardo Badilla, sus hijos Francisco y Luis Badilla Delgado, Francisco Jiménez sus hijos Cerlindo, Rufino, Juan y Francisco Jiménez Badilla, José Herrera Salas, Vicente Delgado, Jesús y Benedicto Castro, Moisés y Víctor Marín, Elías Marín Araya, sus hijos Pecho, Antonio y Noe Marín Badilla, Francisco Jiménez, sus hijos Antonio y Florentino Jiménez Monge, Silvestre Monge, sus hijos Eloy, Abel, Miguel Monge Bustamante, Hilario Mendoza, Manuel Sandí y su hijo Neftalí Sandí, Eulalio Bermúdez, Alberto Abarca y su hijo Rafael Abarca Bermúdez, Francisco Porras, su hijo Gonzalo Francisco Efraín Porras, Adriel Arias, sus hijos Bolívar y Claluco Arias Rojas, José María Rojas, Javito Flores, sus hijos Ismael, Incente, Gonzalo y Odilan Flores, Joaquín Aguilar, su hijo Carlos Aguilar Córdoba, Ricardo Mora (cayo), Carlos Araya, Aniceto Bermúdez Araya, sus hijos Virgilio, Alberto, Antonio y Ángel Bermúdez Sandí, Procopio Aguilar, sus hijos Ramiro, Francisco, Alberto y Luis Aguilar Hidalgo, Luis Aguilar Azofeifa, Juan Chávez Herrera, sus hijos Juan, Francisco, Antonio, Máximo, Marcos Chávez Ramírez, Tobías Zúñiga, sus hijos Palan, Samuel, Hernán Zúñiga Gutiérrez, Walter Villalobos Long, Luis Altamirano, Nicanor Araya, sus hijos Marcelino, Quindo, Manolo y Lula Araya Chacón, Rubén Zúñiga Marín, Casimiro Sandí, Carlos Umaña Herrera, Tobías Araya, Federico Zúñiga y sus hijos Gonzalo y Gonzalo Flores Zúñiga, Marino Flores Zúñiga, Ramón Altamirano, sus hijos Miguel y Pipo Altamirano Marín, Ventura Mora, sus hijos Francisco, Octaviano y Neptalí Mora Guadamuz, Miguel Fonseca, sus hijos Rafael, Alberto Fonseca, Emilio Fonseca, Juan Guerrero, Benjamín Bustamante, Tito Herrera, sus hijos Emiliano, Miguel, Yanuario y Víctor Herrera Hernández, Dr. Jorge Vega, Antonio Torres, Manuel

Ruiz, Francisco Montoya, su hijo Francisco, José María Monge, sus hijos Modesto, Porfilio y Fabio Monge, Elías Jiménez, Lenidan Jiménez, León Fernández, su hijo Santiago Fernández Meléndez, Licinio Araya, Aniceto Hidalgo, Jacinto Hidalgo, Nicolás Masís Quesada, sus hijos Alvar y Carlos Masís Guerrero, Adán Brenes Rojas, Maquito Brenes, su hijo Rafael Brenes Angulo, Chalo y Avilio, su hermano Marcial Jiménez, Ramón y Samuel Montoya Sánchez, Eduardo Protti, sus hijos Luis, Manuel, Marino y Gerardo Protti Marchessi, Eliseo Brenes, José Miguel, Francisco Aguilar (los giles) Carlos Bustamante (bala), Juan Malé, Aquiles Pafra, Ismael, Maices, Pio, Manuel y Miguel Roldán Montoya (Ernesto Jus), José Castro (las Yeguas) Pedro y Miguel Castro, Víctor Castro León, los Zara, Francisco Bustamante, Luis Bustamante, Pedro Madrigal Monge sus hijos Amado, Francisco y Pedro Madrigal León, Jesús Mena, Luis Badilla (pisurico), Martín León, sus hijos Abran, Abel y Claver León Arias, Pedro Flores, sus hijos Alcibiades, Lulo y Quírico Flores Valverde, Miguel León, sus hijos Antonio, Bolívar, Celso León Porras (Marino) y Amancio Corrales, José Arias, su hijo Juan Pájaro, Santiago Bustamante, sus hijos Gerardo y Alejo Bustamante Vargas, Rafael Vargas, Esteban Vargas, Guadalupe Porras, su hijo Vicente Porras Araya, Celio Vega, sus hijos Ignacio, Isaac y Gerardo Vega Rodríguez, Asunción Aguilar, sus hijos Edwin y Hernán Aguilar, Audan González Montoya, Genaro Sandí, su hijo Amado Sandí Gómez, Manuel Bermúdez Delgado, José María Cabrera, sus hijos Manuel, Belisario y Juan Cabrera Montoya, Jesús María Gómez Cucalón (chus), Carmen Corrales, sus hijos Juan, Luis Octavio, Gabriel Corrales Mora, Juan Rafael Flores Sandí (vitrola), Josafat Quesada, Pubertino Sánchez, Vicente Alvarado (guara), Andrés Alvarado y sus hijos Ernesto, Fernando y Jesús Alvarado Vargas, Francisco Jiménez Zamora, Pedro Solís, sus hijos Luis, Alfredo y Enrique Solís (cabuya), Antonio Solís, sus hijos Guillermo Enorata, Ronquilla y Gacho (cabuya), Juan Antonio Venegas, sus hijos Vinicio, Sadatt y Rudí Venegas Moreno, Abel Marín Monge, Jorge Rivera, Miguel Ángel Fernández Delgado, sus hijos Guido y Hernán Fernández Angulo, Rafael Angulo, sus hijos Arturo y Palan Angulo Badilla.

Por San Antonio Distrito Segundo: Francisco Carvajal Arguedas, su hijo Hugo Carvajal Castro, Juan Monge Arias, sus hijos Gerardo, Roberto, Santiago, Juan Rafael, Seferino Monge Madrigal, Francisco Jiménez (Pulo), su hijo José Jiménez Umaña, José Azofeifa Mena, Ricardo Azofeifa Mena, Francisco Arias Solís, Amado Castro Monge,

Genaro Castro Monge, Juan Delgado, Silberio Delgado Delgado, Antonio Delgado Delgado, Reyes Mena Ribera, sus hijos Miguel, Alberto, José Francisco Mena Castro, Rafael, José Joaquín Delgado Vázquez, Marcial Monge Marín, Tobías León Marín y su hijo Juan León Castro, Apolonio Delgado, sus hijos Onias, Alberto y Gustavo Delgado Montoya, Antonio Flores, su hijo Fernando Flores Monge, Ezequiel y Julio Castro Herrera, Galo Miranda Hidalgo, Elías Delgado Herrera, Obsebio Jiménez, Manuel Arias Marín, Abel Arias Marín, Juan Arias Marín (colorado), Elías Flores Herrera, Teodoro Jiménez, Antonio León, Gregorio Marín (gallo), sus hijos Miguel, Jesús Marín, Antonio Mora, José Delgado (jovita) Darío, Alejandro, Antonio, Malaquías, Córdoba (planchitas), David Marín Hidalgo, Juan Marín Hidalgo, Elías Marín Hidalgo, sus hijos Carlos, Víctor, Miguel Ángel Marín Marín, Asunción León Delgado, Basilio León Delgado, Marcos Arias, su hijo Rogelio Arias Montoya, Sacarías León, Aniceto Álvarez, Antonio Sandí (calita), David León Herrera (nico), Joaquín González Azofeifa, Mercedes Sandí, Alberto Cartín, Miguel Martén Madrigal, Antonio López Marín, Isidro López Marín, Sito Sandí (cusuco), Esteban Córdoba, Luis Jiménez, sus hijos Hernán y Mauro Jiménez Sandí, Silvestre Solís, Alberto Sandí (coyoles), Cerlindo Agüero, Francisco y Vicario León, Meliton Montoya, sus hijos José, Hilario, Rosa, Amado Montoya, Augusto Carranza, sus hijos Quico, Veto, Alejo Carranza Araya, Malaquías Sandí, Antonio Delgado (gallina), Manuel Araya Azofeifa (Lico), Jesús Sandí (tutillo), Ñor Antonio Sandí, su hijo Ismael Sandí Córdoba, José María Marín (lío), Rafael Mesén, Elías Agüero (rabito) Zenón Bermúdez Araya, sus hijos Neptalí, Luis Bermúdez, Rafael Sandí (valarín), sus hijos, Adán, Benjamín Sandí Agüero, Gustavo Ureña, Miguel Sandí Delgado y Abelardo Sandí Delgado, Antonio Gómez Retana, Miguel Sandí Córdoba (muta), Tobías Sandí Córdoba (galla), Pedro López Bermúdez, Tobías López Bermúdez, Leonidas López Bermúdez, Manuel López Bermúdez, Marcelino Marín (cata) Ismael Marín (cata), Vidal Marín Arias, Eloy Arias Barbosa, Juan León (curtia), Aniceto Ulloa, Gerardo Alvarado Contreras, su hijo Celimo Alvarado, Bernabé León, sus hijos Ernesto, Gonzalo, Neptalí León Herrera, Graciano Marín Araya, Emilio León Marín, Pánfilo Delgado (pájaro), Martiniano Sandí, Antonio Solís, sus hijos Jaime, Rogelio, Nieves y Juan Solís Barbosa, Narciso León, su hijo Miguel León, Vicente León Marín, Francisco Brenes, sus hijos Gustavo Albino

y Francisco Brenes Herrera, José María León, Agapito Arias, sus hijos Antonio y Rogelio Arias Delgado, Misael Arias, Víctor Arias (ñato), Antonio Arias, Canuto Vargas, su hijo Ismael, su nieto Alcides Vargas Marín, Julio Vargas Marín, Juan León Barbosa (culeco), Carlos Alvarado Jauart, Eloy Solís Marín, Procopio León, sus hijos Leonidas y Raúl León Barbosa, José León, Miguel Arias Zúñiga, Jesús Marín, sus hijos Rubén, Neptalí, José, Pánfilo Marín Jiménez, Rafael Arias Zúñiga, Pablo Arias León, sus hijos Adán, Cerlindo Arias Arias, Asunción Bermúdez, su hijo Guillermo Bermúdez Marín, Pedro Arias Zúñiga, Pastor Aguilar, Ñor Chico Arias, sus hijos Salvador, Elías, Asunción, Luciano, Marcelino Arias Flores, Tobías Sandí Córdoba (pacheco), Otoniel Solís, Miguel Aguilar, sus hijos Nando y Luve Aguilar Valverde, Rubencio Corrales Herrera, Celso Corrales Herrera, Belisario Corrales Herrera, Eloy Corrales Herrera, Francisco Corrales Herrera, Federico Corrales Herrera, Antonio Montoya, Miguel Montoya, Saturnino Montoya, Gabriel Montoya, Manuel Montoya Delgado, Augusto Calderón Elizondo, Miguel Gonzáles, Rafael Montoya, Neptalí Montoya (burra), José Sandí, sus hijos Mario y Antonio (chucullo), Dolores Araya, sus hijos Moisés, Clisando, Espíritu y Antonio Araya Arias, José María Corrales, sus hijos Teodor, Víctor, Francisco, Manuel, José María, José Luis Corrales León, Benjamín Marín Hidalgo, Manuel Montoya Delgado, Gabriel Montoya Herrera, Joaquín González Montoya, Benedicto Solís, Elías Solís, Salvador Solís, Samuel Solís, Miguel Arístides Hidalgo Solís (tite), Isaías Chávez Delgado, Samuel Chávez Delgado, José Gabriel Flores, Ñor Vicente Delgado sus hijos Daniel, Juan, José Delgado Benavides, Santos Montes Delgado, Befor Corrales, José Aguilar Chinchilla, Luis Aguilar Chinchilla, Gabriel Aguilar Chinchilla, Jesús Barbosa, sus hijos Francisco, Jesús y Juan Barbosa Fernández, Ramón Madrigal Delgado, Rafael Madrigal Delgado, Heliodoro Flores, Juan Delgado, Antonio Delgado y Custodio Delgado (los cubanos), Rafael Belito Corrales, Manuel Sandí Corrales, Miguel Sandí Corrales, Ramiro Jiménez, Felipe Montes, Juan Bustamante, Vicente Badilla, Silvestre Badilla, etc, etc.

En su mayoría de todas estas personas que he mencionado eran jornaleros.

Por el Distrito 3 San Rafael, personas que en una u otra forma tenían su vida propia: Celín Leiva, David Jiménez, Julio Hernández, Abel Fernández, Vicente Rojas, Miguel Rojas, Genaro Arias,

Juan Fuentes, Rubén Angulo Ramos, Vicente Guerrero, Hilario Rojas, Miguel Herrera (tureco), Víctor María Iglesias, Leonel Iglesias, Doctor Antonio Facio, Pedro Solís, Juan Flores (lino) Miguel Flores Pacheco, Carlos Rulo, Carlos Manjarbertt, Anselmo Cartín, Rodrigo y Joaquín Trejos Montealegre, Agustín Flores, Maurilio León, etc, etc.

Por el Distrito 1 Centro: el señor Frendell, Mister Daller, Lic. Octavio Jiménez Alpízar Procopio Aguilar, Joaquín Aguilar, Napoleón Chinchilla, Eduardo Protti, Nicolás Masís Quesada, Joaquín Quirós, hermana Uribe Pages, Aquiles Capra, Fernando Herrera, Alfredo Guerrero, Jesús Marín, Benjamín Herrera Angulo, Miguel Pato Angulo, Noé Jiménez Morales, Juan Chávez Herrera, Miguel Ángel Fernández Delgado, José Castro Candelario, Jesús Badilla, Aniceto Bermúdez Araya, Santiago Bustamante, Juan Antonio Venegas, etc, etc.

Por el Distrito 2, San Antonio: David Marín Hidalgo, Juan Marín Hidalgo, Elías Marín Hidalgo, Basilio León, Rogelio Arias Montoya, José María Corrales, Joaquín González Azofeifa, Manuel Sandí Corrales, Miguel Sandí Corrales, Augusto Calderón, Dolores Araya, José Sandí, Pedro Arias Zúñiga, Pablo Arias León, Miguel Arias Zúñiga, Rafael Arias Zúñiga, Ñor Chico Arias, etc, etc.

Siguiendo la historia, el señor Luis Protti Marchessi, dueño de la panadería del mismo nombre, tenía cuatro burros, los cuales los manejaba Carlos Bustamante conocido como bala. Estos cuatro burros, todos los días a las cuatro de la mañana, les cargaban dos barriles de madera llenos de pan y un saco de manta lleno de galleta dulce. El señor Carlos Bustamante salía con ellos haciendo el reparto en las casas y en los negocios hasta Pacaca y Ciudad Colón y a las cinco de la tarde venía regresando.

Los Señores José Aguilar y su hermano Francisco, a los que le decían los Giles, con su carreta con sobre cajón y su yunta de bueyes, dos veces por semana iban a San José llevando flete para allá y trayendo mercadería para los negocios de Escazú.

El Señor Aquiles Capra tenía una herrería donde fabricaba las carretas españolas y las de eje de palo.

La familia Protti eran de origen Italiano.

Estos eran algunos dichos de nuestros antepasados.

1. Has bien y no mires a quien.

2. De tanto y de loco todos tenemos un poco.

3. El que dice lo que quiere, allá lo que no quiere.
4. Siempre al perro más flaco se le pegan más las pulgas.
5. El que nace para tamal, del cielo le caen las hojas
6. Dime con quien andas, y te diré quien eres.
7. El que nace para maceta del corredor no pasa.
8. Es mejor malo conocido, que bueno por conocer.
9. Cuando el río suena, piedras trae.
10. No hay peor cuña que la del mismo palo.
11. Perro que ladra, no muerde.
12. Panza llena corazón contento.
13. Hijo de tigre, sale pintado.
14. Para tonto, no hay que estudiar.
15. El que es tonto, ni Dios lo quiere.
16. Vale más una paloma en mano, que cien volando.
17. Viejo, pero no pendejo.
18. Ni raja, ni presta el hacha.
19. Nunca falta un borracho en una vela.
20. Donde se llora está el muerto.
21. A Dios rogando y con el mazo dando.
22. Por la víspera se saca el día.
23. Ladrón que le roba a ladrón, tiene cien días de perdón.
24. El que de ajeno se viste en la calle lo desvisten.
25. Perro que bebe huevo ni quemándole el hocico.
26. Todo cepillo muere pelón.
27. En la puerta del horno se quema el pan.
28. Vale más tarde que nunca.
29. El que mucho corre pronto para.
30. Hay que ver, si como ronca duerme.
31. Hombre culón pendejo y mal peón.
32. Al que madruga Dios le ayuda.
33. Al mejor mano se le cae el zapote.
34. Tanto va el cántaro al agua que hasta que se quiebra.
35. Por la boca muere el pez.
36. El que todo lo quiere todo lo pierde.
37. Para uno que madruga otro que no se acuesta.
38. Lo cogieron con las manos en la masa
39. Entre más alto es el cuerno, más dura la caída.
40. Cada ladrón juzga por su opinión.
41. El que es perico donde quiera se vende.

42. El que es torcido donde quiera pierde.
43. Vale más llegar a tiempo que ser invitado.
44. Se lo llevo el culjen.
45. En campo abierto, hasta el justo peca.
46. Todo tanto, es derecho.
47. El que feo ama, bonito le parece.
48. La que es mona, aunque se vista de seda mona se queda.

Dejo los dichos para hablar sobre un burro que le decían el burrito del padre. Por cuanto éste para las procesiones del Domingo de ramos, siempre se ocupaba para montar el señor del triunfo, era tan manso que entraba a la iglesia por la nave central comía todo lo que le dieran, entraba a las cantinas y creo que hasta su traguito se metía cuando se lo daban. Pero me decían que una vez vino un circo y lo cogieron, lo mataron y se lo echaron a los animales.

Para conocimiento de quien lea esta historia quiero hablar algo de mi vida matrimonial. Yo contraí matrimonio con Flora Clemen-
cia Castro Monge, hija de Reyes Castro Monge y Honoria Monge Bustamante, miércoles diez de junio de mil novecientos cuarenta y dos, el párroco Antonio Farn fue quien nos casó en la Iglesia de San Miguel de Escazú.

- El 24 de Diciembre de 1942, nació mi primer hijo, Manuel Jesús de las Piedades.
- El 17 de Abril de 1944 nació mi segunda hija Olga María de las Piedades.
- El 27 de Febrero, nació mi tercer hijo Miguel Francisco de las Piedades.
- El 29 de Mayo de 1948, nació mi cuarta hija María Guadalupe de las Piedades.
- El 21 de Mayo de 1950, nació mi quinto hijo David Secundino de las Piedades.
- El 10 de Octubre de 1952, nació mi sexta hija Luz Virginia de las Piedades.
- El 11 de Enero de 1955, día que estalla la contra revolución, nació mi séptima hija Ana Cecilia de las Piedades.
- El 17 de Enero de 1957 nació mi octavo hijo Luis Antonio de las Piedades.
- El 1 de Marzo de 1959, nació mi novena hija Maira de las Piedades.
- El 9 de Mayo de 1961 nació mi hija décima Elizabet de las Piedades.

- El 18 de Julio de 1963 nació mi hijo undécimo Walter Enrique de las Piedades.

De todos estos solo Manuelito el mayor quedó soltero, los demás casados, quienes me han dado 35 nietos y 21 bisnietos.

Nunca me he separado del hogar, hemos compartido las buenas y las malas, entrando ya a los 61 años de casados.

Nunca he tenido dinero, lo poquito que poseía, criando mis once hijos y la agricultura llegue a ser lo que soy con mi gran capital mis once hijos.

Sierro la presente a las 15 horas y 45 minutos del 21 de Enero del 2003.

Un agregado más a esta historia

Los propietarios del trapiche de bueyes de esos tiempos. Por San Rafael Distrito 3:

Tranquilino Torres, David Jiménez, Miguel Rojas, Juan Fuentes, Vicente Guerrero, Ñor Miguel Zúñiga, Ñor Pedro Herrera, Maurilio León, Juan Tobías Chávez Herrera, León Cerdas, Joaquín León Cerdas.

Distrito 1 Centro: Jesús Monge León, José Castro, Candelario, Víctor Solís, Eduardo Protti, Vicente Ramírez Hidalgo, Luis Angulo, Napoleón Chinchilla, Fernando Herrera.

Por el Distrito 2 San Antonio: David Marín Hidalgo, Basilio León Delgado, Ñor Gallo Marín trapiche de palo, Esteban Córdoba Montes, Mercedes Sandí, (pansuco) Ñor Manuel Sandí trapiche de palo, Ñor Vicente Delgado, trapiche de palo, Francisco Corrales Herrera, José Sandí (chucullo), Francisco Arias, Pedro Arias Zúñiga, Miguel Arias Zúñiga, Rafael Arias Zúñiga, Bernabé León, José María Corrales, Vicente Badilla, Felipe Montes.

Por esos tiempos eran con una sola paila, no había chimenea en los hornillos, se fundía la hornilla a fuego hasta que se fuera recogiendo la cachaza, la cual era sacada con un pascón, sacada la primer casaza se le echaba un poco de baba de mozote, esta acababa de recoger la tierra, esta tenía que hacerse antes de hervir el caldo. Ya sacada la segunda cachasa se le daba fuego, seguido luego cuando se convertía el caldo en miel, con el mismo pascón había que estar paileando para que no se saliera la miel, luego se le echaba un poco de manteca de cerdo para que cortara la miel y se convirtiera en dulce. Cuando estaba de sacar de la paila, se arrimaba una canoa

grande de madera y con el mismo pascón se sacaba de la paila y se echaban en una canoa y con una pala grande de madera se batía hasta que se ponía de echar en los moldes. Había moldes grandes, que se le decía atado grande pues las dos tapas pesaban diez libras, y había otros más pequeños que se les decía tamuga y las cuatro tapas pesaban ocho libras, se acostumbraba que el bagazo fresco de la misma tarea, se tendía y sobre él se boleaban los moldes los cuales al ratito se levantaban, quedando el tendido de tapas de dulce sobre el bagazo. Luego éste era envuelto en hojas de plátano seco o en hojas de caña amarilla secas, se amarraba con tiras de vástago. Todo el que quería comprar dulce en el mercado central, lo primero que preguntaba era que si había dulce de Escazú, por su fama.

Para hacer un cañal si no era muy grande se hacía con pico y pala los surcos, los cuales eran de un metro de ancho, la caña para semilla tenía que ser antes que esta echara verolín, se cortaban las calas cerca del coallo cavas de unas tres cuartas de largo, estas se tendían en el surco seguido una del otro, y se le tapaba con un poquito de tierra, a veces se hacían los surcos con bueyes y un arado de pala grande, a los dos años comenzaba a producir caña.

Como se preparaba un terreno para hacer siembra de arroz. En Marzo con bueyes y un arado de hierro, se rompía el terreno, para que la tierra se asoliara bien. Cuando caían los primeros tres aguaceros el terreno se suavizaba, con una máquina de hierro con unos picos de un metro cuadrado más o menos, y con bueyes se le pasaba despedazando el terreno, luego con un arado de palo grande se le daba otra pasada, después se le pasaba otro trozo pesado quedando el terreno parejito, luego con un arado de melgar con bueyes se va haciendo los megar, y uno va detrás con un balde de arroz en granza, regándolo en la melga, y otro detrás, jalando una rama, tapándolo para que un pájaro negro que se le decía el pius no se lo comiera. A los ocho días, comenzaba a nacer, a los veintidós días se le pasaba un peine de mano el cual emparejaba el terreno aterraba nasencia de monte y aporreaba al mismo tiempo el arroz, luego con una chingas de machete se le hacían dos desyerbas. Este cereal a los seis meses se ponía de corta, se tendían unos manteados especiales grandes de manta dril como se le decía, y en el centro una machina, esta era como de un metro cuadrado, se montaba como en cuatro paralels como de dos metros a la mitad y atrás con unas cres de machete se ponía a cortar el arroz, poniéndolo en carguitas, y atrás

lo jalaban al manteado para coger los rollos y aporrearlos sobre la machina cayendo el grano en el manteado. A las dos de la tarde se paraba la corta y luego con una zaranda se zarandeaba quedando el grano limpio, se echaba en sacos de seis cajuelas, y con los bueyes con carreta se trasladaba para la casa.

Para hacer un cafetal, se sembraban de tres varas de ancho por tres de mata a mata según fuera la fuerza del terreno, la hoya de hacían de cincuenta centímetros cuadrados de ancho por cincuenta centímetros de hondo, para sombra del café se sembrada palos de guaba o de guajiniquil también plátano o guineo.

Para terminar un dicho

Vale menos una amistad perdida, que una tripa rompida.



NOSTALGIAS DE MI PUEBLO

Marlen Chacón Cubillo

Seudónimo: PEQUEÑA ILUSIÓN DE TAURO

Todo comenzó cuando apenas tenía seis años de edad y era oriunda de mi natal pueblo Puriscal, allí nos vimos en la necesidad de emigrar a la ciudad con la Ilusión de prosperar un poco más económicamente, y que mi papá pudiera tener un trabajo más estable.

Fue así como llegamos al cantón de Escazú, mi padre, madre y mis tres hermanos y yo, cuidamos una finca en la que había una casona vieja con su pila y sanitario fuera de ella como se acostumbraba, sin luz eléctrica y sacando agua de un pozo con balde atado a un mecate.

Hoy creo mi figura no ha cambiado mucho, ya que desde pequeña fue de contextura gruesa, con mi cabello claro y rizos dorados, mi piel se sonrojaba de tanto brincotear por el patio y el potrero donde se descansaba a las vacas al caer la tarde.

Recuerdo a mi madre, una mujer valiente que en el mes de octubre con esos aguaceros que en aquel entonces no cesaban por días, dio a luz a mis hermanas gemelas, recuerdo que tuvo que caminar cerca de un kilómetro, agarrada de las cercas poste a poste ya que la callecilla que había no era posible de caminar gracias a la lluvia, porque la había convertido en un barrial que solo las vacas, caballos y las carretas podían usarlas.

Pero ella vencía todos esos obstáculos y llegó al hospital y tuvo a “las gemelas”; durante un tiempo más en la finca ya que mi padre limpiaba y cortaba caña, el café y recogía los mangos, recuerdo un árbol de Higuierón inmenso, donde en las tardes nos reuníamos.

Tiempo después mi abuelo compra un terreno lejos de la finca y le pide a mi madre que vivamos con él, en ese lugar también todo

era campo, donde mi abuelo se dedicaba a la agricultura: sembraba frijoles, maíz y siempre vendía jocotes; sin luz y sin agua potable empecé a ir a la escuela de Guachipelín, siempre seguí bien gordita.

La escuela apenas tenía seis aulas, un comedor, una dirección, y en ese entonces sin teléfono, era realmente una escuela rural pasaron dos años y le propusieron a mi abuela la compra de otro terreno en otro lugar a lo que accedió, nos trasladamos 400 metros y 300 de la calle principal que se dirige a Guachipelín.

Ese barrio se llamaba **Matapalo**, ustedes se preguntarán porque cambio de nombre, es aquí donde comienza mi relato de angustia y nostalgia, alegría y tristeza a la vez. Llegamos a construir una casita humilde de madera. Mi abuelo hizo la suya frente a la nuestra.

Las dos familias cocinaban con leña, sin luz eléctrica y sin agua potable, lavando en los ríos cercanos y pidiendo agua al cisterna del cantón; recogiendo café y mi abuelo elaborando escobos de millo que él mismo sembraba, mi padre trabajando ya en jardines de las casas del famoso y lujoso barrio Los Laureles.

Seguimos estudiando. Y poco apoco la situación iba mejorando, pusieron tuberías y alumbrado eléctrico, pero mi abuelo y mi madre siempre seguían cocinando como se hacía en el antaño, con su cocina de leña; en el barrio donde vivíamos diciembre era la época más linda ya que todas las casas con su tradicional portal, el arbolito y la fiesta.

En ella los muchachos salían de clases en las tardes y jugaban mejenga, estas se hacían en los potreros o en las calles ya que casi no transitaban vehículos, por eso se podía jugar “vaquela o paleta”, y los únicos carros que transitaban son los que iban para la granja o al matadero de gallinas, y ellos sabían que no podían pasar a alta velocidad.

La granja estaba ubicada donde ahora se sitúa **Multiplaza**, donde antes había una inmensa milpa de maíz que florecía y daba unos hermosos y ricos elotes ahora se ubica **el Hotel Camino Real**, en aquel entonces no se contaba con la autopista.

Recuerdo que cuando tenía 17 años, tuve un novio y nos gustaba mucho ir a un lugar que llamábamos La Cabaña, era una casona vieja con un hermoso y gigantesco árbol de naranjo que con sus inmensas ramas nos saludaba cada vez que llegábamos para erar a la sombra de él, era tan agradable recoger por el camino las famosas “Manzanas Rosas” y hacer ramilletes de flores de girasol.

Y es que no solo yo, sino que era las muchachas del barrio era como una salidita al árbol de naranjo para podernos encontrarnos con los muchachos y darnos un beso sin tener de frente a nuestros padres, aunque siempre por lo menos a mi y a mi hermana nos enviaban con alguien, pero eso no importaba, el domingo era el día de paseo y había que desfrutarlo más con ese panorama que Dios nos había dado.

Es por eso que con frecuencia me pregunto: ¿Qué le hicieron a mi barrio?. ¿Dónde esta?, ¿Por qué es que hoy, hoy no lo es?, Solo está en la mente, y me duele tanto no me opongo al desarrollo, pero pienso que lo poquito que queda de ello son como 6 familias de las cuales una de ellas es de la **Mi madre** y hermana.

Tengo miedo de que todo desaparezca totalmente y que no pueda hacer nada para detener la civilización y a mi calle polvorienta de la que recuerdo a Doña “Lucila” , Doña “Beliza” y Doña “Juana” majando, barriendo cada una de ellas frente a la calle con la tradicional escoba de monte.

Ellas se encargaban cada mañana ya cada tarde de que el frente de la casa estuviera bien barrido y ahora ellas son parte del recuerdo porque han muerto, y con ellas la calle de Matapalo.

También se fue la era tan linda de las noches de luna llena, en que las muchachas aprovechaban para jugar escondido o simplemente contar de sus amores.

A veces voy donde mi madre, y prefiero no mirar hacia el frente ya que siento como si el cerro pidiera ayuda para que no lo torturen más al abrir calles y hacer casas en donde era sitio para las aves, caballos y vacas, espacio que nadie respeta.

Cuando apareció el dinero ya no importaba quien(es) lucharon para tener un cerro relleno de árboles que solo daban belleza a nuestro cantón, realmente Escazú de aquel antaño es el que quisiera que estuviera aquí nuevamente, pero eso es imposible; solo quiero que compartan conmigo lo que era antes mi adorado barrio o lo que queda ahora.

De Escazú centro quisiera volver a ver el cine y la discoteca, de las famosas tardes juveniles, en fin termino diciéndoles que todos estos recuerdos que he relatado pasan en mi mente como una película que no olvidaré jamás.

A todos los que puedan leer este pedacito de mi vida, déjenme decirles que me siento muy bien y que actualmente trabajo ya que lo que hago tiene que ver mucho con la belleza del cantón y espero

dar lo mejor de mí para que Escazú sea el cantón mas bello y limpio de Costa Rica.

Porque es cierto que muchas cosas se han perdido, pero la sencillez de nuestros adultos mayores que aun se reúnen en el parque o en cualquier esquina del centro ya sea de Escazú, San Antonio o mi adorado Guachipelín; nos dan valor para luchar porque esa cultura nunca desaparezca.

Tenemos que recurrir a todo lo que ellos nos enseñaron y seremos nosotros mismos los responsables de buscar como educar a los jóvenes escazuceños, creo que hay tanto que contar, pero también se debe actuar y aportar ideas para que todo lo que se ha perdido, lo recuperemos poco a poco.

Me despido feliz de poder aportar en esta oportunidad mis recuerdos que son un gran tesoro para mí y espero que lo valoren ya que es parte de mis 32 años de vivir en Escazú.

Pensamiento

Pequeña ilusión dormida
Caminada con pies descalzos
No comprendida donde había llegado
Pero feliz reía la inocencia.

Al pasar por los años la pequeña
Ilusión empezaba a despertar
Sus zapatos de charol la
Hacia fantasear
Ahora, lloraba a ratos y reía a la vez.

La pequeña ilusión empezó
A comprender y con ella
La inocencia a perder
Su cuerpo de mujer
O si se lo hizo saber.

Y ahora la pequeña ilusión
No está donde crecía
Como tampoco está el barrio que la vio partir.

BALMORAL ESCAZÚ

Emilia Cortés Araya

Seudónimo: LA SULAMITA

En 1950 compramos esta propiedad y casi no teníamos vecinos. Esquina opuesta doña Tina León y su esposo don Luis Collogres como todos lo llamaban.

Debíamos decir esquina opuesta a Collogres para que entendieran. Era algo como la pulpería La Luz en los Lloses o Chico Soto es el Paseo Colón.

Vivíamos en Sabana Sur y mi esposo era el piloto de la Compañía Bananera cuyo hangar quedaba justamente pasando la línea del tren.

La casa en que vivíamos era de don Felipe Pozuelo. Había sido reparada y todavía tenía pedazos de cemento en los pisos de la planta baja, que yo de rodillas fui arrancando con cuchillo.

Como veníamos de Guatemala traíamos gran cantidad de cobijas, telas y artículos de madera y una gran tinaja que se vino con nosotros en viaje especial de la compañía Aviateca. Hasta trajimos la motocicleta Hardly Davison de Bob.

Con gran afán decoré la casa de don Felipe y él a menudo traía gente a ver la casa y me decía “quiero que admiren su buen gusto”, y yo feliz. Un día don Felipe me llevó a ver una casa que acababan de terminar y me informó que había vendido la casa en que habitábamos, me puse muy molesta y cuando nos pasamos puse periódicos con chinches en las ventanas en lugar de cortinas y nos dedicamos a buscar casa. Le había dicho a Bob que alquilaban una casa en Escazú y antes de salir de viaje me dijo vaya con su papá y pregunte si la venden.

En efecto doña Leida de Guardia era la dueña y a mí se me pareció a la casa en que vivíamos en Medellín, con árboles de mandarina y un río. Se llamaba Balmoral.

Inmediatamente que doña Leida me dijo que sí vendían sin pedir rebajo hicimos el trato y usando mi póliza de vida del Instituto de Seguros y el resto a pagar 10000 colones mensuales que ahora suenan como una bagatela, pero en aquellos tiempos eran como 100000 colones de ahora. Al final del primer año había que pagar una suma muy alta pues era a pagar en dos años.

El abogado me informó que si faltábamos en los pagos perderíamos todo lo pagado, yo hice machalá y le dije Dios nos va a ayudar.

Cuando Chale Pacheco supo que habíamos comprado me dijo: esta es la misma propiedad que les ofrecí y ustedes ni siquiera la vinieron a ver. Yo le había dicho a Bob, seguro Chale nos va a cobrar más por ser usted norteamericano. Las vueltas del mundo.

Nunca olvidaré cuando Isabel de Pacheco esposa de Chale vino a verme después de noche buena. Bobby estaba usando la bicicleta nueva. Isabel me preguntó “dónde compraron esas bicicletas, aquí no las hay”, Bobby observaba. Cuando se fue Isabel le dije: “viste Bobby tuve que decirle que tu papá les había traído de Estados Unidos las bicicletas pues los chiquitos de Isabel no creen en el niño”, él poniéndose las manos en la cintura me dijo: “¿entonces de que religión son?”.

Hablando de Navidad tenemos un gran árbol de mango y todos los años se les hacía algo a los chiquillos pobres y se les daban juguetes y confites hasta que llegaron a 150 y no se pudo más.

Ese mismo palo de mango se llenaba de mangos y como tenemos un hidrante por fuera de la propiedad, mi esposo les pidió a los bomberos que con la fuerza del agua nos bajara toda la cosecha que se ponía por fuera de la tranquera y era fiesta de todos los que pasaban.

Bobby era de lo más popular, mi esposo le decía que iba a ser elegido alcalde. Todos lo conocían y los chiquillos llegaban a jugar bola con él. Claro tenía un vocabulario terrible. Un día de tantos se le salió una mala palabra, Bob lo cogió de una oreja y se lo llevó al baño. Franky de apenas 3 años los siguió. Bob le preguntó: ¿cuál es su cepillo?, lo señaló. Bob lo untó bien de jabón y le dijo saque la lengua y después de cepillarla le dijo: lávese los dientes y recuerde que en casa nunca se usa ese vocabulario.

El regalo de 15 años de Millie la única mujer que tuvimos fue un acordeón. Yo pensé ahora me va a tocar llamarle la atención a Millie para que estudie música. Bob dijo va a reaccionar como un pato con el agua y así fue.

Tocaba al oído cualquier cosa, hasta que dijo quiero un profesor y desfilaron varios que no dieron la talla hasta que don Wilson Sanabria le empezó a dar clases. Eso sí en casa Millie practicaba 2 horas y era como una religión para Bob, nadie podía hacer bulla ni los chiquillos golpear las puertas. Él le decía donde debía poner más énfasis, donde más bajo.

Una vez hubo una congregación de acordeonistas y como era la única mujer le pidieron que tocara de primera y hubo desfile de acordeonistas que no quisieron tocar después de ella.

Don Wilson me preguntaba: ¿tocó Millie en público?. Porque me llovieron las llamadas para dar clases de acordeón.

Tocaba en el Teatro Nacional y era la primera en el concierto. Abrían el telón y Millie sentada pues el acordeón era muy grande para ella.

Una vez en el Banco Nacional le pidieron que tocara en un quinto piso. De un momento a otro las personas se comenzaron a parar y hablar. Ella me buscó con la mirada, hice de señas que estaba temblando. Ella se sonrió y siguió tocando. Todos volvieron a sus asientos y la ovacionaron.

Teníamos unos amigos en Washington, el señor trabajaba para la RCA Víctor. Bob se lo encontró en Panamá y quedaron en que Mac vendría a cenar. Claro luego de la cena Millie tocó el acordeón y Mac le dio cita para que apareciera en televisión.

Nuestro viaje sería por barco a New York y luego Washington. Bob le compró a Millie un acordeón que no se dañara con el aire de mar. Debía ser tropicalizado.

El problema era que Franky tenía sólo 7 años y como podría ser que Millie tuviese cita en la noche y él se tenía que quedar con extraños. Bob decidió que Franky debía quedarse con papá y mamá y con él. Y como Bob estaba seguro del éxito que Millie tendría, él traería a Franky a reunirse con nosotras.

La noche anterior mamá se fue con Franky a San Antonio de Belén donde vivía mi hermana.

Mi casa estaba llena de baúles para el viaje, la mesa con fruta picada para un queque de Navidad. Ya el refrigerador estaba lleno de cajitas con diferentes cosas y postres para felicitarle la tarea a mamá.

Fui a despedirme de abuelita y yo lloraba amargamente. Era la primera vez que estaríamos separados y a Bob no le gustaba entrar

a casa cuando yo no estaba. Todos me decían que todo iba a salir bien.

Cuando regresamos por el Paseo Colón mi tío Ricardo nos paró y quería hablar con papá. Cuando volvió me dijo no se, no se van a poder ir mañana. Inmediatamente pensé que algo le había pasado a Franky.

Papá me dijo tenga calma en la casa le digo.

Yo estaba con los nervios de punta y le dije no manejes pues soy capaz de tirarme del carro. Él me dijo es don Roberto que tuvo un accidente en El Salvador. Llegamos a casa, Bobby solito me miraba con sus grandes ojos. Le dije viste Bobbito que papá tuvo un accidente y debo conseguir visa a El Salvador, si papá está herido debo estar con él.

El pobrecito ya sabía, le habrían enseñado el cable con la triste noticia y él no encontró las palabras para decírmelo. Luego los altos empleados con la noticia, gente de luto.

Mamá regresó de San Antonio con Franky y me dijo “Mila que vas a hacer sin ese gran amor”. Cinco días pasaron sin traer los restos de Bob, yo me pasaba de la puerta a la cocina, no creía que Bob no iba a regresar.

La noche que trajeron el cuerpo de Bob el cura párroco Fabio Chacón entregó las llaves de la iglesia a los Franciscanos donde Bobby se educaba. Ellos no querían que Bob se quedara en casa sino en la iglesia. A las 10 de la noche me dijeron que no podíamos quedarnos en la iglesia.

Ocho padres Franciscanos oficiaron el funeral de Bob y dicen que Bobby había sido el monaguillo. Hace poco supe que aviones tiraron flores.

Esa Navidad fue triste. El padre David le dijo a mamá que yo debía esperar al niño con el mismo cariño. El accidente fue el 12 de diciembre. Decoraba la casa cuando una pareja de la Bananera me vino a dar el pésame. Ella me dijo “me ha dado usted un buen ejemplo”. Pensé que este año no iba a sacar nada de Navidad.

Escazú parecía tan lejos, que mis primas me decían Millie nunca se va a casar. ¿Quién va a llegar hasta allá?.

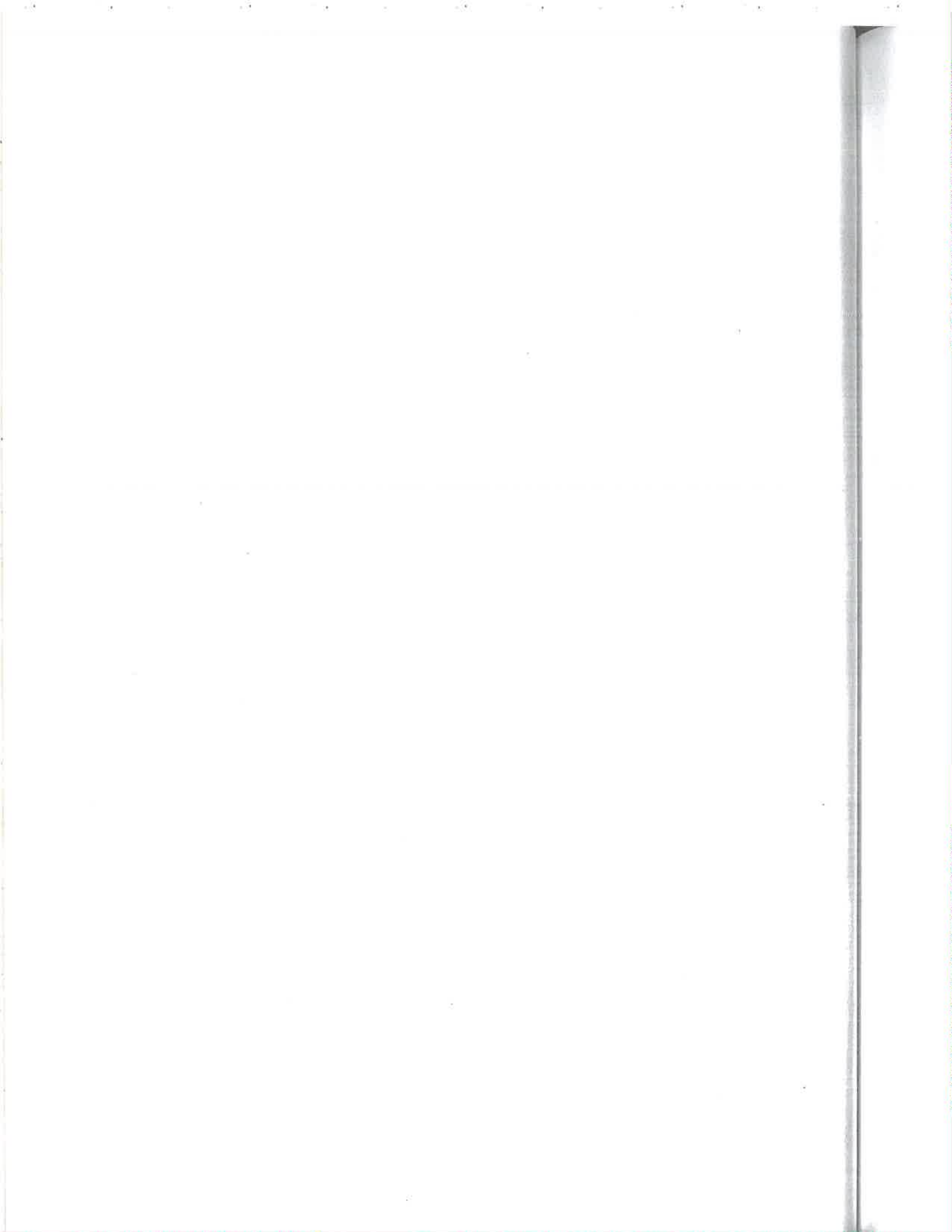
La boda de Millie y Fred fue en el San Francis en Moravia. Todos los hijos de Millie son musicales especialmente Charles que durante el embarazo de Millie le tocó oír el acordeón y puede tocar piano, guitarra, saxofón.

Luego de la boda de Millie, Franky me dijo “Este piano es mío ahora, le dije que sí cuando me di cuenta tenía el piano como un armario, vació las blancas, las negras en diferentes lugares, me pidió un sombrero viejo para el fieltro y también hiladilla y así empezó a afinar pianos. Ahora a pesar que es ingeniero mecánico tiene su negocio de pianos. Nuevos y reconstruidos y lo llaman para afinar pianos cuando hay grandes conciertos. Tienen dos hijos, Andrew ingeniero mecánico, se graduó en música y es compositor. Lucí también estudia lo mismo y toca violín, saxofón y da clases de piano.

Bobby murió hace 6 años fue un gran trombonista. Las hijas son más para las letras. Lilly sacó premio como la mejor periodista del año con la Unisef, acaba de escribir un libro sobre las doctoras de Costa Rica.

Cuando Franky se fue a estudiar Margarita Berthau que había sido mi profesora de acuarela me dijo ahora que vas a hacer. Quedarte en casa pensando que sos muy sola. Tu jardín es de una artista y debes probarle al mundo que si lo eres.

Entré de nuevo a la Universidad de Costa Rica y saqué mi licenciatura específicamente en escultura. Ahora tengo mi propia galería.



ALGUNOS RECUERDOS DE ESCAZÚ A TRAVÉS DE MI LARGA VIDA

Nellie Echeverría Elizondo

Seudónimo: ABUELA

Donde viví de pequeña en la década de 1910, había una plaza con grandes higuerones a los costados este y sur y bancas de cemento a su alrededor. Estaba rodeada esta plaza de calles y aceras de piedra, teniendo las calles este y oeste un caño en medio con puentecillos de ladrillo en las esquinas, con el fin de dar paso entre una y otra aceras, cuando después de fuertes aguaceros esos caños se convertían en pequeños riachuelos, para así encauzar las aguas provenientes de los cerros de Escazú, situados éstos en las partes sur y oeste de este lugar - fotos 1a y 1b -. De aquí seguía un pequeño cuadrante que con el tiempo se fue extendiendo, ya que en esos tiempos los habitantes éramos pocos, y asimismo el número de casas. Estas eran en su mayoría de adobes y algunas de bahareque, de estilo rústico y generalmente pequeñas, con excepción de la municipalidad, la iglesia, la escuela y la residencia de la familia Chávez Ramírez, de estilo colonial, aún en pie.



Foto 1a



Foto 1b

Las comunicaciones se establecían a pie o a caballo, en carreta, y más adelante, mediante el teléfono público -“Rural 66”- en la oficina de la Jefatura Política, al costado norte de la plaza.- foto 2 -.

Contábamos con casa municipal, escuela e iglesia, y además, con la panadería de los Protti y la herrería de don Aquiles Capra, ambas familias de origen italiano; algunas pulperías, carnicerías, el matadero municipal llamado “El Rastro”, dos fábricas de escobas, la una de don Diego Quesada y la de don Luis Angulo, la otra; trapiches para la elaboración de las tapas de dulce que se empacaban de cuatro en cuatro, llamadas “tamugas”, o de dos en dos, los “atados”. También había remendones de zapatos y hojalateros improvisados.

Entre la población hallábamos a profesionales como el cura párroco y el personal docente, y también a comerciantes, boticario, panaderos, terratenientes y jornaleros.

Los campesinos, comúnmente descalzos, se dedicaban en su mayoría a la agricultura, los hombres; y a los oficios domésticos, la costura o la alfarería, las mujeres. Las alfareras producían ollas, lebrillos, tinajas, comales, entre otros. También había entre la población una familia dedicada a la brujería, que los forasteros visitaban como resultado de su “gran acierto” en este oficio. Esta tradición es la que ha dado origen al mote de “brujos”, impuesto a los escazuceños.

Los principales cultivos del Escazú de mis años eran el café, la caña de azúcar, el maíz y los frijoles, así como la crianza del ganado.

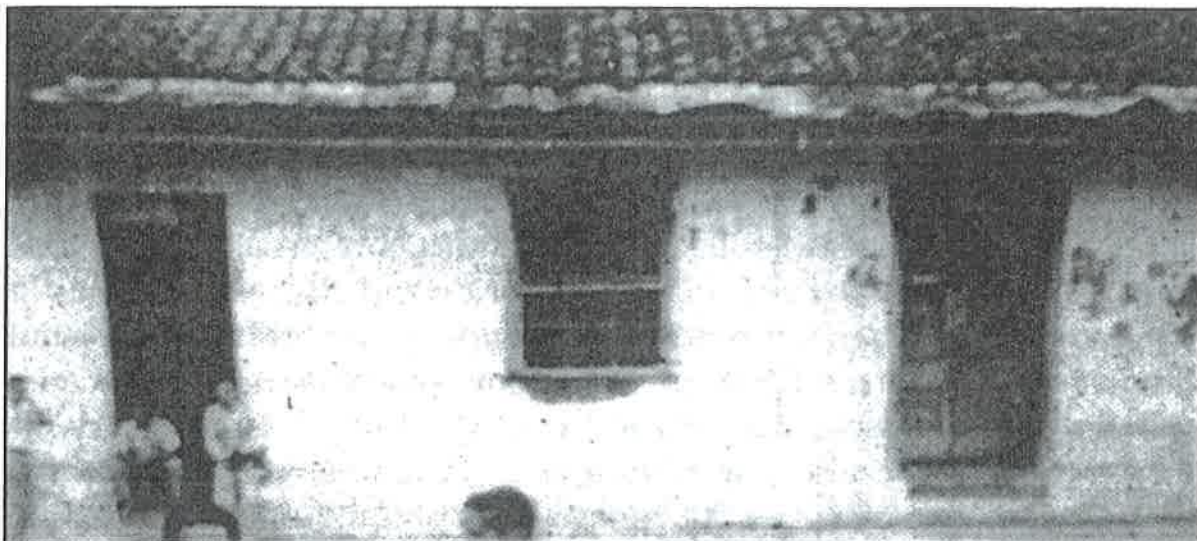


Foto 2

Su actividad social giraba grandemente en torno a los ritos de la iglesia católica -única en aquel entonces- que la gente cumplía con fervor; a los actos patrióticos, las bodas, los funerales. El día de San Miguel Arcángel, el 29 de setiembre, se vivía con gran intensidad, no obstante se cumplía siempre con las labores diarias de rigor.

Para una típica fiesta patronal, la comunidad comenzaba desde un mes antes a preparar las comidas y bebidas acostumbradas. Las señoritas participantes en las carreras de cintas bordaban cintas de colores numeradas, mismas que constituían los premios para los ganadores. Desde la víspera, a las doce mediodía, se oían las atronadoras bombetas, las campanas echadas al vuelo y las avemarías amenizadas por la filarmónica local. Por otra parte, el Santo Rosario, seguido de juegos pirotécnicos. En las pulperías, los “chisperos” o bailes a los que asistían bebedores y mujeres alegres.

El propio día de la fiesta daba inicio con la “diana”, recorrido de la filarmónica por las calles de Escazú, al son de piezas alegres. La “misa rezada” a las 6 de la mañana, y la “Mayor” a las 8 horas. Esta era amenizada con música y coros traídos de San José. A mediodía, desfile de payasos, seguido por el enhebrado de agujas, la vara de la fortuna, las carreras de sacos, y por último, las carreras de cintas, para las que se colocaban dos postes a cierta distancia entre los que colgaba una cuerda de la que pendían anillos numerados. Los cabalgantes corrían, chuzo en mano, tratando de ensartar y arrasar

con uno de los anillos. Al final, cada uno de los ganadores obtenía su cinta y la atención de la joven correspondiente.

A las veinte horas, el Santo Rosario, el juego de pólvora, y por último el ansiado baile tradicional, en la Casa Municipal, asistido por la sociedad local invitada con días de anticipación. Tanto las invitaciones como los carnés en los que las señoritas reservaban sus piezas bailables, se repartían con días de anterioridad. En estos carnés las muchachas anotaban el nombre de los mozos que les habían solicitado un baile días atrás. Cada invitado tenía que mostrar su invitación al ingresar. Este evento daba inicio a las veintiuna horas, con un desfile de parejas, encabezado por los padres de familia alrededor del salón, al son de una marcha que la orquesta interpretaba. Daba gusto ver a las mujeres ataviadas con sus mejores galas y a los varones de vestido entero y corbata. La orquesta siempre tocaba música suave, inspirando sueños y fantasías. Generalmente terminaba esta actividad a las dos de la mañana del día siguiente. Y luego, ¡a casita!

Por estos tiempos, en el galerón de la iglesia se vendía el chinchibí, bebida oficial de los turnos, elaborada por don Jenaro Arias. La Semana Santa ha conservado sus características, con la diferencia de que la devoción en aquellos tiempos era muy superior.

Las Navidades eran muy diferentes a las de ahora. Los regalos se hacían solo a los niños, diciéndoles que el Niño Dios se los traía, especialmente a los que durante el año habían tenido un buen comportamiento. Muy raro era ver un árbol de Navidad; en cambio, en cada casa, se construía un gran portal. Algunos ocupaban toda una sala y quienes los construían gozaban de un gran ingenio artístico. Uno de los portales dignos de verse, era el de don Pedro Arias, en San Antonio de Escazú. Como detrás de su casa pasaba una acequia, él la aprovechaba para que las figuras de su portal tuvieran movimiento. De San José y otras partes venían a admirarlo, y éstos eran correspondidos con el vaso ritual de chicha. Para los jóvenes de ese tiempo resultaba divertido juntarse e ir a “portalear”, como decíamos, o sea, a visitar los portales de la comunidad. Cuatro domingos antes del 24 de diciembre -período de Adviento- se encendían las candelas de la corona natalicia, empezando por la del primer domingo de Adviento y hasta completar las cuatro mechas prendidas el cuarto domingo, último antes del veinticuatro. Esto se hacía a la hora de las comidas, acompañando el acto con una pequeña oración. Como siempre, la misa de medianoche, o Misa de Gallo,

tenía lugar el veinticuatro de diciembre al despuntar la madrugada del nuevo día.

En esas fechas era de rigor ver, a primeras horas de la mañana, el desfile de jornaleros, que con su alforja y pala al hombro y su machete al cinto, caminaban hacia los campos de cultivo, de donde regresaban a las dos de la tarde. Eran pocos los niños que concluían sus estudios primarios, porque después de su tercer o cuarto grado, se debía permanecer en casa para cumplir con las respectivas faenas.

A fines de la segunda década del siglo veinte ya contábamos con un mayor número de alternativas, como la electricidad, el fonógrafo y la vitrola ortofónica.

Era una sociedad patriarcal, machista, donde el padre de familia disponía a su antojo y su cónyuge y descendencia debían obedecer.

En ese tiempo la gente era más fervorosa y era costumbre que la familia, antes de dormir, rezara el Santo Rosario para alabar y agradecer a Dios por todas las bendiciones recibidas.

En tiempos de la cosecha de café, esta labor la llevaban todos a cabo: hombres, mujeres y niños. El producto se transportaba primero en carretas y luego en camiones de carga, a los beneficios, en donde lo preparaban para pasarlo a las fábricas que lo convertían en polvo de café comerciable.

Los niños eran quienes hacían los mandados y jugaban al trompo; a correr guiando una rueda metálica mediante una varilla y un gancho en su extremo; a la rayuela; a los caballitos de palo con cabeza de cuero; rodando carretitas de colores con ruedas de carrucha de hilo; a los yoyos, boleros, al escondite, a las muñecas y de casita.

En esos días era pasatiempo y diversión el reunirse en la plaza, visitar a las amistades, las excursiones a la Piedra Blanca el 19 de marzo, día de San José. Una excursión en la que siempre participábamos, era aquélla al Cerro Corrogres o Perico, al oeste de Escazú, donde vivía don Pedro Herrera, quien celebraba siempre el día de su onomástico, el 29 de julio. Llevábamos música de marimba y guitarra, y como el frente de su casa contaba con un gran patio, bailábamos también. Por cierto que al regreso de uno de esos paseos, ya de noche, y como siempre nos acompañaba “Marcial Pelleja” - foto 3 - , en calidad de ayudante, al llegar a Escazú todos empapados y embarrialados, como consecuencia de un gran aguacero, notamos que Marcial llegó impecable. Al preguntarle cómo era posible, él nos contestó: “ Pos como venía de último, me quité los pantalones”.



Foto 3

Por ese tiempo todos éramos buenos conocidos: desde el más encofetado hasta el más humilde. Mi familia era amante de la música. Dos hermanas y un hermano tocaban guitarra y otra hermana, la mandolina. Venían a casa algunos muchachos del pueblo con sus guitarras y sentados en las gradas de piedra de su portal, junto a mis hermanas, cantaban al son de las cuerdas. Entre estos muchachos había un joven, de grandes añoranzas, quien con bonita voz siempre cantaba melodías sentimentales. Se llamaba Homero León.

En la escuela, con nuestro director, todos los maestros formábamos como una familia. Después de las clases, a las dos de la tarde, cuando en San José daban una película interesante en uno de sus teatros, nos íbamos a pie hasta la Sabana y de ahí en tranvía hasta el lugar de la película anunciada. De vuelta, también regresábamos a pie desde la Sabana.

Las clases escolares daban inicio a las siete horas y hasta las diez; luego se regresaba a las once horas, y hasta las dos de la tarde. Esto, de lunes a viernes. Los sábados se trabajaba hasta las diez horas. Concluía la labor semanal una asamblea que preparaba en días anteriores uno de los maestros, siempre con la participación de los alumnos.

Don Benjamín Herrera, director por esa época, pensando siempre en la superación del alumnado, durante las asambleas hacía escuchar en el fonógrafo un disco de música selecta o clásica. Uno de

los discos más gustados por todos era “Herrería en el Bosque”. Al oírlo podíamos apreciar el canto de las aves, el croar de las ranas, el maullido de los felinos y el ruido de la herrería instalada en el bosque. Así se trataba de inculcar en los alumnos el gusto por la buena música.

Otra de las actividades que impuso el director Herrera, fue la práctica de conocimientos cívicos para el futuro, como el de las elecciones presidenciales, con su propaganda, discursos y manera de votar.

En esos días tuvimos la visita de mi buena amiga Dolores Morales Díaz, profesora de la Universidad de Puerto Rico, quien al atender uno de esos ensayos quedó admirada y felicitó a nuestro director por tan avanzadas ideas.

Otra de las actividades de nuestra escuela fue la de los Viernes Culturales, de muy buena acogida por la población. Consistía en hacer que cualquiera de los habitantes del lugar, con una determinada habilidad, pudiera presentarla ante la escuela. Esto se hacía en el Salón Escolar. Pronto fueron muchos los que querían participar, de manera que con anterioridad hacíamos los programas correspondientes a cada viernes, de las siete a las diez pasado meridiano. Se presentaron cantos, recitaciones, solos de flauta, guitarra y marimba, chistes, dramatizaciones, entre otros.

Don Benjamín solía invitar a personajes como don Roberto Campabadal, gran músico de la época; el Concho Vindas y Carmen Granados, aproximadamente en la década de los años 40.

En mi corazón yace el recuerdo de algunas queridas personas que han contribuido, en el tiempo, al desarrollo de esta ciudad y cantón:

Napoleón Chinchilla Abarca, maestro distinguido, visitador escolar, comerciante y agricultor. Vecino preocupado, durante algún tiempo fue director de la escuela de Escazú. Aunque sus tareas de comercio y agrícolas le absorbían la mayor parte de su tiempo, no abandonó nunca la escuela y siempre dio a la localidad su mejor esfuerzo cívico y cultural.

Benjamín Herrera Angulo, nativo de Escazú, músico de nacimiento, quien aprovechando esta cualidad constituyó la filarmonía y orquesta locales. Cabe recordar, entre sus miembros, a Jacinto Roldán, flautista y a Sétimo Monge, violinista. Fue, don Benjamín, director de la escuela de Escazú, más adelante Escuela República de Venezuela, por más de 40 años; maestro de capilla con un coro

formado por las muchachas de buena voz. Mustiola Aguilar, Mercedes Valenzuela y Electra Echeverría, como ejemplo, no solo servían a la iglesia de Escazú, sino a las de otros lugares. Además solían amenizar los portales navideños. Fue don Benjamín el consejero de muchas personas del pueblo que acudían a él con tal propósito.

El Padre Zavaleta, cura y vicario de Escazú, fue persona muy querida, amable y servicial, fallecido en 1939.

El padre Forn, Antonio Forn Casamitjana, quien justamente en 1939 fue nombrado párroco en San Miguel de Escazú hasta febrero de 1953. Como el anterior párroco, se dio a querer; fue también maestro de la Escuela República de Venezuela cuando no debía prestar sus servicios en la iglesia. Me ayudó mucho en las actividades escolares cuando fungí como directora de ese plantel.

Recientemente ha dejado nuestro pueblo el padre Walter Howell, muy popular entre la juventud, gran protector de los pobres; instituyó el Diezmo de Dios, con el fin de ayudar a los más necesitados.

Con el pasar del tiempo, y hacia finales de los sesentas, dio inicio el cambio vertiginoso: los medios de comunicación, las casas edificadas según los últimos estilos, grandes centros comerciales y condominios que paulatinamente han ido surgiendo. Buses que sustituyen a las antiguas "cazadoras", camiones de carga, motocicletas, cuadraciclos, remolques, y tantos otros medio de locomoción, según las mayores alternativas y exigencias contemporáneas. Herramientas, artefactos eléctricos, enseres para el hogar y todo lo necesario para facilitar la ejecución de las labores día a día.

También ha habido cambios en el modo de hablar y vestir, según modas más y más atrevidas.

La población ha aumentado significativamente como resultado de la inmigración de gentes de otras localidades nacionales, y de extranjeros que buscan nuestro cantón para vivir e invertir debido a su belleza escénica y clima muy favorable.

Desde mi casa, hoy en día, puedo contemplar las siempre extraordinarias puestas de sol, de colores, sobre el oeste infinito; las montañas al norte de la Cordillera Central con sus gigantes dormidos: Poás, Barba e Irazú. Además, las ciudades de Alajuela y Heredia, en sus faldas, y más al este, la explanada josefina. Por la noche las montañas iluminadas dan la impresión de un manto lleno de pedrerías.

Quienes vivimos aquellos primeros tiempos del siglo anterior, hoy podemos ver un nuevo edificio municipal, más amplio y moderno;

una iglesia de linda fachada; “nuevas” escuelas con mayor capacidad, debido al incremento de la población estudiantil.

Los padres de familia que antes se oponían a que sus hijos abandonaran sus hogares, hoy comprenden su necesidad de superarse en busca de mejores empleos dentro de una gama mucho más amplia de alternativas profesionales. Por tanto, hoy en día contamos con variedad de profesionales de éxito en nuestro cantón.

Desde cierto punto de vista, nuestra ciudad ofrece hoy muchas de las oportunidades de las ciudades del mundo desarrollado.

Todo este nuevo brillo, sin embargo, siento que ha sido nublado en buena medida por algunas de sus desafortunadas e inevitables consecuencias, cuáles son la pérdida en la fe religiosa que una vez todos teníamos; el desmoronamiento de la familia; el mal uso de una libertad que se traduce en libertinaje; vicios, delincuencia, desconfianza e inseguridad; pérdida también de las normas de urbanidad y cívicas y una desfiguración de los sexos como resultado de modas en otros tiempos incomprensibles.

Estos cambios nos hacen añorar esas épocas de amor y comprensión entre semejantes, qué tuvimos la suerte de vivir.

En lo personal, he recibido la bendición de Dios, con una vida larga, de mayores bondades que contratiempos. Nacida en Alajuela, me trajeron a este lugar algunas semanas después. Mi infancia discurrió en el seno de una familia unida y cariñosa. Desde pequeña sentí inclinación por el estudio, tanto así que a los seis años ayudaba a mi madre, maestra de primer grado en ese entonces, a tomar la lección de silabario a sus alumnos. Aquí inicié mis estudios primarios que, por esas suertes incontroladas del destino, debí de finalizar en Nueva Orleans. Luego pasé por el Colegio Superior de Señoritas, la Escuela Manuel Aragón, la Escuela Normal y la Universidad de Puerto Rico, con lo que obtuve los títulos de maestra, contabilista y especialista en economía doméstica. Presté mis servicios en la escuela de esta localidad, en el Instituto Internacional de Cooperación Agrícola. Junto a Emma Gamboa, Isaac Felipe Azofeifa y otros, fui parte de los fundadores de la Asociación Nacional de Educadores y de su directiva central- foto 4 - . A principios de los cuarentas laboré durante tres años para el Banco de Seguros de San Francisco de California, período en el cual, junto a una hermana, tuve el honor de representar a Costa Rica, como parte de la delegación de las mujeres latinoamericanas, en las así llamadas “Conferencias Mundiales”



Foto 4. En el centro, E. Gamboa e I.F. Azofeifa

en ese sitio. En 1954 me pensioné, luego de prestar servicios como directora de la Escuela República de Venezuela, y a partir de ese entonces me dediqué por entero a mi hogar, a mis manualidades, pintura, lectura y mis plantas.

Deseo acabar este relato transcribiendo unos versos de mi hermana Electra, muerta en el año 96, poetisa por afición, quien nunca se interesó porque sus rimas fueran publicadas, no obstante algunas de ellas vieran la luz en el “Anuario Lírico Americano”, en el año 68, editado en la Argentina. Así le dijo alguna vez a este pueblo:

Con este reposo de dulce soñar
las horas se pasan,
el tiempo se va.

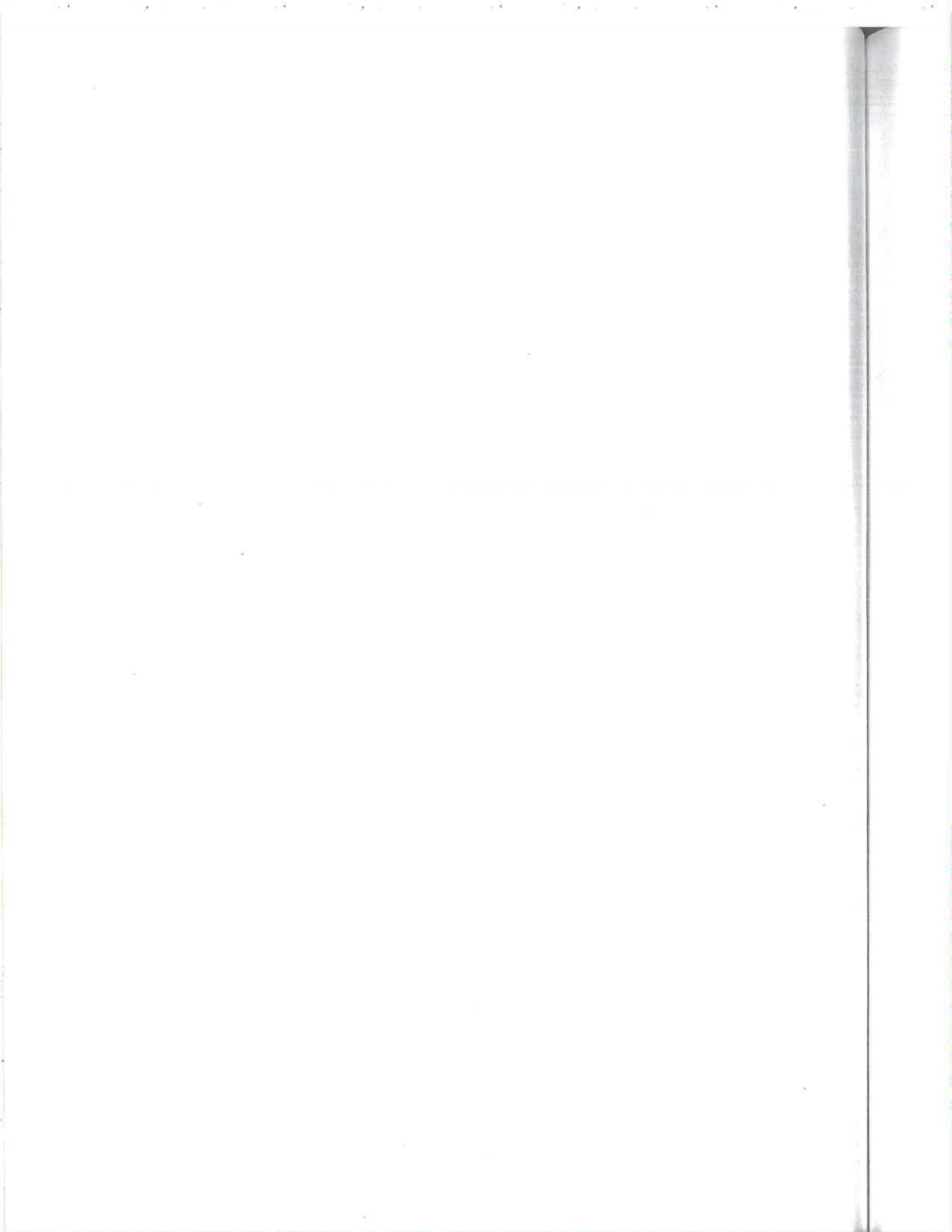
Cantando en las noches
algún madrigal,
muy quedo se oyen muchachos pasar
y en las madrugadas
canturreando van
los trabajadores el suelo a sembrar.

Se oyen fugaces
murmillos de amor,

de aves mañaneras la dulce canción;
después el silencio se vuelve a adueñar
de este viejo pueblo tan lleno de paz.

Silenciosas, bellas
las montañas majestad le dan,
son verdes cortinas
que apagan los ruidos de la capital.

El ritmo suave de tanta armonía
inspira a sus hijos
que saben amar,
y por eso cantan
y por eso riman,
que sienten muy hondo el arte vibrar.
Escazú, nido de tantas leyendas
que cuentan las viejas
con cascada voz;
oyéndolas forjo mil cosas horrendas
de duendes y brujas
de mala intención.



CHAYITO

Lauro Angélica Fatjó Carvajal

Seudónimo: BRUJA NEGRA

En todos los pueblos existen personajes que llegan a calar muy hondo en la memoria de la colectividad, por diversas razones o características muy particulares y distintivas de cada uno, pero especialmente por el cariño que despiertan cuando, años después, volvemos a recordarlos.

Para mi, y sé que muchas otras personas como yo lo recordarán, hay uno muy especial: Chayo.

Él llegó a mi casa a desempeñar un trabajo informal, como tantos otros que realizaba, cuando yo tenía dos o tres años y recién llegaba a vivir a Escazú, por eso él es para mí parte esencial de la imagen que yo guardo de aquél Escazú de finales de los 70, cuando lo conocí.

Mi familia se trasladó de Barrio Cristo Rey, en el sur de San José (donde habían vivido toda la vida), a Escazú, al frente de la Hulera, y se ganaban el pan de cada día con un negocio familiar ubicado en el centro de San José, el cual ocupó todo su tiempo durante 35 años. Por esa razón se necesitaba de alguien que cuidara la casa durante parte del día y un rato de la noche.

Ahí fue cuando él apareció.

Doña Felicia, la vecina más conocida del barrio, quien llegaba a tomar cafecito a mi casa, hospedaba en un cuartito humilde, hecho con láminas de zinc y ubicado detrás de su casa, a un viejito que usaba sombrero de lona, camisas de botones, pantalón de ruedos enrollados hasta un poco más arriba de los tobillos y que, además, y como rasgo muy particular, no usaba zapatos. Su nombre: **Rosario Arias**, conocido en todo Escazú como **Chayo, Chayito**.

Por doña Felicia llegó recomendado y se quedó convirtiéndose

en la mano derecha de las mujeres de la casa: cuando había que hacer un mandado a la pulpería, a la verdulería, a la farmacia, a la panadería Porras, a la casa de alguna vecina, cuando necesitábamos saber el horario de misas o el programa de las procesiones en Semana Santa.

Por él nos enteramos de los difuntos, de los novios, de las madres solteras, de los amantes, y cualquier otro detalle pícaro o comadrezco que ocurriera con los pobladores de Escazú, porque a fin de cuentas Chayito andaba recorriendo este cantón de arriba abajo desde hacía años y ¿quién no lo conocía?, o mejor, ¿a quién no conocía él?.

Era común oírlo llegar con su “¡café, café!” que nunca perdonó y luego sentarse en el garaje (porque por respeto no le gustaba entrar a la casa), a la par de la puerta, en un banquito, donde se quedaba hasta que llegáramos otra vez en la noche o a veces permanecía allí hasta más tarde, cuando habiendo comido y rezado el rosario completito, nos decía buenas noches.

No recuerdo un día en que Chayito, haciendo honor a su nombre, no rezara el rosario con un radiecito, pero eso sí, tampoco recuerdo que fuera a misa. La escuchaba en su radio, pero no ponía un pie en la iglesia. Muchos años después me di el gusto de verlo en misa, pero no mientras cuidó en mi casa.

Mientras no estaba en mi casa, realizaba trabajos en otras casas y hasta era común que fuera guarda en alguna construcción.

En esos años no era fácil caminar descalzo: aún la calle de la Huelera era de piedra y después la de la cantina La Uvita, lo que había era más bien un trillo y no calle. Eran caminos hechos para carretas.

Más de una vez llegó con los pies hechos un “ay de mí”: se incrustaba vidrios de botellas quebradas que algún borrachillo dejara en la calle y venía chorreando sangre mientras se lavaba y vendaba, pero ni aún así se ponía zapatos. Otras veces, algún perro lo mordía y la misma cosa: con los zapatos estaba peleado de por vida.

Chayito tenía una costumbre coqueta y simpática: si él pasaba por alguna casa o construcción donde estuvieran pintando, solicitaba le dieran una “manita” a su sombrero y por eso a veces lo tenía rojo, a veces era azul, otras verde, en ocasiones blanco.

Y entre más “manitas” llevara, más tieso se iba poniendo el sombrero y más “je, je, je” se escuchaba al alegre Chayito.

Por ser todo un personaje del pueblo, varias veces lo entrevistaron

para publicaciones de circulación escazuceña. Recuerdo que una vez llegó, orgullosísimo, a mostrarnos un ejemplar de *El Informador de Escazú* que incluía una foto suya que le tomaron en la calle. Aquello fue una manera de que el pueblo lo reconociera como uno de sus personajes y se sentía feliz por eso.

Como muchos hombres, Chayito tenía una debilidad: las mujeres. Nunca supe que haya tenido alguna, pero todas le encantaban y se pasaba piropeando, desde el portón de mi casa, a toda aquella muchacha que tuviera la suerte de pasar por allí.

Sin embargo, esta costumbre también te trajo uno que otro susto: una vez se le ocurrió piropear a una muchacha que pasaba abrazada por su novio: “¡ay mita, tan bonita y tan mal acompañada!”. El muchacho, enfurecido, de un salto pasó por encima del portón del jardín, que en ese entonces era pequeño y tenía como un metro de alto, empezó a sacudir el portón del garaje, detrás del cual se resguardaba (Chayito) y gritarle cosas pretendiendo que saliera. Mi abuela, que estaba en la cocina, salió asustadísima para ver que pasaba y tuvo que explicarle al furibundo muchacho que Chayito era un viejito, que piropear de esa manera era su costumbre, que lo hacía sin mala intención y que todo el mundo lo sabía. El muchacho exigía que el señor respetara a él ya su novia y mi abuela exigía que respetaran su propiedad. Cuando la pareja se fue, al pobre Chayito hubo que traerle un vaso de agua pues todavía estaba blanco del susto.

Con todo y todo, se le seguían escapando de los labios aquellos “Esta mita se gasta otro marido”; pero como claro reflejo de su admiración por la belleza de las mujeres y nunca como irrespeto a ellas.

Y entre piropos y mandados transcurría el año para Chayito, pero para mayo se ponía muy contento y a todo el que se topaba de camino le contaba que el 11 de junio cumplía años y esperaba regalo...

Para entonces, mi abuela le compraba pañuelos típicos en el Mercado Central, de esos rojos o azules con lunares blancos que nunca faltaron en sus bolsillos y que se habían convertido en el escondite para el dinero que se ganaba, o bien un sombrero nuevo, para que lo estrenara pintándolo.

A veces nos contaba que él era oriundo de Heredia y que cuando era joven venía caminando desde Barva a la misa de Escazú y así, descalzo como siempre había andado, se devolvía.

Con esa fortaleza y salud que caminaba desde Heredia hasta Escazú,

ida y vuelta, así se ha mantenido toda la vida. Sólo recuerdo que estuviera internado en el Hospital Raúl Blanco Cervantes pero por problemas en los bronquios.

Actualmente, a sus ochenta y tantos años, Chayito vive aun en el mismo lugar. Doña Felicia y su familia lo siguen alojando en el mismo cuartito y le dan de comer, pues Chayito ya no sale a la calle por el peligro que corre: los buses, microbuses, vagonetas y furgones que transitan a diario por esa calle; aunado a la inexistencia de aceras hacen imposible que Chayito, ahora con bordón y su característico lento andar, pueda arriesgarse a salir a ganarse la vida como antes.

Pero aunque ya casi no lo vemos, sigue viviendo aquí en Escazú, y seguirá por muchos años más mientras los pobladores, viejos y no tan viejos, de este cantón, quieran seguir recordándolo y transmitiendo a los nuevos escazuceños las remembranzas de personajes como Chayito que representan la cultura, los valores, el estilo de vida, la idiosincrasia en general de una época y de un Escazú que ya casi se nos va de las manos y que debemos recuperar.

VIVENCIAS INOLVIDABLES

Zeneida Flores Valverde

Seudónimo: PANCHITA

Siendo una niña de escasos 8 años (1931) cuando se disfrutaba en aquel entonces nuestra verdadera agua virgen donde se servía un vaso de agua tan cristalina y fría como si estuviera en refrigeración, cosa que en esa época no existía, recuerdo una vez que pasó el cobrador de luz y me pidió agua, y me preguntó “de dónde sacan ustedes el agua, tan pura, tan cristalina y fría, y que sabor tan delicioso” y le conteste “señor, es de las lajas de San Antonio de Escazú, puramente de la naciente”.

Y hablando de cobrador de luz, hace 70 años se pagaba un colón todo un mes por alumbrado eléctrico. Todo relacionado con este pueblo; donde todas las calles eran de piedra, una plaza donde tanto disfruté en los recreos de la vieja escuela (ahora República de Venezuela), esa plaza, estaba rodeada de viejos higuerones, un antiguo *kiosko* frente a la municipalidad actual, los músicos que iban a tocar con la banda era gente muy intelectual, en educación fueron personas, de alto valor moral que para Escazú fueron un gran ejemplo.

En las escuelas de este pueblo no existían uniformes, muy pocos niños tenían zapatos, habíamos muchos descalzos; una vez para final de año nos dio don Benjamín Herrera una sorpresa, llegó un carro lleno de zapatos para todos, de distinto número, pero todos del mismo estilo media bota en negro y café; y todos salimos con zapatos, yo de la alegría que tenía por primera vez zapatos entré a mi casa golpeando bien el paso para que mi mamá me viera calzada. En ese tiempo lo que se usaba en la escuela para escribir era el tintero, pluma y tinta y lápiz de cinco céntimos.

Ahora con el cambio tan grande y tan exagerado del comercio y casa modernas y tanta libertad de la juventud y el bullicio de los ca-

rros, los olores a gasolina, los colegiales dejan mucho que desear a nosotros los viejos, se está terminando la moral, los valores, el respeto.

Antes se dormía tranquilo yo recuerdo que mi papá en tiempos de marzo y abril le decía a mi mamá “Amalia dejemos la puerta abierta para que entre el aire”, porque era tiempo de mucho calor, me pregunto ¿podrá ahora dormir uno con la puerta abierta?

Oigan ustedes lectores, Escazú era tierra fértil y las frutas y verduras sin químicos que la mayor parte eran regaladas, en las fincas donde uno cogía café, donde los canasteros se dieron gustos haciendo canastas que en cualquier cerca se cogía el bejuco sin que nadie reclamara.

Recuerdo los trapiches que en el viejo Escazú hubo y que hoy han sido demolidos para construir centros comerciales; y las calles que tanto transité con tanta libertad y que íbamos jugando “quedó” hoy no se puede ni siquiera cruzar.

Adiós mi viejo Escazú déjame nada más vivir de tus recuerdos y no de la metamorfosis de ahora, gracias, muchas gracias.

HISTORIAS POR CONTAR

José Rafael Flores Alvarado
Seudónimo: JORAFA

Mis primeros años

Soy un escazuceño de pura cepa, nacido un 20 de abril de 1947. Fui bautizado por el Presbítero número 31 de Escazú Antonio Forn C. Mi primera comunión fue un 1 de enero de 1956. La educación primaria la realicé en la escuela Presbítero Yanuario Quesada en San Rafael de Escazú, la secundaria en el Liceo Luis Dobles Segreda y la educación superior en la Universidad de Costa Rica. Como mis padres eran campesinos, mis primeras actividades fueron en el campo agrícola, las realizaba en la época de las vacaciones. Participé en la recolección de café en terrenos de mis familiares.

De mi niñez recuerdo un acontecimiento político en 1953, las elecciones en las cuales llegó al poder don José Figueres Ferrer. Figueres como protagonista de la guerra del 48 en defensa del sufragio, conservo las garantías sociales propuestas por el Dr. Calderón Guardia, pero las heridas de dicho conflicto perduraron por muchos años, tiempo después en la década del 90 del siglo XX, los hijos de los caudillos llegaron al poder y creo que dichas heridas ya cicatrizaron.

Fui un niño inquieto -hoy se conoce como hiperactivo-, en 1954 ingresé a primer grado en la escuela República de Venezuela en Escazú centro, pero no terminé el curso, por cuanto en esa época el ministerio de salud hacia campaña contra los parásitos intestinales y nos daban a tomar un purgante a base de aceite de castor, el cual tenía un mal sabor y también nos hacían revisión dental y a eso le tenía pavor, por eso no volví a la escuela. También por esa época me subí al campanario de la iglesia de Escazú y le hice daño al reloj de

dicho templo, al darse cuenta mi madrina de dicho acto me reprendió muy fuertemente. También por este medio tengo que agradecer a una tía muy especial -tía Pilar- y a mi abuela materna Mercedes por haberme recibido por un tiempo en su hogar y me dieron buenos consejos y me enseñaron el hábito del estudio y respetar a las personas mayores. Como lo indique anteriormente en 1956 hice la primera comunión y fue mi madrina Teresa quien me llevó a donde mis familiares a presentarme y recibí bastantes monedas como regalo y la que me llevó a la foto Pacheco.

En 1955 ingresé de nuevo a la escuela, pero fui al centro educativo Yanuario Quesada en San Rafael, ahí curse los seis años y me gradué en 1960. De esa época recuerdo a una maestra muy especial doña Julia Zeledón de Fallas, quién me motivo al estudio y al director don Víctor Gonzáles, quien fue muy estricto.

Época de estudiante de secundaria

Como mi familia era de escasos recursos no tenían previsto que siguiera estudiando, me pusieron a trabajar en el campo. Otros familiares me propusieron a estudiar, acudí entonces en 1961 a pedir ayuda con una beca a la municipalidad de Escazú y por intermedio del recordado don Hernán Fernández Delgado, entonces regidor, me concedieron una beca. Además, el Ministerio de Educación Pública me concedió otra beca, ya que fui un buen estudiante. En 1961 ingresé al Liceo Luis Dobles Segreda ubicado en la Sabana, donde estuvo el antiguo aeropuerto. Ahí cursé los cinco años y en 1965 obtuve el Bachillerato en Ciencias y Letras. De esa época recuerdo a muy apreciados profesores tales como Emma Calderón, María Molina de Lines, Luis Fernando Quirós S., Álvaro Murillo profesor de música quién me invitó a formar parte del coro e hicimos varias presentaciones en algunos centros educativos, recuerdo muy especial las interpretaciones que hicimos de algunas piezas de la ópera Aída de Giuseppe Verdi, también tengo que recordar al director de dicho colegio don Marco Tulio Pacheco L. quien fue muy estricto con nosotros. La graduación se efectuó en la casa libanesa y el acto fue muy emotivo.

Esa época fue muy fructífera en acontecimientos, que paso a detallar. En 1962 llega al poder don Francisco Orlich, en marzo de 1963 nos visita el presidente de Estados Unidos John F. Kennedy, en esa

oportunidad como estudiante nos tocó recibirlo y recuerdo que se iniciaron las erupciones del Volcán Irazú, que con la lluvia de ceniza por varios meses causaron graves daños a la economía nacional. Fue la época de la aparición del grupo inglés de rock Los Beatles, que causaron gran furor en la juventud de la época. Fue el periodo en que el mundo estuvo al borde de la guerra nuclear entre los Estados Unidos y la U.R.S.S. por la crisis de los misiles en Cuba en 1962, lo que se dio en llamar la guerra fría.

Época de estudiante universitario

Llega el año 1966, gané el examen de admisión de la Universidad de Costa Rica y pude entrar a dicho centro de estudios. En esa época los estudiantes avanzados nos recibían con tijeras y nos cortaban el pelo y por consiguiente nos pelábamos al rape, teníamos que usar boina. Ingresé a Estudios Generales. Tuve destacados profesores tales como Carlos Monge Alfaro, rector, Francisco Amighetti, Carlos Luis Sáenz, Guido Sáenz, Carlos E. Vargas, Abelardo Bonilla B. Teodoro Olarte, Constantino Láscaris, Rafael Obregón, Carlos Meléndez, María de Lines, Benjamín Núñez V., Omar Dengo hijo, Genaro Valverde, Rosemary Karpinski, Viriato Camacho, Eugenio Fonseca T, entre otros. En esa época participé en varias luchas sociales y estudiantiles como lo fue ir en contra del contrato con ALCOA, que fue brutalmente reprimido en 1970 por el gobierno de don José J. Trejos en el ámbito mundial ocurrieron hechos importantes, como lo fue un levantamiento popular y estudiantil en la comuna de París, la invasión de la Unión Soviética en Checoslovaquia en 1968, la muerte del líder guerrillero Ernesto “Che” Guevara en 1967, la llegada del hombre a la luna en 1969 por parte de los Estados Unidos, entre otros acontecimientos.

Pasado los estudios generales ingresé a la Escuela de Historia y Geografía y me gradué como bachiller en 1971.

Época laboral

A pesar de que tenía beca en secundaria y en la universidad, el dinero no alcanzaba, por lo tanto tuve que estudiar y trabajar. Indicaba anteriormente que estando en primaria

recolectaba café en periodo de vacaciones, en secundaria en época de vacaciones también recolectaba café en un principio, en años superiores con la ayuda de mi inseparable compañero Víctor Fernández C. comenzamos a trabajar los fines de año en algunos comercios en San José. Posteriormente estando en la universidad comencé a laborar en el beneficio de café Los Anonos Ltda. de la familia Trejos Montealegre, entre 1967 a 1971 trabajé en el Instituto Nacional de Aprendizaje (I.N.A.), Dirección General de Adaptación Social y Caja Costarricense del Seguro Social (C.C.S.S.) estando en la Universidad de Costa Rica tomé unos cursos de contabilidad y en octubre de 1971 entré a laborar al Banco Anglo Costarricense durante 25 años y no ejercí como educador, después en 1994 vino el cierre incruento del citado ente bancario que causó en mi un gran trauma, por cuanto ví cortada mi carrera bancaria, pero gracias a la ayuda de Dios y de mi familia pude superar poco a poco tan amargo trago.

Por haber laborado largos años en el sector público pude acogermeme a la pensión y de esa forma en estos años volví a practicar los quehaceres como historiador y actualmente colaboro en esa rama con artículos en el periódico local Escazú 2000, el Semanario Eco Católico y el Semanario Universidad.

Mis andanzas

A principios de la década de los cincuenta del siglo pasado me fui a vivir con mi familia cerca del Alto de las Palomas, ahí entablé amistad con la familia de don José María Zúñiga Araya y de su mamá doña Fulgencia Araya Parra. Vivía en una casa de adobe en donde en un horno de los viejos hacía un delicioso pan casero y biscocho y ella muy gentilmente me regalaba, también me contaba cuentos de espantos que me hacía temblar. Don José María tenía un gran terreno donde cultivaba café y sembraba maíz y frijoles y yo pasaba mucho en su casa, su esposa doña Luisa también me atendía muy bien. Por esa época visitaba a otros vecinos como a don Vicente Rojas, doña Tina Hernández y frecuentaba muy a menudo el trapiche de don Miguelino Flores E. Donde me daban espuma del dulce de caña de azúcar y después lo que llamaban “sobao”, ahí conocí todo el proceso que lleva la producción del dulce de tapa, el empacado con hojas de caña en atados y tamugas. Junto con mis hermanas me escapaba de la casa y me iba a la montaña cerca de mi casa y

visitaba la casa de la familia de don Domingo Musmani, quien tenía una famosa panadería en San José, de la iglesia La Merced 100 mts. al norte.

Con mi papá iba a misa a la catedral y recuerdo estando muy pequeño haber conocido a Monseñor Sanabria y después de misa me llevaba a una famosa soda y bar llamada Imperial.

De esa época recuerdo también que cuando se moría alguna persona de importancia los funerales se realizaban en un coche movidos por unos caballos negros, eso me impresionaba.

La escuela a la que asistía, que era la Yanuario Quesada, me quedaba muy largo, por lo que algunas veces me iba en un bus que en esa época llamábamos “casadora” y cuya carrocería era casi toda de madera y el chofer la llenaba hasta el tope. En otras oportunidades si no conseguía campo le decía al lechero de la Dos Pinos un Sr. de apellido Zúñiga que me encaminara al centro educativo. Como lo indiqué anteriormente de la escuela recuerdo a mi maestra doña Julia Zeledón de Fallas, quien me enseñó mis primeras letras, a don Víctor Gonzáles el director que era muy bonachón, a otro maestro don Carlos Alberto Herrera Murillo quien después fue alto dirigente magisterial. De los alumnos de la escuela recuerdo a Víctor Fernández, Gerardo Saborío, Jorge Granados, Guillermo Flores, Emilia Sibaja, Elba Carballo, Miriam Sánchez, etc. de los cuales tengo muy gratos recuerdos. A finales de los 50 regresé a vivir de nuevo al centro de San Rafael y terminé la primaria en diciembre de 1960, con muy buenas calificaciones.

De otras vivencias de la época narraré de unos famosos turnos que se hacían en mi pueblo, para recaudar fondos para la terminación del templo en honor al glorioso San Rafael Arcángel. Recuerdo muy vividamente las carretas que venían con leña de San Antonio, Escazú centro y del mismo San Rafael para hacer las típicas comidas que se vendían en esos turnos, tales como tamales, picadillos, repostería y otras golosinas. En los tramos de esos turnos participaban muy activamente don Filadelfo Fernández y su señora doña Hortensia Araya, don Lico Herrera y su Sra. Lidia Flores, don Jeremías Arguedas y Sra. e hijos, don Hernán Fernández y Sra., don Séptimo Monge y Sra., doña Chepita Saborío y familia, entre otros.

En la fiesta del santo patrono, San Rafael, para el 24 de octubre, días antes se hacía la novena, la víspera se hacía una retreta con la banda municipal, fuego de pólvora y sin faltar los payasos, dirigidos

por el recordado don Pedro Arias Z. el propio día se hacía una misa solemne, serenata o diana en la madrugada y después una ceremonia que se conocía como las 48 horas, muchas de esas actividades las sufragaba el Sr. don Elí Saborío y doña Flora Sandí de Flores.

Personajes

En este capítulo me referiré a personajes de mi pueblo que conocí y que tuvieron una relevancia importante en el quehacer de mi querido cantón.

En primer lugar citare al Presb. Antonio Forn C., que fue quien me bautizó en 1947 y que tuvo una estrecha amistad con mi familia, en especial con mi abuelita Chepita Saborío, quien donó el terreno donde se encuentra el acogedor templo de San Rafael. La primera piedra se colocó un 2 de julio de 1950 y tuvo como testigos de honor al citado padre Forn en representación de Monseñor Sanabria y a don Otilio Ulate Blanco presidente de la república de aquella época.

Otro personaje de mi infancia fue don Lino Sandí, quien fue peón en la finca de mi abuelo y después de la de mi padre, recuerdo que traía en su alforja un almuerzo típico envuelto en hojas de banano y este servidor le pedía gallos y el muy gentilmente me daba. Lo recuerdo usando el típico sombrero de paja, un gran bigote blanco y un delantal azul, de él aprendí a sembrar maíz, frijoles y a recolectar café.

Tengo que citar a don Laudencio Flores Rojas, conocido como “dencio”, quien hacía las reparaciones de mi casa, persona muy afable y con la sonrisa a flor de labios.

Con gran admiración recuerdo a don Otilio Ulate Blanco, quien fue presidente de la república y vecino de nuestra comunidad. Muy a menudo lo veía como dedicado en algún partido de fútbol o en la pulpería El Casino de don Hernán Fernández D.

Tengo que citar en especial a la tía Pilar Alvarado, que siendo yo muy niño me recibió en su casa y me alentó a superarme en el estudio y tratar de sortear los obstáculos que se presenten en la vida.

Otro de los personajes citados anteriormente fue don Pedro Arias Zúñiga, que lo señalo como uno de los pioneros en la conservación de las tradiciones de mi cantón, como lo fue la mascarada o payasos, también colaboró en la construcción del templo de San Antonio de Escazú y la instalación de un portal móvil en dicho templo, además

fue mayordomo de dicho templo.

Por este medio tengo que agradecer la ayuda desinteresada de don Hernán Fernández Delgado, quien cuando fungió como regidor municipal me consiguió una beca para proseguir mis estudios en el colegio.

De la época de mi juventud recuerdo la visita del presidente de los Estados Unidos en marzo de 1963, quien por unos días fue huésped de honor en nuestra comunidad y la municipalidad en agradecimiento denominó una calle en su nombre.

Otro de los personajes destacados de la comunidad es don Alvar Macis Guerrero, connotado cronista de la historia de nuestro cantón y destacado deportista, declarado hijo predilecto del cantón.

En el San Rafael de antaño tengo que citar a los dueños de trapiche, que fueron cosa del pasado, tales como a Juan León, Lico Herrera, Lucas León, Fernando Alvarado, Mauro León, Miguelino Flores, Alcibíades Flores. En San Antonio de Escazú en estos momentos todavía existen algunos trapiches tales como el de Victorino Alvarado, Tití hidalgo, Espíritu Araya, Tobías Corrales, algunos manejados por bueyes.

Un personaje que me ha servido de fuente de información es don Luis Gómez Cucalón, quien me ha suministrado datos del Escazú de antaño. De él recibí información sobre la labor del educador don Benjamín Herrera, el padre Zavaleta, don Nicolás Masís entre otros personajes.

Tengo que citar a otros personajes que de alguna manera representaron la idiosincrasia del pueblo escazuceño tales como Martina Canchas, Cañama Gutiérrez, Adán Jiménez el policía, quien murió al servicio de la patria en tiempo de la lucha contra el dictador Somoza, don Vicente Porras el panadero, don Pedro Madrigal que hacía candelas y jabón, don Luis Protti otro panadero, Cuyo Mama, Mero Minga el que reventaba las bombetas, don Edwin Aguilar el organista, don Marcos Arias también organista, Tula Jiménez el rezador y cantautor, Enrique Barbosa el mascarero y peluquero, los marimberos Fernando Badilla, Francisco Marín, Juan Barbosa, don Carlos "bolas" Bustamante fontanero lo mismo que Miguel Roldan, los fotógrafos Toño Araya y Pancho Taco, el recientemente fallecido cantante Taly Sandí, el chancero don Alexis Vargas y don Pedro Brenes, don Amado Álvarez el vendedor de helados de sorbetera, los colegas historiadores don Jorge Montoya y don Luis Fernando

Sibaja, doña Leticia Solórzano destacada educadora, quien murió a los 101 años de edad, don Matías Morales gran colaborador en la escuela Yanuario Quesada, don Benjamín Zúñiga destacado comerciante y empresario, lo mismo que don Hernán Fernández dueño del negocio Casino Comercial y un cine en San Rafael de Escazú, este último negocio fue manejado por don Alvar Masís, en donde pude ver películas de Tarzán, El llanero solitario, etc., allá por la década de los 60. Don Joaquín Trejos Q. y su beneficio de café, los mandaderos de fincas como don Chalo Flores, Rafael Salgado en el citado beneficio y otros abnegados peones de dicha finca como Bicho López, José Herrera, José Solano, Chopo Sibaja, Abelino Sandí, Eliseo Gutiérrez, Cholo Corrales, Carlos Barrios, Bilo Barrios, Beto Vargas, Carlos Alfaro, Juan Ulloa, José Arcelio Ulloa, Elecias Ulloa, Edwin Calderón, entre otros. Don José Pérez entrenador de golf en el country club, destacados tenistas Manuel Hidalgo, Jorge Arias, Carlos Mora, Tuto y Neno Jiménez, Nico Kalo, etc., don Amadeo Quirós primer contralor de la república, don Raymond Téllez embajador de los Estados Unidos en tiempos del presidente Kennedy muy identificado con la comunidad de San Rafael de Escazú, don Teodorico Quirós destacado pintor quien diseño los planos de la iglesia de San Rafael, ilustres mandatarios que viven y vivieron en nuestro cantón como don Otilio Ulate Blanco, don Daniel Oduber Quirós, don Rodrigo Carazo Odio y don Miguel Ángel Rodríguez Echeverría, otros destacados hombres públicos como don Rafael Ángel Chinchilla contralor de la república, don Guido Sáenz G., don Manuel R. Iglesias E. magistrado del Tribunal Supremo de Elecciones, la educadora doña Nini Chinchilla, don Óscar Saborío A., don Juan Hormiga quien hacia homenajes a personas fallecidas de nuestra comunidad, a don Ramiro Arguedas M. y hermanos como promotores del desarrollo de la comunidad especialmente en el campo del fútbol, al recordado Chino Aguilar como narrador de partidos de fútbol en nuestro cantón allá por las décadas de los 60 y los 70, a don Franklin Monestel V. promotor del fútbol en nuestro cantón y del fútbol femenino, a don Filadelfo Fernández C. mayordomo en la iglesia de San Rafael por muchos años, don Lencho Salazar como organista y folklorista. A curas párrocos nativos de esta comunidad como Francisco Herrera M., Javier Solís H., Jacinto Chávez, Miguel Saborío Z., Francisco Roldan H., Matías Zúñiga R., Rubén Fernández M., Jafet Jiménez M., Mario Montes M.,

Jorge Rivera M., Luis A. Gómez A., Marco A. Jiménez H., Óscar Céspedes S., y Alcides Fernández C. Cito a algunos sacerdotes que realizaron gestiones importantes en nuestra comunidad tales como Yanuario Quesada M., Manuel Zavaleta V., Antonio Forn C., José M. Coto P. y Walter E. Howell C., otros personajes como policías de la comunidad de San Rafael fueron don David Castro y don José Mora W. Destacados periodistas como don Jorge Protti y José L. Valverde Morales, el destacado piloto don Álvaro Protti F., debo recordar a doña Engracia León A., quien llegó a los 100 años el pasado 2 de diciembre del 2002 y está muy bien de salud, también destaco al Cholo Corrales quien a sus 92 años recuerda la llegada del aviador Charles A. Lindbergh a Costa Rica el 7 de enero de 1928 al antiguo aeropuerto de la sabana en la famosa aeronave el Espíritu de San Luis, que fue recibido por una muchedumbre de más de 30.000 personas. Otro personaje importante que debo citar es el astronauta Franklin Chang Díaz vecino de nuestra comunidad, quien ha descollado en la NASA y ha efectuado varios vuelos espaciales, dando gran renombre a nuestro país, declarado hijo predilecto del cantón.

Don Efraín Fernández A. posee una fábrica de hielo y es quien me ha dado información sobre el Escazú de antaño. Otro personaje residente en nuestro cantón desde hace varios años es don David Bermúdez, dueño de una librería quien me ha contado historias interesantes sobre su polifacética vida tanto como montañero, aviador y luchador por las causas justas. Tengo que citar también a choferes y cobradores de buses de antaño en nuestro cantón como a Cuyo Sequeira quien manejó por muchos años la famosa casadora, a don Toño Zúñiga, Nago Ceciliano, Memo Fernández, Guido Fernández, Juan Marín “pingo”, Rodolfo Madrigal, Pedro Segura, Rafael Jiménez, Manuel Jiménez, Carlos Otárola, Carlos Flores, Edgar Cubero, entre otros. A famosos cobradores de buses como Alberto Castro “media libra”, quien tenía una forma peculiar de ejecutar su labor, lo mismo que otro que le decían “mozote” llamado Reyes Chávez, en la época que el pasaje costaba treinta y cinco céntimos de colon allá por la década del 60 del siglo pasado. Otros personajes que recuerdo fueron a los hermanos Delgado, “saco” y “pícaro”, al boticario Chelo Roldan, quien también se destacó como buen futbolista, a Carlos “ceiba” Solís destacado artesano, al zapatero don Alejandro Doblado nacido en Honduras y radicado en nuestro cantón desde hace más de 40 años, quien me ha contado interesantes historias

sobre sus luchas en contra de las dictaduras de América Central, lo mismo tengo que citar a otro foráneo don Napoleón Hernández, luchador social y quien fue un miembro de la sociedad protectora de animales. Recuerdo además a don José Luis Valverde Vargas quien paseaba a su familia en una volanta y como buen caballista. A don Cano Hernández, quien en su época conducía una carreta con bueyes. A doña Flora Sandí O. quien era propietaria del famoso bar La Primavera, que era muy visitado. A don Alejandro Cartín P. A don Rodolfo conocido como “papas”, personaje pintoresco de San Rafael, lo mismo que a Mincho, quien hacía los jardines de la comunidad. Don Cayetano Verzola, gran conocedor de la historia patria, quien me contó interesantes anécdotas de políticos de antaño, lo mismo puedo decir de don Guillermo Montes de Oca, quien falleció recientemente y recordaba perfectamente hechos de la historia patria desde los tiempos del general Tinoco hasta los políticos actuales. A don Abel Agüero el polvorista. Menciono a doña Zoila Mejía quien el 15 de enero del 2003 cumplió 101 años de edad y narró a este servidor hechos relevantes de la historia patria de que fue testigo, tales como el terremoto de Cartago de 1910, la dictadura de los Tinoco en 1917, la guerra civil del 48 y otros acontecimientos. También voy a citar a jefes políticos y ejecutivos municipales que conocí tales como Nandito Herrera, el negro Santiago Fernández, Toño Araya Flores, don Rafael Ángel Masís, don Armando Botassi, José Miguel Gonzáles y el alcalde actual don Adrián Chinchilla, que por cierto ha hecho muy buena labor municipal y al alcalde electo Marco Antonio Segura S., que espero haga una buena labor.

También vienen a mi memoria destacados pintores nacionales que hicieron muchas de sus obras en Escazú, tales como don Paco Amighetti, Margarita Berteau, Fausto Pacheco, Teodorico Quirós y el actual ministro de cultura don Guido Sáenz G. debo recordar al músico y compositor de la Guaría Morada don Roberto Gutiérrez Vargas y su conjunto Los Talolingas, que vivió muchos años con nosotros. Recuerdo a algunos miembros de la filarmónica local que fueron formados por el recordado maestro don Benjamín Herrera A. a su director don Rogelio Monge a sus integrantes como los hermanos Ceferino, Juan Rafael y Santiago Monge, David y Manuel Madrigal, Beto Bermúdez cc. “manus”, Séptimo Monge, Ramiro Jiménez, Alfonso Gómez. De don Rogelio recibí clases de solfeo. De mi profesor de apreciación musical en la Universidad de Costa Rica

don Carlos Enrique Vargas adquirí la afición por la música clásica y en esa época frecuentemente escuchaba a Beethoven, Bizet, Chaikovski, Strauss, Saint-Saëns, Mozart, Chopin, Ravel, Gershwin, Sibelius, Debussy, Paganini, Hayden, etc. De mi profesor de artes plásticas don Paco Amighetti admiré las obras de grandes pintores tales como Fra Angelico, Giotto, Miguel Ángel, Da Vinci, Botticelli, El Greco, Durero, Van Dyck, Tiziano, los impresionistas franceses Renoir, Degas, Monet, Manet, Gauguin, Toulouse-lautrec, otros más modernos como Picasso, Dalí, Braque, Modigliani, Rivera, Frida Kahlo, etc.

Citando a otros personajes de mi pueblo me referiré a Gerardo Montoya Arias, nieto del afamado mascarero don Pedro Arias Z. que siguió la tradición de su antecesor y en estos momentos fabrica los mismos en molde de barro pegándole papel de cemento con cola y luego los cubre con fibra de vidrio, para hacer la alegría de grandes y chicos en varias comunidades del país y de esa manera conservar una de las tradiciones más preciadas de nuestro cantón. Otro personaje lo fue don Benjamín Carranza, siempre alegre y agradable, que lo conocí recolectando café en finca de mi tío Doro hace bastante años. Vaya mi reconocimiento a mi tía política doña María Sandí viuda de Alvarado, quien casi a sus noventa años produce un pan casero, biscocho y tamal asado en un horno de adobe con un sabor muy típico y que frecuentemente es llevado a rezos del niño y turnos en su comunidad de San Antonio.

Otro de los personajes típicos de San Rafael fue don Xenen Monge Cartín, siempre alegre y jovial conduciendo su carreta o montado en un brioso caballo, fue el azote de las damas de la comunidad. También citaré a un famoso carnicero don Job Morales, quien elaboraba unos deliciosos chicharrones, en un local situado en el cruce de San Rafael. Recuerdo también a don Gerardo Fernández J. vendiendo frutas en un carretillo aquí en San Rafael. A don Chico Morales cc. “venao”, a quien no le gustaba que le dieran bromas. En Escazú centro recuerdo a una viejita conocida como Chita Gay, que vivía en un ranchito al norte del cementerio y que era de muy escasos recursos, pero hacía el esfuerzo por llevar el sustento a su familia. A doña Paca Herrera F. muy activa en colaborar con la comunidad. a don Álvaro Obaldia como lector en las misas de la comunidad. A los cantineros Macho Cerdas, Pepe Araya, Arnoldo Rojas, Peñica en La Primavera y Mario Jiménez en El Águila y Negra. En Escazú

centro a don Lulo Araya, quien tenía pulpería, cantina y restaurante. A otros pulperos como Nando Araya, los Brenes, Chame Solís, Lito Guzmán y su pulpería La Violeta. A don Víctor Ramírez y su famosa soda, situada al costado sur del parque, donde este servidor en su niñez llegaba a pedir a crédito o fiado y mi madrina Teresa era la encargada de pagar. A don Carlos Ramírez buen domador de caballos. Don Pancho Ramírez famoso peluquero de la comunidad. Lalo Bustamante y don Paco Madrigal como constructor y maestro de obra respectivamente, ambos de reconocida capacidad. A don Pedro “yeguas” y al negro Castro los brujos de la comunidad. Al simpático don Hilario Mendoza músico de la filarmónica. “Gurino” personaje típico del cantón. Abdón y Trina González, esta última que llevaba al hombro su saco con café hasta el beneficio de café en San Rafael de Escazú, a pie desde Escazú. Al pintor de casas don Nando “mico” León. Al loco Manuel Aguilar. A la afamada “panchona” Hidalgo y su hermano Manuel “nalgas de hule”. Genaro Herrera destacado policía. Don Mero Lencho potentado de la comunidad y promotor de los rezos del niño en su típica casa de adobe.

Esto es a grandes rasgos lo que puedo recordar de las vivencias de mi Escazú de antaño. Se pretende que este trabajo sea un aporte modesto para el conocimiento de las tradiciones y costumbres de este mi querido cantón. Pido disculpas sobre omisiones que se den, las cuales no fueron intencionales de este servidor.

MI ESCAZÚ

José Luis Gómez Cucalón

Seudónimo: CHIGÜÍN

“¡Oh, Escazú!, ¡Tu situación! ...” En paz descansa don Benjamín Herrera, el gran maestro, músico y compositor de este Himno a Escazú, tan lindo de ver, que situación tan linda, por el sur, sólo montañas, La Cruz, y la Piedra Blanca; por el oeste, el Tapezco y la Ventolera; por el norte y por el este, pues sí, el gran gentío, Pavas y Belén y Alajuelita, de apenas veinte kilómetros cuadrados.

Pero hablemos de Escazú, de ese Escazú de 1930, recuerdo cuando entré a la vieja escuela de adobes... ventanas de hojas de abrir y pisos del viejo ladrillo de barro colorado, ya casi desaparecido.

Aquel mismo año fue el último del redondel hecho de caña de bambú, donde se hacían las corridas de toros. En la última que hubo, “un cosaco” que daba vueltas por debajo de la panza de un caballo que corría a todo galope, apareció no se sabe de donde, no era de las estepas rusas.

También tengo muy bien grabada la vieja plaza, donde tantos buenos jugadores se formaron: Chalo Gutiérrez, Mundo Herrera, Ubaldo Chávez por sólo nombrar algunos. En un momento de locura se quitó esa plaza para convertirla en un parque,... ¡que para nada sirve! Esa plaza que después de los turnos amanecía llena de tucas de chirracas, cedros y aguacatillos que luego se convertirían en alfajías, tablas y reglas en el viejo aserradero de los Protti.

Y que decir de la política del 32, cuando regalaban una divisita de lata muy bonita, con la foto de don Carlos María Jiménez, y que los chiquillos de ese tiempo exhibían al tiempo que gritaban:

“Allá arriba venden queso y allá abajo chicharrones, en los bigotes de don Rica hacen nido los ratones”.

Don Ricardo Jiménez le ganó a don Carlos María Jiménez y a don Manuel Castro Quesada y se convirtió por tercera vez en presidente de Costa Rica. Don Ricardo decía que: *“los pobres nunca se acabarían, porque el problema de los pobres es que nunca tenían plata.”* Se casó con Beatriz Zamora a los 79 años, y fue lo que no ha sido ninguna persona en ninguna otra parte del mundo, presidente de la Corte Suprema, Presidente del Congreso Legislativo y tres veces presidente de la República.

Pero, sigamos con Escazú,... ese Escazú del finado Carlos Masís, gloria del “bel canto”, que debutó en el Teatro Nacional, con ovaciones apoteósicas, y en el Teatro Bellas Artes de Méjico. Ese Escazú de los bailes los domingos por la tarde, en los saloncitos que en ese tiempo había: el de las Cebollas, antiguo aserradero, el de don Chame, el de la Unión, detrás de la iglesia. Salones donde se iba a bailar y en los que los muchachos soñábamos con nuestra futura esposa, ¿cuál de todas aquellas lindas muchachas sería nuestra compañera de la vida? Elegí a una, que adoro como el primer día, aunque es una viejita de 75 años,... un poco más joven que yo.

El Escazú de los rosarios de doña Chura Venegas, de las melcochas en el cerrito del Llano de Escazú, desde donde se divisaban todas las pocas luces del San José de los treinta, del laguito de La Sabana y de las torres del inalámbrico. El cerrito donde se comían melcochas en las noches de luna llena, melcochitas que hacían las muchachas; el cerrito donde cantaban doña Tina Aguilar, doña Virginia Herrera, doña Isabelita Echeverría (todas difuntas). El Escazú de los grandes aguaceros y los preciosos veranos, el Escazú de las casas de pisos de tierra, de los escusados de hueco en la tierra, tapados con cuatro horconcitos, un techito, unas tablitas y un tarro con olotes.

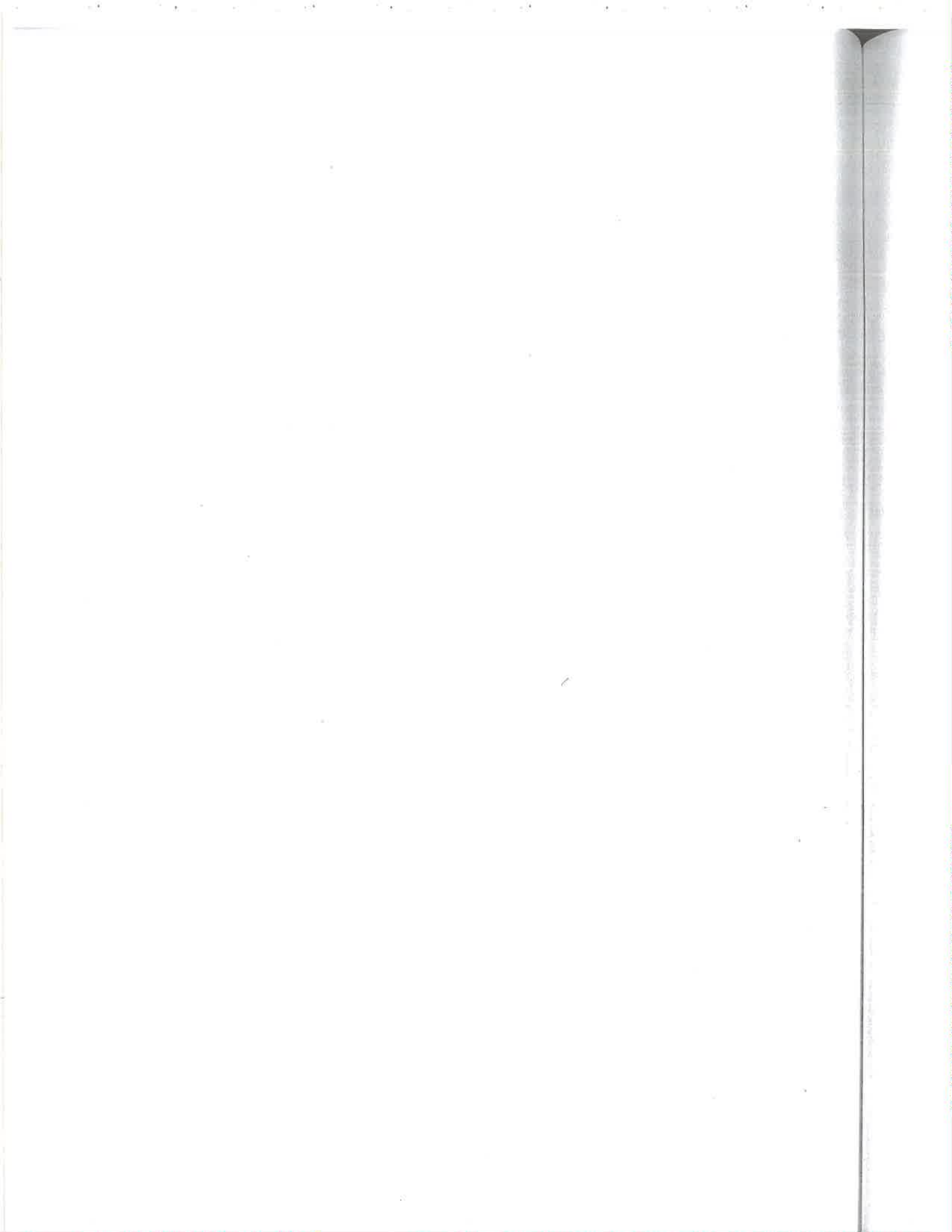
En otro tarro también había más olotes porque en las mañanas servían junto con el bagazo y la charramasca para encender los fogones al día siguiente.

Por esos años sólo había tres casitas en Escazú con un servicio sanitario de agua, con un tanque arriba y una larga cadena: la casa cural, la casa de don Napoleón Chinchilla y la de don Nicolás Masís.

¡Oh Escazú!, tan lleno de gente foránea ahora, que ha venido de todas partes, unos de otros pueblos de Costa Rica y muchos de otros países, unos vienen a descansar, otros a trabajar.

En Escazú, la verdad es que lo mejor que ha salido es el padre Francisco Herrera Mora, que fue fundador y director de la Escuela de

Servicio Social de la Universidad de Costa Rica y alcanzó el título de catedrático, pero dejemos vivir, y vivamos tranquilos esperando la aurora.



ESCAZÚ, TIERRA DE VIEJOS SUEÑOS Y NUEVAS ESPERANZAS

¿Podremos progresar sin renunciar a nuestro pasado y perder nuestra herencia?

Randall Murillo Barrios

Seudónimo: MURILLO

La pequeña Villa de Escazú, era durante los años treinta del pasado siglo XX, una de las aldeas más pequeñas, de vida noctámbula en la que el tiempo apenas si pasaba, fueron días en los que se vivía de puertas abiertas, la vida giraba en torno a la iglesia los domingos y el partido de fútbol, “la mejenga”, el viejo vendedor de copos y helados caseros, cinco céntimos costaba saciar la sed y apaciguar el calor de los meses veraniegos.

Fue en este contexto que mí bisabuelo don Tobías Murillo Céspedes, oriundo de San Antonio de Belén de Heredia, vio las posibilidades de un futuro más promisorio en Escazú, y tomando sus pocas cosas se dejó venir junto a mi bisabuela en su carreta de bueyes, tardaron casi dos días, llegó a vivir primero en una vieja casa de adobes que a pesar del progreso desmedido a un existe sobre la calle principal camino a San Antonio de Escazú, en el sector de la Pajarera, por aquellos lejanos días la pajarera era una calle algo desolada rodeada de plantaciones de café y viejas matas de plátano, el lugar adoptó su nombre, porque un señor de apellido Roldán criaba para la venta aves ornamentales, y tenía para ello una inmensa pajarera, aunque el avicultor ya no existe, si persiste el nombre, que hasta el sol de hoy denomina a este lugar.

En esta casa de adobes en la cual funciona hoy día un pequeño centro de copiado, nació mí padre hace cincuenta y tres años, apenas y se experimentaba algo de paz después de los duros días de la guerra civil de 1948, que cambió para siempre el rostro de nuestro país.

Criar hijos en aquellos días, era quizá algo más natural, corriendo entre cafetales y viejos vástagos que se transformaban en el mejor campo de juegos para los pequeños, la vida era más sana, menos

llena de peligros y falsedades, o tal vez, era que les parecía más perfecta, en esos tiempos era más fácil volar en alas de la imaginación, antes de Internet, de esta vida acelerada y vacía, cuando la bruja Zarate surcaba los cielos de Escazú, y nos sentábamos en torno al abuelo por las noches a escuchar los relatos de sus encuentros con la tule vieja, el cadejos, la llorona que se lamentaba a la orilla de los cauces de los ríos.

Nos bastaba con pasar los días entre la naturaleza y la suave cadencia de las horas llevadas con cierta calma, el viejo Escazú.

Mi viejo y querido bisabuelo don Tobías, era un hombre gentil, escaso de educación formal, pero poseía esa hermosa cortesía que hoy no se aprende en los liceos, se casó muy joven a los diecinueve años, quizá algo viejo para la época, fue esposo de Doña Odilia, “Doña Lila”, mi querida bisabuela, mujer hermosa pero fuerte, trajo al mundo catorce hijos de los cuales aun viven doce, persona de profundos valores religiosos que supo vivir con convicción propia y que se esforzó en inculcar a sus hijos, ambos ya fallecieron, después de más de setenta años de matrimonio.

Doña Flora Murillo es mi abuela paterna, una mujer que vivió debido a las circunstancias un poco más adelantada a la época, ya que mi padre fue concebido, como lo que según denominan “hijo natural”, si bien es cierto hoy día, el ser madre soltera se ha vuelto algo casi común, y hasta muchas mujeres deciden serlo, en los días de mi abuela era algo casi imperdonable, por lo que ella debió enfrentar los serios prejuicios de su época, y quizá esta fuera la verdadera razón de fondo que impulsó a mis bisabuelos a dejarlo todo atrás y venir a radicar en una tierra diferente, fuere como fuere, el hecho es que gracias a esta serie de hechos fortuitos hoy tengo la dicha de poder llamarme Escazucoño.

Viendo las cosas como eran en ese tiempo, Escazú no era más que un pequeño caserío, un pueblo pobre, el cual sin embargo tenía un gran futuro, pero quién lo hubiera imaginado cincuenta años atrás. Así que mi padre, y por ende nosotros, somos Escazucoños por adopción él, y por nacimiento nosotros, ambos hemos visto esos hermosos cerros de Escazú, antes llenos de vegetación, hoy poblados por mansiones que imitan una suerte de jardines colgantes de Babilonia modernos.

La evolución de mi pueblo se ha producido a un ritmo tan acelerado, pero a pesar de ello aun conserva en su esencia ese viejo

aire de colonia, de tiempos de carreta jalada por bueyes, sabor a aguadulce con leche, aún en mí niñez, no hace mucho tiempo, allá por los setentas y ochentas, podía uno recorrer con tranquilidad sus calles, jugar en los cafetales que ya no existen, recuerdo con nostalgia como construíamos casas en los árboles en mí viejo barrio. El Jardín, existía una pulpería muy popular que llevaba ese nombre, del mismo obtenía su nombre el barrio, el negocio era regentado por doña Nena, una de esas pulperas muy amables y conocida por todos los del barrio.

Éramos un grupo de amigos, Manuel, un buen muchacho aunque era algo mayor que el resto, tenía un espíritu de niño y una gran afición por los aeroplanos, Geovanny el hijo de la pulpera, mi hermano mayor, y yo tenía diez años en aquella época, jugábamos a las escondidas tras los vástagos del cafetal, construíamos “cuevitas” una suerte de guaridas hechas de toda clase de materiales, en estas vetustas casitas montábamos nuestros cuarteles para jugar a la “guerrita”. Manuel que como ya apunté más arriba era un fanático de los aviones, liderados por él, nos enfrascábamos en la construcción de toda clase de “aviones” aparatos fabricados con bambú y plástico, o cartón, y todo lo que nos sirviera para tal fin, mi pobre hermano Sergio era nuestro conejillo de indias, una especie de piloto de pruebas, lanzábamos los aparatos desde las copas de los árboles, y nunca lograban mantenerse en el aire por más que el breve tiempo que les tomaba caer al suelo, por fortuna si presentaban algo de resistencia al aire y esto amortiguaba el golpe de mi hermano.

Nuestro proyecto más ambicioso fue un vehículo de vapor, el cual nunca logró avanzar más de dos metros, pero estos juegos eran para nosotros especiales, se transformaban en misiones imposibles, llenas de aventuras y retos a vencer, lo extraordinario que independientemente de los resultados, sí lográbamos concretar proyectos, esos cafetales se hacían espacios ajenos a este mundo, un lugar donde todo era posible.

Parecía que el tiempo no pasaba en Escazú, eran nuestro viejo pueblo de Brujas y sabor a tierra, con casas de bahareque que aún estaban habitadas, el lechero seguía pasando con su peculiar campana para avisar de su llegada a los vecinos, eran otros tiempos.

Sentíamos que era el mejor lugar del mundo, ajeno a los vertiginosos cambios que se avecinaban, jamás pasó por nuestras mentes, que pudieran llegar a ser tan diferentes las cosas como lo son hoy.

Cierro mis ojos, y puedo ver tan claramente a mi bisabuela, como la típica imagen de la abuelita de antaño, dulce con sus cabellos canos, rostro redondo, y dulce mirar algo apagada por los años, sus lentes de aro redondo su delantal blanco como su alma, levantarse cada mañana antes de salir el sol, a preparar el maíz cascado para las tortillas, las preparaba en el fuego de una vieja cocina a canfín, eran las tortillas más deliciosas que habían, a veces yo le ayudaba a girar la manija de la máquina de moler maíz, una máquina tan vieja como ella, y que dejó de vivir cuando ella se fue, desde entonces ya nadie molió más tortillas.

Pero a veces, cuando se necesita de preparar grandes cantidades de masa, para confeccionar los tamales, era necesario ir a comprar la masa a un molino, creo que este al que me refiero ha de ser el más antiguo de Escazú, se encuentra junto a la antigua pulpería Alfaro, la cual ya no existe, en su lugar hoy día hay una tienda de mascotas, el molino se llama simplemente así, El Molino, quizá más contundente no podía ser, le da su nombre y define perfectamente su fin.

Si hay alguien que ha estado siempre ahí, como una vieja anciana, pero de espíritu siempre nuevo, es nuestra iglesia parroquial, quizá el edificio más antiguo aun en pie de nuestro pueblo, y una de las parroquias más antiguas del país, ya en 1790 cuando aún formábamos parte de la diócesis de León de Nicaragua, ya era parroquia, con una extensión territorio que hoy superaría por mucho a la actual arquidiócesis de San José, en su haber han pasado cuarenta y ocho curas párrocos desde su fundación, en sus archivos eclesiásticos, que forman parte del patrimonio nacional están registrados los datos de generaciones enteras de Escazuceños, siendo uno de los registros que se remonta más en el pasado. Entre sus paredes de cal y canto se han vivido tantos momentos de fe, alegría, dolor y esperanza.

En 1982 cuando yo asistía a la parroquia como monaguillo se llevó adelante trabajos de remodelación en la sacristía del templo, bajo la administración del cura Walter Howell, de las paredes del recinto extrajeron dos inmensas rocas cuyas dimensiones sorprendieron a todos, así como un grueso tablón que servía como travesaño a cierta altura del suelo para reforzar los muros, ya que la construcción al parecer fue realizada con carácter antisísmico, en su tiempo remover dichos materiales constituyó un trabajo monumental. Fue en ese entonces que el cura se percató de la constitución de las paredes del edificio, la cual luce hoy en todo su esplendor ya que se removió todo

el estuco de las paredes interiores que fue colocado posteriormente, según se puede apreciar en diversas fotografías antiguas el edificio ha sufrido varias modificaciones, en especial las secciones del frente, y la parte posterior, donde hoy día se encuentra la cúpula, quizá el cuerpo central sea la única parte que conserva su estructura original.

Detrás del altar mayor en un nivel inferior se conserva parte de la columna original hecha en mármol del antiguo altar pre conciliar, la cual aún tienen adosada una placa conmemorativa de la erección de dicho altar, el cual responde en su diseño a las prescripciones litúrgicas que regían antes de las reformas del Concilio Vaticano Segundo. Hoy día no es posible observarla porque se encuentra oculta por el retablo agregado posteriormente.

En 1947 cuando el parque de Escazú era la plaza del pueblo, mi bisabuelo don Tobías, vendía helados de sorbetera caseros a cinco céntimos, junto con mi tío don Neptalí, "Tali", como se le conoce, aún vive y a sus ochenta y ocho años es un hombre fuerte y robusto, de clara memoria, y totalmente independiente. Contaba mi bisabuelo que en aquellos tiempos la vida de Escazú era más simple, de misa y partido en la plaza, de retreta con la cimarrona, y en fiestas especiales los turnos, que deben su nombre al hecho de que los diversos grupos de la iglesia, se "turnaban" las fechas para organizar los festejos, que comúnmente eran a beneficio de la iglesia

Escazú es la cuna de toda una serie de leyendas que hoy forman parte integral del ideario mitológico costarricense, tales como, el cadejos, la llorona, que probablemente es la versión tica de este mito muy extendido en Latinoamérica, pero quizá el más emblemático lo es la leyenda de la bruja Zárate, que según el mito habita en la Piedra Blanca, una formación calcárea del cerro San Miguel que inspiró por generaciones la imaginación de nuestros abuelos, esta leyenda como prácticamente todas tenía un carácter de moraleja, en la cual se nos invitaba a hacer el bien y seguir un camino recto, quizá hoy nos hacen más falta brujas Zárate que nos pongan de nuevo en la senda correcta.

El Escazú de hoy, que ya no es un pequeño pueblecito, si no que poco a poco se ha transformado en uno de los pequeños cantones más pujantes a nivel nacional, el progreso se nos ha venido encima, a veces atropellando nuestra identidad. Por eso vemos hoy con tristeza como desaparecen las viejas casas de adobe, ellas eran mensajeras

de nuestros antepasados quienes nos dejaron un legado de cultura, de pueblo. Hoy día deslumbrados por la modernidad derribamos esos bastiones de nuestra propia identidad, y quizá estamos matando poco a poco, ese espíritu que nos hace ser, lo peor para un pueblo es perder su propia identidad, en ese sentido todos debemos hacer algo para proteger el patrimonio arquitectónico que aún nos queda, y rescatar el patrimonio intangible de nuestras tradiciones, leyendas, y vivencias, así como que el arte moderno, tanto escrito, como plástico, deba su inspiración de la noble esencia escazucaña.

ESCAZÚ... DE PERSONAJES FOLKLÓRICOS, ALIAS Y OTROS

Hugo Alberto Peña Flores

Seudónimo: EL BRUJO

La Cultura de un pueblo está compuesta por diversos elementos. Destacan en ésta aquellos personajes que hacen historia en un sitio, una fecha y un periodo de tiempo. A partir de su participación en la sociedad, sus dicharachos, sus vestuarios, su particular andar y muchos otros detalles crean recuerdos sociales que se traducen luego en historia viva.

Escazú es más que un nombre, es un pueblo con historia y tradiciones que nace en los albores de la colonia, el cual ha mantenido a través del tiempo su identidad. Este histórico cantón se ha caracterizado por los “sobrenombres” que el ingenio y la picardía de sus habitantes ha puesto en muchos personajes “populares”, los cuales han construido parte de la historia de Escazú.

A continuación, señalaremos historias de estos personajes que han pasado a ser dentro de nuestros recuerdos de antaño, un lugar de referencia. Estas anécdotas nos provocan risa y luego nos embarcan de una gran nostalgia por la ausencia de estos protagonistas y a la vez nos inspiran un profundo respeto por su vida. En la búsqueda de recuerdos, las imágenes de estos personajes en retrospectiva nos llena de un cariño hacia esas personas que pasaron a ser parte de nuestras vidas y principalmente de la vida de un pueblo.

Chevís

¡Hola cabrito, hola cabrito!, ¿está Elia? Y con este saludo diario llegaba a recibir el café y el pan que mi madre bondadosamente le ofrecía. En el ínterin de la toma de café preguntaba: ¡Elia, Elia! ¿dónde están las muchachas? Porque sí se sabía lo enamorado que era. Su cuerpo encorvado, su mirada pícaro, una gorra desgastada y

un pantalón bombacho que se sostenía con un mecate, creaba todo un personaje mítico y desconfiado. Se recuerda que Chevís llegaba a la “Peluquería de Margarita”, situada al sur de la iglesia y sin mediar acuerdo económico alguno decía “Margarita le voy a barrer el jardín”. El jardín era barrido, pero la basura la asumían los vecinos porque el contrato unilateral hecho no incluía recoger la basura.

También recuerda la propietaria de la peluquería que sin razón aparente su clientela empezó a decrecer. Después de una investigación nada profunda resulta que las señoras y señoritas que componían la clientela se quejaban de que el mencionado jardinero se les acercaba y les tocaba las nalgas. Ante el cuestionamiento sobre su actuar contestaba “dígame, dígame Margarita, quién fue el hijoeputa que le dijo eso”, cuando ya la peluquera había corroborado los hechos observándolo por una discreta ventana que daba al jardín.

Machaca

Era un niño que vivía a pocos metros del Colegio del Pilar. Él esperaba ansiosamente la salida de las adolescentes del colegio, quienes obligadamente tenían que pasar al frente de su casa. Acercándose a las once de la mañana salía corriendo hacia el portón de hierro de su casa y aferrándose al mismo se mantenía hasta que empezara el desfile de las muchachas (colegio únicamente de señoritas). Con el mayor entusiasmo que se puedan imaginar empezaba a gritar ¡adiós machachas!, ¡adiós machachas!, ¡adiós machachas!. Su corta edad no le permitía pronunciar bien la palabra muchachas. Hasta la fecha se le saluda con un hola Machacha, a quien recordamos con especial cariño.

Media Libra

Uno de los personajes más pintorescos de Escazú, de baja estatura y regordete a quien le decían cariñosamente Media Libra. Era cobrador en los buses de Escazú en ruta hacia San José. Su característica principal era que cuando veía una muchacha muy bonita, además de no cobrarle el pasaje, tomaba una postura muy simpática sacando el pecho y caminando al estilo militar. Él cobraba en el “Super Ñato”, que era el bus más largo que recuerde mi memoria. De este bus recuerdo que era pintado en azul y blanco y solo lo manejaba Cuyo y Media Libra como cobrador. Otra de las particularidades de Media Libra era que se bajaba en todas las paradas que hacía el bus

anunciando el sexo de los pasajeros que subían y bajaban gritando a viva voz ¡baja hembra, sube macho!, para luego gritar de nuevo ¡vamonooooooooos! y con una destreza digna de un acróbata se colgaba de la tiradera de la puerta trasera del bus volviendo por el pasillo, vociferando ¡quién bajaaaaaaa! Llegaba a las gradas delanteras, bajaba al pasajero -dándole cortésmente la mano- y volvía a gritar vamonooooooooos!, y repetía las acrobacias subiendo por la puerta de atrás cuando ya el bus iba en movimiento.

Se recuerda una ocasión en que el equilibrio le falló. Era la parada que el Súper Ñato hacía a la entrada del puente Los Anonos en donde grita nuevamente vamonooooooooos!, se prepara para hacer su característica maniobra y el cálculo por distracción le falló y no logró asirse a la manilla y únicamente se vio a Media Libra rodar, dando tumbos por la calle. Al momento todo pasajero gritaba ¡que el bus se detenga!. Después de unos momentos de angustia y respiración sostenida se dio rienda suelta a la risa, Media Libra se incorporaba al bus y muy golpeado volvía a gritar ¡vamonooooooooos!.

Las Pejivayes

Las Pejibayes eran mi muy querida amiga Johanna y su hermana. Amigas de generación. Vivían detrás de la iglesia a la par de la panadería de los Protti en la casa vieja de Don Luis Protti, hoy Centro de Pinturas.

Por razones sin importancia, dejaron la casa de Herlinda adeudando algunos meses de alquiler. La gestión de cobro y no pago por parte de los padres de Las Pejibayes hizo que la bruja les echara un maleficio. Contaban nuestras amigas que cuando la familia dormía en la noche entraban piedras del patio, pasaban por los vidrios de las ventanas y no los quebraban y les caían encima. Los catres donde dormían al acostarse sonaban como si se fueran quebrando muchos vidrios a la vez. En la cocina las ollas caían sin provocación alguna haciendo un ruido enorme, los cuchillos caían y quedaban clavados de punta en el suelo, los cuadros también caían aunque fuesen clavados a las paredes, las luces se apagaban y encendían y las puertas se cerraban violentamente, hechos que más adelante me fueron corroborados por los Hermanos Zapaticos. Esos y muchos otros sucesos paranormales sucedían hasta que se decidió pedirle ayuda al sacerdote del pueblo, en ese tiempo era el padre Quesada quien decidió hacer un exorcismo. Como era *voxpopuli* lo que acontecía el pueblo

empezó a congregarse todas las noches frente a la “casa maléfica”. Envalentonándose el curita del lugar decidió entrar a hacer su exorcismo y con ello echar a Satanás de allí. Ordenó que ningún vecino entrara, solo él y miembros de la familia afectada. Al entrar en la casa exclamó a viva voz ¡fuera de aquí Satanás! Y en ese momento le cayó un botellazo en la cabeza y así terminó el exorcismo. El sacerdote nunca quiso referirse al botellazo ni al suceso en general. Johanna y su familia alquilaban una casa donde había cuatro “Palos de pejibayes”, de donde nació el mote de Las Pejibayes.

Cotona

Es todo un ladrón de poca y mucha monta. Pienso que ha estado más tiempo bajo “sombra” que libre. Cuando se habla de ladrones en Escazú se hace referencia a Cotona. Su manera de robar es típica, de allí que creó un *modus operandi* que identificaban los robos y con ello la presencia de Cotona.

En una ocasión se “metió” a una casa cerca del Centro de Escazú. Al reportarse el suceso a la policía, esta concluyó que no había ninguna duda ¡fue Cotona!. Al presentarse la policía con el ofendido, el tal Cotona le indicó que no pusiera la denuncia y que él sabía quien se le había metido en la casa. El ofendido era un recién casado y todos sus regalitos de matrimonio fueron a parar al saco de Cotona. Pero Cotona insistió en que él no había sido el caco y que le diera unos días para averiguar en el bajo mundillo de la delincuencia quien había sido el ampón. Pasaron los días y después de mucha insistencia y viendo que el ofendido no daba por terminado el caso le dijo que efectivamente ya sabía quien le había robado, así que fueran juntos “a pastorear” al ladrón. Pero para lograr el cometido el ofendido debía de vestirse como delincuente, según Cotona, con zapatos rotos, ropa vieja y una gorrilla. Deberían de ser “pintas”. Cotona no tenía que cambiar en nada su vestuario, pero “primero su ofendido y ahora su cliente”- ya que le iba a cobrar por sus servicios- tuvo que convertirse de la noche a la mañana en un *transformer* y cuando terminó de acicalarse no se sabía efectivamente quien era el que tenía más “pinta” de caco, si el susodicho Cotona o su esperanzado cliente. Se citaron a las siete de la noche y por razones aún desconocidas Cotona no llegó. Llamó días después y concertaron una nueva cita, llegó y se dedicó a ir de un lado a otro en el automóvil del cliente- chofer, no “daban” con la casa del ratero, por lo tanto tenían que volver

otra vez. Tenemos que hacer “fijos” le argumentó Cotona. Dentro de su avituallamiento el cliente llevaba revólver calibre 38 y con su atuendo cada vez más parecía un delincuente. Una y otra vez insistieron en perseguir al caco fantasma. Después de ingentes esfuerzos, trasnochadas y sustos el marcado interés del ofendido-cliente se empieza a debilitar. El agotado cliente decide renunciar a recuperar los bienes matrimoniales sustraídos. Cotona cobra por los servicios prestados y la pesquisa así terminó. Suponemos que Cotona hasta hoy día debe estar riendo a “panza tendida” recordando la planificación de sus inventos sobre la figura de un delincuente que nunca existió, el mismo era el fantasma-ladrón que siempre acompañó a su cliente y hasta le sacó algunas cervecillas mientras recuperaran fuerzas detectivescas y planificaban su próxima operación.

Los Burros

Descienden de una familia muy honorable, algunos de ellos son profesionales y todos muy buenas personas, salvo Víctor El Burro negro en lugar de la Oveja Negra el que para nuestros efectos lo citaremos únicamente como El Burro.

Se cuenta del Burro que tiene historias aquí y allá pero dos de ellas tipifican su personalidad. Su descripción física se resume diciendo que basta imaginarse a un cowboy del antiguo oeste, eso era un vaquero. Solo lo recuerdo usando pantalón *jeans* con faja gruesa de cuero, camisa manga larga y caminando a lo “vaquero” y listo para desenfundar sus pistolas. Es todo un personaje y sobre él se pueden escribir mil historias, lamentablemente no recuerdo una solo buena. Únicamente que infundía mucho temor y sus enemigos le temían y aún pienso que sus amigos lo eran también por temor.

Escazú siempre ha sido un pueblo y con el se guardan las tradiciones. Era el turno de San Miguel Arcángel, patrono de Escazú. Se inicia el pomposo turno con ventas de gallinas rellenas, cajetas, rifas, tamales, aguadulce y muchos manjares más, pero destacaba sobre todo la deliciosa chicha que se hacía en el pueblo y en el cual había verdaderos *gourmets* de chichas con recetas que se fueron a la tumba con sus creadores. Era el mediodía de un domingo y como colaborador del turno y la iglesia se encontraba vendiendo la chicha una persona mayor, era todo un caballero e infundía un profundo respeto, él era Don Lico Herrera. EL Burro se acercó a la venta y ordenó un vaso de chicha, Don Lico Herrera con su don de gente

y jactándose de su chica -ya que esta se caracterizaba por su color y *bouquet*- le entregó un delicioso vaso de chicha. El Burro prueba la chicha y la tira al jardín no pagando la misma. Don Lico herido en su orgullo le pregunta del por qué bota la chicha, y en un inesperado arranque de cólera alza el puño y lo estrella contra la cara de Don Lico, apeándole dos dientes. La gente corre despavorida y los gritos que salían del chinamo alertan a la policía quien se hace presente y aprehende al agresor y lo trasladan al “bote” como se le llamaban a las celdas. Allí pasa la noche detenido, al día siguiente se presentó el Jefe Político Nandito Herrera, y le dice ¡mirá Burro te aconsejo le vayas a pedir perdón a Don Lico porque ya tiene la denuncia planteada!. EL Burro toma de escudo a su esposa y la obliga a acompañarlo donde el ofendido. Don Lico Herrera los atiende y les acepta las disculpas con le negativa a retirar la denuncia interpuesta. El Burro muy hábilmente le dice que no le importa la denuncia puesta sino el pedirle perdón y que se encontrara bien de salud. No se sabe cuando, pero la denuncia fue retirada.

Mami

Era un tanto encorvado y no tan viejo, uno de los sacristanes de la Iglesia de Escazú. Su particular andar se mostraba en exceso afeminado lo cual constituía todo una atracción debido a que exacerbaba sus movimientos para llamar la atención. Para ese entonces el sacerdote del lugar era el “Padre Ford”, el cual en público evitaba llamarlo como “Mami”.

Mami respondía cortésmente a su alias y sobresalía socialmente debido a que por aquellas épocas no se conocían individuos con aquellos deslices tan evidentes.

La Bruja Pinela

Belisa Pinela, era otra bruja para los escazuceños. Era una mujer un tanto desgredada de pómulos saltados y según se decía en aquél entonces Belisa no tenía amistad con nadie, basado en que la gente tenía un temor profundo dado que sus alcances maléficos terminaban de forma dramática. La creencia de los escazuceños era que ella tenía el poder de “convertirse”, lo que quería decir que cuando lo deseaba se podía convertir en cualquier cosa.

Para muestra no un botón sino una prenda. La Bruja Pinela se disgustó con una familia vecina. Esa familia estaba compuesta por

padre, madre, un varón y cinco hermanas. Esta familia era extremadamente temerosa de los alcances maléficos de la bruja Pinela y se limitaron a no dirigirle palabra alguna. En una noche de verano la madre despierta asustada porque un animal le andaba en su cabeza. A los gritos de su señora, su esposo se incorporó de la cama y encendió la luz. Y cual fue su sorpresa cuando se encontraron un cangrejo enredado en la cabellera de su señora, arrancándole el pelo. El cangrejo logró ser cazado y con fuerza fue lanzado por una ventana al exterior de la casa cayendo al corredor de la misma. El asustado esposo miró al cangrejo y se dio cuenta que le había quebrado una pata a lo que la esposa comentó “pobrecito ese cangrejo, ¿por qué le hiciste eso?”. Se acuestan y minutos después escuchan una ambulancia ululando en dirección a la Casa de la bruja. ¡Sorpresa! La estaban trasladando al hospital a esas horas de la madrugada con una pierna quebrada y desde ese momento quedó constatado que ella lograba “convertirse”. Luego la familia consultó con otros brujos y el sacerdote del lugar y concluyeron que ese cangrejo era Belisa Pinela convertida. El sacerdote les dijo “debían de haberlo matado, ese cangrejo era ella”.

En otra ocasión La Bruja Pinela le gritó a esa familia “los destruiré totalmente”. Muy poco tiempo después se inició una caída vertiginosa en los ingresos familiares, el matrimonio se deshizo, el empresario perdió su negocio de buses, su casa y todos sus bienes y hoy solo malos recuerdos quedan de aquel pasado tenebroso.

Pepo Vieja

Tuvo como esposa una famosa bruja de Escazú. Pepo Vieja también era todo un personaje. Físicamente era gordillo, chiquitillo, casi calvo y siempre se vio con su incondicional sombrerillo de paja. Era todo un borracho que aunado a su característico caminado de pasito tun tun lo hacía único. En su árbol genealógico se destacaba que era hermano de Gurino. Nunca se le conoció trabajo alguno pero dicen que él cobraba los honorarios por servicios de brujería que su esposa ofrecía.

Las Garrobas

La familia de Las Garrobas estaba compuesta por Nena, Carmen y Cecilia pero también estaba Guido. Es de recordar una ocasión cuando pulcramente vestida iba Nena en compañía de sus cuadernos

y libros los cuales llevaba tan abrazados que componían una sola unidad, cuerpo y libros, libros y cuerpo. Cuando de pronto la bruja ya conocida y en disgusto con la familia Garroba decidió echarle un balde de agua fría, Nena en su sorpresa lo único que acató fue lanzar sus cuadernos y libros y salir corriendo para luego sentarse a llorar. Desde esa vez nunca más transitó por esa calle.

Los Túnganas

Los Túnganas, como cariñosamente se les conocía, es una rama genealógica de los Yeguas en línea directa y emparentados con Los Tiquizques. Los Túnganas en un momento dado asumen el papel trascendental de alistar a los Santos, Santas y demás personajes en vivo y a todo color que participaban durante los actos de la Semana Santa. Cabe destacar que ese papel primeramente lo desempeñaban Las Quirós y Las Gutiérrez, quienes escogían los personajes que saldrían durante la próxima Semana Santa (la Verónica, la Samaritana, las Siete Palabras, los ángeles, el Cirineo, etc. etc.). Estos personajes se caracterizaron fundamentalmente porque la escogencia de ellos se hacía a partir de los dones místicos y religiosos y de altísimos valores espirituales que los distinguían, era gente muy escogida. Sin embargo la globalización se inició en tiempos idos y no como se piensa, que hasta ahora. Así fue como se tuvieron que flexibilizar ciertas reglas para dar cabida a una mayor cantidad de personas, que quisieran participar activamente en esas entusiastas procesiones. Así Las Túnganas pasaron a ser punto de aceptación o rechazo de todo aquel que quisiera vestir los atuendos místicos procesionales. Debe de reconocerse que la casa de los Túngaras se convertían en esa época en un salón al estilo *hollywoodense*, ya que de allí salían verdaderas actrices y actores con vestuarios y maquillajes dignos de cualquier representación a nivel internacional. De allí nacen las famosas procesiones de Escazú.

Los Yeguas

Son parte del folklore escazuceño. No se puede escribir la historia de Escazú sin contar sobre Los Yeguas, debido a que hay gran cantidad de referencias que se hacen a partir de esa honorable familia. Túngana Yegua, Neto Yegua y muchos otros forman parte de esa historia. Encontramos dentro de esa familia brujos, mercaderes, agricultores, comerciantes y de muchos oficios más. Recordamos con cariño a Peregrina y Pedro Castro, ambos hermanos Yeguas

a los cuales se les conocía como brujos. Una cliente de Don Pedro Yegua quien ejercía los dones de la brujería señala que Don Pedro era bastante acertado en sus predicciones. Se cuenta que muchos años después de que ejerciera su profesión su clientela se enteró que cuando un cliente llegaba a consultarlo ya sea porque le iba muy mal en la vida, en el amor, la salud y el dinero, le señalaba que había llegado al lugar indicado y que él le sacaba el maleficio que tenía y que evitaba que su vida fuera un dechado de felicidad. Hacía pasar al cliente a un cuarto casi oscuro rodeado de cuanto santo y postales pudiera haber adquirido en las calles josefinas. Tenía un ramito de flores plásticas y una virgencita alumbrada con una vela estratégicamente instalada, de tal forma que la sombra cubriera su cara pero no la del cliente. Don Pedro Yegua salía del cuarto para traerle la “pócima curativa” a su cliente el cual en pocos minutos se convertiría en su paciente. Don Pedro se iba al patio, cogía un ladrillo de barro el cual raspaba obteniendo una cantidad de polvo de ladrillo que fuera proporcional al tamaño de su cliente. Por órdenes expresas del curandero el cliente bebía aquel poco de “polvo de ladrillo en agua” y al cabo de algunos minutos empezaba a vomitar. Pero si no lograba provocar el vómito a la primera tenía que ingerir tantos brebajes como fuera necesario hasta que vomitara. Cuando vomitaba lo tenía que hacer en una amplia palangana. Describiendo la escena sería así: el cliente convertido ahora en su paciente empieza a vomitar en un cuarto casi oscuro, con el reflejo del vómito hay un cierre de ojos inducido momento que el brujo aprovechaba para echar un sapo en la palangana. Terminada la deposición bucal, don Pedro encendía la brillante luz de su antiguo oscuro cuarto y ¡oh sorpresa un sapo en la palangana!, y así le demostraba a su paciente (ya para ese entonces estaba bastante enfermo) de que el maleficio era aquel sapo que había vomitado. El cliente-paciente no salía de su asombro por haberle sacado aquel horroroso hechizo. El agradecimiento a Don Pedro Yegua duraría hasta su muerte porque lo había librado de aquel sortilegio. Posiblemente el sapo no pensaba lo mismo por que eso de nadar muchas veces al día en una palangana de vómitos no era nada agradable y menos saludable.

Sara Castro

Esta honorable señora, esposa del Negro Sara, también se le señalaba como una bruja más de Escazú ya que sus dotes de adivina

y espanta maleficios llegaban allende las fronteras escazuceñas. Su figura bajita y ágil al caminar le otorgaban un cierto misterio que la hacía confiable. Uno de sus clientes llegó con un problema de amor y lo mandó a que quemara por siete días consecutivos ramas de pino y que rezara el Santo Rosario. Al cliente le pareció ridículo el consejo y se limitó a pagar la suma cobrada por los servicios espirituales ultratúmbicos. Fue meses después cuando llegó de nuevo a pagar consulta por cuanto le iba mal en los estudios y los negocios. Doña Sara Castro, la Pequeña Bruja, le indicó que si hubiera hecho lo que le ordenó en aquel momento hoy sería un hombre de éxito en todos los campos. La receta fue la misma pero los honorarios el doble por recurrente. El hombre nunca más regresó, suponemos que el éxito volvió a florecer en su vida.

Metro Flojo

Aquel larguirucho cobrador de la línea de buses Escazú-San José se distinguía principalmente por su elegante vestir, pulcro y extremadamente bien planchado. Pienso que debería haber sido estrella de la NBA ya que por su altísima estatura –posiblemente medía unos 3 metros de alto según lo veía con ojos de niño-, me hacía pensar que peor trabajo nunca pudo conseguir, el de cobrador. Metro flojo no cabía en ningún bus por su estatura y cuando no pegaba en las barras, pegaba en el techo. Se le llamaba Metro Flojo por largo y flaco y sus movimientos al caminar obligaban a pensar que debía ser recogido en partes en el próximo minuto, por que se iba a desarmar. Su caminar era desgarbado y sobresalía por el movimiento de sus largos brazos, los cuales movía como si midieran los grandes pasos que daban sus largas y delgadas piernas. Terminó como chofer de bus, así fue muy cómodo ya que no tenía que ponerse de pie salvo cuando iba a salir del bus, lo cual lo obligaba a poner una de sus piernas en la grada para tomar postura para salir del asiento. Por dicha todavía lo tenemos en nuestro vecindario formando parte de nuestro folklore.

May Boy

Los viejos lo recuerdan como una marca de una deliciosa y cara leche en polvo para infantes que se vendía en todas las pulperías del país, la cual traía impresa la cara de un precioso niño de escasos doce meses. Pues bien, alguien con ojo clínico decidió bautizar al portero

del Club Atlético de Escazú como May Boy por su similitud con el niño impreso en la lata de leche. Este portero era todo un atractivo para la cantidad de damitas que colmaban la plaza de Escazú y no precisamente por ver los interminables encuentros entre el Club Atlético de Escazú y La U, sino por verlo a él. Ambos equipos pertenecían a la misma localidad, pero cada uno tenía su propia "barra" con una identidad que cualquier partido político se la desearía. Con dolor en el corazón hoy vemos que aquella encantadora cara y esbelto cuerpo sucumbieron ante el atroz e ingrato vicio del alcohol. Pero para los escazuceños de antaño nuestro May Boy vivirá en el corazón de quienes lo conocimos y seguirá siendo el elegante, atractivo y aguerrido portero del Club Atlético de Escazú.

Pollo Santo

Es el hijo de Belén López, ¡sí el de las López! Él alias de Pollo Santo nació cuando Escazú sufrió los embates de muchos movimientos tectónicos que llegaron al punto de sacar en ocasiones a los habitantes de sus casas. En ese entonces una familia huye de su casa debido al terror ante los fuertes temblores, la abuela imploraba la intercesión divina para su protección gritando a viva voz ¡por Dios Santo, por Dios Santo que no tiemble más! Detrás de ella un niño de corta edad repetía ¡Pollo Santo, Pollo Santo que no temble más!, quien más tarde recibiría el mote de Pollo Santo.

Pata de Yuca

¡Recuerdo a su hermano pero me referiré a su hermana; Le decían Rosa Pata de Yuca, su recuerdo vivo viene a mi mente y a mi corazón. Rosa Pata de Yuca estaba en sexto grado pero sobresalía del resto de niñas por varias razones, una de ellas por ser una preadolescente físicamente muy desarrollada que tenía para sí unas bellas y muy formadas piernas, su cara era muy atractiva y sus ojos eran negros penetrantes, sugestivos y sensuales que lograban cohibir a sus compañeros. Si a Rosita le gustaba un chiquillo —adelantándose a la época por muchísimos años— lo invitaba a caminar por el parque y ¡zaz, ya era novio de Rosita! Era una adolescente que semejava una mayor edad a la que realmente tenía y todo su cuerpo era escultural para todos los esmirriados chiquillos que salíamos a verla en los recreos. Por un tiempo me alejé de Escazú, no así mis recuerdos. Muchos años después pregunté por Rosita y me dijeron que el fantasma del alcohol

la había abrazado. Tuvo muchos hijos y uno de ellos sobresalía por su inteligencia siendo un excelente estudiante, murió a una edad tan joven que bien parecía una injusticia lo que dicen le hizo mucho daño a su corazón. Años después le otorgaron una casita donde se refugió con sus hijos. También me cuentan que a la fecha todavía le pelean su cariño sus hasta hoy admiradores. Sin embargo destacan dos de ellos, quienes frecuentemente entablan violentas discusiones y peleas disputando el amor de Rosita, quien dichosamente se ha alejado del vicio del alcohol. Para todos aquellos que guardamos las mejores remembranzas de sus años ya idos, Rosita es un fresco recuerdo de nuestra adolescencia.

Don Negro Fernández

Solo muchos años después y siendo ya un adulto supe que Don Negro Fernández se llamaba Santiago. De Don Negro Fernández hay muy poco que decir, porque era un hombre que nunca permitió que se dijera nada de él. Si algún día tuviéramos que fijar el estereotipo o perfil de un político deseable sería el de Don Negro Fernández. Fue de noble estirpe, honorable, honrado, responsable, serio, capaz, lógico, sesudo, humilde, respetuoso y respetable, fue una gran persona. Pero destacó su honradez que fue el emblema de su gestión pública, fue uno de los especímenes que no cayeron en el fango de la política. Hombre y obra fueron uno al servicio de su pueblo y su país. Su muerte lo ennobleció más porque nos marcó la estatura de un gran hombre y un gran político.

Los Bola

De grata memoria es Doña Rafaela quien tenía el cabello canoso y siempre utilizaba una trenza que la identificaba y le imprimía el respeto obligado. Tenía una nieta llamada Rosita, atractiva, hacendosa y dulce quien era la novia de Luis Yegua, el hijo de María. Luisito, como lo llamaban en su casa, era un apuesto e inteligente agente vendedor quien, aunado al automóvil que poseía, lo hacía atractivo y apetecible para las mamás de muchas muchachas que ya entraban al mundo del casamiento. Pero el inquieto Luis Yegua había sido novio de una vecina cercana a su casa e hija de una muy conocida familia escazuceña, cuyo apellido hoy se extiende por la zona del cementerio de Escazú. Luis decide dejar a su novia y unir sus amores con Rosita. La exnovia no acepta el abandono de Luis y decide

vengarse. La amenaza se incrementa y se materializa cuando Luis se casa con Rosita. Intempestivamente un día Luis sin razón alguna amanece enfermo y empiezan los medicamentos y visitas al médico. Conforme pasaban los días se incrementaba el estado de enfermedad y gravedad de Luis, nadie entendía la razón de su estado y los médicos no acertaban en su diagnóstico y menos los medicamentos. Hasta que llegó el momento en que ya no se pudo levantar de la cama y la gravedad invadía el débil cuerpo de Luis, cuya causa y razones eran todo un enigma. Pero como “entre cielo y tierra no hay nada oculto” sucede que un día llovía torrencialmente y el agua se filtró a cántaros sobre la cama de la exnovia de Luis, quien ya gozaba de otro galán a su lado. El nuevo novio al ver el nido de su amada hecho una sopa se ofreció a “coger” la gotera y acto seguido se metió en el cielo raso. No más entrar al cielo raso se encontró con un bulto el cual consistía en un envoltorio de periódicos asidos por una amarra. Con la poquísima luz que se filtraba entre las rendijas del cielo raso deshojó el paquete de periódicos y ¡oh sorpresa!, en el centro del envoltorio se encontró un pedazo de carne que tenía más cara de chancleta que de bistec y dentro del pedazo de carne una fotografía con infinidad de alfileres que traspasaban tanto la carne como la fotografía. El asustado novio tapó la gotera y sigilosamente bajó del cielo raso mientras su novia corría a traer un paño ya que se había empapado lo que le permitió refugiarse en el único baño de la casa con el enigmático paquete. Viendo la fotografía, la cual estaba sumamente borrosa, fue mayúsculo su asombro cuando reconoció a un amigo suyo; era Luis Yegua. Llamando a su novia al baño -no para otra cosa- sino para interrogarla la increpó sobre el paquete y su contenido. Viéndose su amada descubierta únicamente exclamó ¡si Luis no es para mi no es para nadie, por eso le eché ese maleficio! Acto seguido el tembloroso novio salió en carrera para donde Luis quien se encontraba en compañía de Rosita y les explicó detalladamente el hallazgo. Incredulos de lo escuchado daban gracias por haber encontrado aquel “entierro” que no estaba enterrado. Al día siguiente quemaron el entierro y los restos del mismo fueron lanzados a las escandalosas aguas del río Los Anonos. Cumplido este requisito Luis empieza a recuperar su salud y hoy vive felizmente para dar fe de esta tenebrosa historia. Así el novio de A (letra con la que empieza el apellido de la novia maléfica) viendo lo sucedido salió de los brazos de su amada como “alma que lleva el diablo.” y

nunca jamás volvió a acercarse ni siquiera al barrio donde vivía la mencionada malévola.

Maynor el de Don Noé

Maynor era un tipo relativamente joven, simpático y cuando lo quería era antipático, agresivo, vulgar e insoportable la mayoría de las veces. Descendía de un hogar respetable, este personaje tenía tantas anécdotas como las que pueden caber en cuatro tomos. Sin embargo recuerdo como ayer su último paso, pero esta vez dado en falso. Maynor- siempre pregunté si ese era su nombre o un sobrenombre – cosa curiosa la gente no lo sabía, pero todo habitante de Escazú (Centro, San Rafael y San Antonio) conocían quien era Maynor. Como les mencionaba era un frenético personaje que se distinguía por sus pleitos y maldades y no recuerdo ninguna bondad realizada. También era un tipo que infundía temor. En Escazú en aquellos años, existía solo un salón de billar, el Salón de Los Chapa. Los Chapa estaban compuesto por dos hermanos que por su cercanía con la iglesia se asemejaban a los santos allí puestos. Hombres honestos, trabajadores, silenciosos y se sabían que existían pero no se sentían y salvo en su lugar de trabajo y en misa, nadie los volvía a ver fuera de esos recintos. Pues bien, Maynor acostumbraba a entrar al Salón de Los Chapa y llegaba a las mesas de juego y metiendo la mano en la mesa cogía las bolas de billar y deshacía el juego. Muchas veces pasaba de mesa en mesa deshaciendo juegos y a mi juicio que andaba buscando quien lo interpelara para iniciar otra pelea. Volvía una y otra vez, seguía entrando al salón y seguía deshaciendo juegos. Un día uno de los Chapa -Hernán- lo sentenció: ¡mira Maynor nunca más vuelva entrar a este salón, si entra lo mato, y le repitió, si volvés a venir ¡te mato! Por que medios no lo sé, pero el papá de Maynor, Don Noé, llamó a su hijo y le dijo: ¡Maynor, no molestés más a los Chapa, andá y les pedís perdón y prometa que no vas a volver a molestarlos; Maynor era un muchacho que pertenecía a una “barra”, sin embargo esas “barras” no eran delincuenciales, eran grupos de muchachos que se reunían a hablar, contar chiste y cerca de las nueve de la noche empezaban a dispersarse hacia sus casas para el día siguiente asistir a sus trabajos. Me cuenta un amigo que pertenecía a esa “barra” que era cerca de las siete de la noche cuando Maynor intempestivamente se incorporó –estaban sentados en el muro de la iglesia situado al frente de Los Chapas- cuando Maynor exclamó: ¡ya no voy a volver a joder a los Chapas, les voy a pedir perdón! Pasó

la calle en dos brincos y entró al Billar de Los Chapas dirigiéndose hacia donde estaba Hernán. Al verlo entrar Hernán inmediatamente sacó el revólver y cuando estaba suficientemente cerca le disparó en tres ocasiones. Dos balas se le incrustaron y una más salió del salón hiriendo pero no de gravedad a una joven que pasaba por la acera de enfrente en ese momento. Maynor quedó tendido en medio del salón esperando únicamente la presencia del juez para levantar su cuerpo. La noticia corrió como pólvora en el pueblo y por esos días ese fue el único tema obligado de conversación entre los escazuceños. Concluye esta historia con justicia, ya que Hernán fue apresado y procesado pero meses después fue liberado, por cuanto fueron muchos los escazuceños que defendieron su nombre.

Perro de Monte

Perro de Monte era el mote que le tenían a Don Pepe, padre de muchos jugadores de Tenis que le han dado prestigio tanto a Escazú como a Costa Rica. Lo recuerdo a él y a sus hijos con mucho respeto, aunque la presencia de don Pepe viene a mi memoria viéndolo ebrio bajando desde la panadería de Los Porras hasta su casa, cerca de donde Lola Rojas, donde mediaba una distancia no menor de quinientos metros que siempre pensé que no le permitiría lograr llegar a su hogar. Su caminar iba acompañado de una permanente conversación incomprensible lo que me infundía mucho miedo. Era un señor de contextura delgada, de baja estatura y siempre lo recuerdo mayor. También tenía mucho coraje y recuerdo que en una ocasión una de sus hijas andaba acompañada de un sujeto bastante cuestionado y violento. La pareja se encontraba ingiriendo licor en la cantina de “Chame” y cuando Pedro de Monte se dio cuenta se dirigió a encontrarse con ellos puñal en mano. Entró a la cantina y sin decir “agua va”, lanzó una puñalada con un giro de derecha a izquierda hacia el oponente, con tan buena suerte para el novio que el puñal fue dirigido hacia el abdomen encontrándose con una gruesa faja de cuero. El cinturón quedó totalmente cortado y salvo una pequeña incisión en la piel la cosa no pasó a más. Después de ese suceso el amorío terminó.

La Daisy Tumba

Juerguera como ninguna. A Daisy Tumba la recordamos como la acompañante o diríase novia de Mano Porras. Pues un día domingó en

la mañana se encontraban el muy apuesto y elegante Mano Porras, Daisy Tumba y Víctor Montoya (El Burro) en la cantina de Chame, cuando se inició una discusión sin sentido ni profundidad, pero posiblemente importante en una mesa de tragos. En un momento dado Víctor quiebra una botella de cerveza y le pasa los picos cortantes del envase por la cara a Daisy Tumba quedando marcada para el resto de su vida. Como los pleitos en Escazú eran en cada cantina y desde la mañana, la policía tenía los domingos triple trabajo corriendo de un lado a otro separando borrachos y “enchorpando” a pleiteros. Así fue como minutos después apareció la policía deteniendo y encarcelando al agresor en la “chirola”. A la vez la policía ayuda a los de la ambulancia a subir a Daisy Tumba, la cual llevaba toda su ropa ensangrentada. Tiempo después aparece Mano Porras haciendo eco de su amor por Daisy y la convence para que retire todos los cargos por agresión y violencia que se habían entablado contra su amigo el Burro. Daisy, fiel a su amor por Mano Porras, decide hacer retiro de todos los cargos y de este hecho queda como muestra únicamente la cicatriz que portó Daisy Tumba para siempre.

Gurino

Yo era un niño en edad escolar y siempre me molestó de sobremanera cuando molestaban a Gurino. Recuerdo que siendo un niño una vez le dije a un tipo adulto y entrado en años: ¡ud. cree que nunca va a llegar a viejo!, pues era tal el disgusto que me provocaba el que molestaran a Gurino.

Quizá dentro de la patología humana está que el ser humano en aras de pertenecer a un “algo” decida ser parte de ese algo aunque su pertenencia tenga un costo muy alto. Ello lo señalo porque siempre me pregunto por qué a aquellas personas a las cuales se les mortifica insisten en pasar por los mismos lugares y a las mismas horas para que los vuelvan a molestar nuevamente. El actuar inhumano de quienes molestaban a personas como Gurino disfrutaban de provocarle su enojo y reían al verlo correr con un bastón en la mano, vociferando palabrotas de maldición y a la vez tratando de alcanzar a alguno de los vagabundos que lo molestaban inmisericordiosamente.

Quizá algo no entendible para el conocimiento humano habrá en la mente de estos personajes. Gurino era uno de mis personajes favoritos y lo recuerdo así: alcanzaría una estatura no más de 1.68

metros, bastante viejo, con un bastón que parecía tan viejo como él, de sombrero, muy encorvado y con una barba que siempre me pareció incipiente. Quizá el misterio que me infundía se debía a que era un hombre que siempre andaba corbata, chaleco y pantalones anchos sostenidos con tirantes vistosos. Pero ese personaje de corbata, chaleco, tirantes y sombrero siempre se vio acompañado con un tarro. ¿Para qué ese tarro?. Posiblemente todos piensen que era para pedir limosna, pues no, era el tarro del atol. Gurino diariamente se iba a la pulpería cercana a su casa y compraba diez centavos de maicena y diez centavos de azúcar. Siguiendo una rutina se dirigía para donde Ña María Castro, quien era una viejecita muy bondadosa y siempre se ofrecía a hacerle a Gurino el atolito diario. En cierta ocasión como era costumbre llegó Gurino donde Ña María Castro y le entregó los consabidos ingredientes con tarro incluido para su atol. Agreguémosle que Ña María tenía que ponerle componentes adicionales como la leche y la canela y en algunas ocasiones hasta los huevos empleados para hacerle el succulento atol. Ña María tenía en su cocina una pequeña ventana en la puerta la cual era muy alta para la estatura de Gurino, esto lo obligaba a ver por la ventana de una manera muy forzada porque quedaba colgando. Pues bien, lo vuelve a ver Ña María en esa posición y le exclama ¡Gurino quítate de ahí! y reprocha Gurino, ¡lo que usted quiere es comerse mi atol! y desde ese momento Gurino, con más celo que de costumbre, vigiló la confección de su atol y Ña María nunca más objetó la vista de su gratuito cliente.

Otro recuerdo de mi admirado Gurino fue que siempre llegaba a la casa del respetable y también amable Don Salomón Saborío, quien vivía en la casa que le llamaban La Chanquila, sita a 100 metros al Sur de la Escuela. Don Salomón Saborío ayudaba en el atuendo de Gurino y periódicamente regalaba tirantes y corbatas, las cuales Gurino lucía elegantemente. Para llegar a la entrada de la más Chanquila había que subir una escalera que además de espigada, era un tanto larga. Como a veces a los adultos se nos mete el duendecillo de la broma, Salomón vio a lo lejos que venía Gurino y preparó una broma. Al llegar Gurino a la puerta, tocó el timbre y cual sería su sorpresa que se le apareció un fantasma terrorífico que había creado Don Salomón con una máscara de su propiedad que era horripilante. Gurino bajo las gradas en un santiamén y como alma que lleva el diablo, salió gritando y a lo que podía correr, hasta

llegar a la plaza de deportes ya sin aliento y a punto de desfallecer. Cuando volvió en si, contó la aparición en la Changuila. Los atrevidos de la Plaza se fueron donde Salomón y al ver de lo que se trataba terminaron muertos de la risa.

El papá de Gurino era don Procopio Aguilar persona bondadosa y muy religiosa. Gurino vivía al sur de la Iglesia Católica de Escazú, y era un domingo cuando -decide salir de nuevo. Don Procopio le dice Gurino vaya a misa, a lo cual el otro le contestó !yo, no voy a misa! !vaya a misa! !yo, no voy a misa!, pero entre el yo no voy a misa y el usted va a misa, don Procopio lo iba amenazando y empujando a Gurino con la ayuda de un bastón. Al fin y al cabo Don Procopio logró su objetivo cual fue, llevarlo hasta la misma Iglesia donde lo introdujo y lo obligó a escuchar la Santa Misa.

Cholo Guineo

Es el hijo de Mardoqueo. A los dos - padre e hijo- los recuerdo siempre sonrientes Cholo Guineo siempre lo recuerdo como un muchachón, alto, esbelto, de cara redonda, pelo alisado y con una gran sonrisa, siempre, pero siempre con saco de buen corte. Si lo recuerdo cerca de mi casa, cuando otros niños lo empezaron a molestar y enfurecido los “cogía a pedradas”. Si veía que quienes lo molestaban entraban a una determinada casa, cogía la casa a pedradas hasta que pasará su furia o las piedras a mano terminaran. Así como era de belicoso, también era muy enamorado, y apenas se le acercaba una muchacha hasta por accidente, empezaba a hablarle con un diálogo que se iniciaba así : una muchacha... muchacha... muchacha, ¿de quien es hija usted? Una vez que conocía el sitio donde vivía la muchacha amenazaba a empezaba a pasar y a preguntar por la muchacha. Todo su ataque amoroso concluía cuando nunca más volvía a ver la muchacha y se aburría de pasar por el mismo sitio, una y otra vez. Hoy por hoy, todavía nos acompaña Cholo Guineo y siempre lo vemos deambular por las calles de Escazú. Cuando alguien lo molesta no le tiembla la mano para visitar el alcalde, ministros, diputados y del mismo Presidente de la República asegura tener documentos don de señala las acusaciones que ha entablado con los malhechores que los insultan. para todos aquellos que lo insultaron y ofendieron hoy tenemos todavía tiempo para darle una fina atención a Cholo que al fin y al cabo ha creado historia para nuestro pueblo.

Perra Pendeja

No era tan viejo como se supone. Si lo recordamos siempre con un cuchillo N° 28 en sus manos. Creo que de todos era el que más infundía miedo por motivo de que su machete N° 28 era un arma letal en caso de que lograra alcanzar a sus ofensores. Lo único que realmente lo enojaba era el mote de Perra Pendeja. Una vez que escuchaba ese apodo, blandía su cuchillo y lo pasaba por el pavimento o las piedras, sacándole chispas al mismo y al momento como cucarachas en una fumigación, únicamente se velan correr para todos lados los ofensores.

Chuta Velero

Era un hombre de tez blanca, de barba y muy alto, con su distintivo sombrero, el cual le daba un aire de elegancia. Era un pedigüeño, pero de una estirpe muy especial. Era un pedigüeño que aceptaba cualquier cosa que se le diera, pero tenía que ir acompañada de algún dinero aunque fueran centavos. También recibía dinero en efectivo sin objeción alguna. Por ejemplo se le daba un huevo y una peseta, o dos chayotes y zanahoria y cincuenta centavos y cuanto era efectivo cualquier monto. A sabiendas de eso, Doña Marina saber si era cierto y decidió hacer la prueba. Como era de costumbre todas las semanas, Doña Marina salió y le regaló unos chayotes y unos bollos de pan; cuando Chuta Velero vio que la dádiva no ve veía acompañada de efectivo, tiró los bienes al jardín de la casa y volviéndose la señorale espetó a viva voz: tome tonta cochina! y los bienes fueron a parar debajo a las “chinas” que habían sembrado en el jardín. Doña Marina, en respuesta le gritó: viejo malagradecido, eso era lo que quería saber, aquí no vuelva a venir! por que no le volveré a dar nada. Valga decir que Dora Marina no volvió a recoger nada más al jardín, porque Chuta Velero nunca más volvió a parecer tocando la puerta de su casa.

Elías Loco

A este lo molestaban pero no reaccionaba. Elías Loco era todo un personaje fantasmagórico. Era ya era una persona mayor y quizá escondiendo algo que padecía en sus piernas se las amarraba con papeles de bolsas de cemento. Siempre se le veía sus piernas bien envueltas, zapatos rotos y su hogar era una gran cantidad de bultos y motetes que lo acompañaban en su largo peregrinar. Utilizaba una

argolla de sombrero, de lo que algún día fue una chistera, debido a que ésta adolecía de copa y lo único que cubría su cabeza era todo lo exterior de lo que fue una vez un sombrero. Siempre andaba con un jarro descarapelado y se limitaba a decir regáleme un ralito. Cuando una buena samaritana le regalaba “el ralito”, que era un poco de café acompañado de un pedazo de pan, daba las gracias y se sentaba en las gradas de la acera (de las casas que solían tener) o en la propia acera. Luego de ingerido el alimento empezaba a sacar de uno de los motetes gran cantidad de papeles de toda especie y figura, así como envoltorios de todo tamaño y sepa Judas que tenían. Después de desenvolver mil envoltorios encontraba algunas monedas de cinco o diez centavos, las cuales envolvía en algunos papeles y los echaba en el vaso en el que le habían servido su café. Se levantaba y se iba. En otras ocasiones pagaba el ralito dejando a las buenas personas que le daban su cafecito unas vainas de bagazo o guineos negros, que quizá alguien le había regalado. Este era un pedigüeño muy particular, ¡pagaba los ralitos que le ofrecían!. También guardaba su misterio. Empezaba a narrar historias sobre extraterrestres, sobre cosas de ultratumba y del más allá, lo cual terminaba uno por preguntarse quien era esa persona, porque por sus conocimientos y modos de narrarlos parecía todo un letrado.

Siempre pensé que lo de loco, era el mote que le impusieron quienes fueron incapaces de comprenderlo y mucho menos, entender la exposición de aquellas ciencias ocultas cuya sola narración haría la riqueza y disfrute de los esotéricos.

Oliva Cabezona

Por la finca de Don Luis Paulino, se veía llegar a Oliva Cabezona, quien era muy brava y ¡todo el mundo le tenía miedo!. Oliva Cabezona siempre llegaba pidiendo un pedazo de pan y por caridad siempre se le daba únicamente un pedazo de pan. Pienso que cuando los mendigos pedían pan era en un sentido bíblico “el pan nuestro de cada día” y que esta sentencia bíblica implicaba todo tipo de alimento; pero siendo muy humanos, los dadivosos se limitaban a darle únicamente pan. Pues bien, Oliva Cabezona, regularmente aparecía en la casa y solicitaba el pan, una vez con este en la mano, se iba a la quebrada que pasaba cerca y lo mojaba y se lo engullía a placer.

Primo

Nunca entendí por que le decían Primo. Primo se deducía que venía como del lado de Puriscal, era un hombre que tendía a ser regordete y tenía una gran carota como una luna, en la cual se le destacaba una gran pelota en la nariz. Su físico mostraba rasgos bastante indígenas y siempre se recuerda con su sombrero de pita. Verdaderamente asustaba, aunque destacaba en él la característica de ser siempre muy respetuoso. En la casa de Doña Mello siempre le daban una limosna. En cierta ocasión estaban todos los chiquillos de Mello jugando en la sala de la casa, cuando Primo sigilosamente aparece con su cara de luna por la ventanilla de la puerta principal; al verlo los niños sorprendidamente, fue tal el susto que se llevaron que salieron gritando despavoridos. Cuando recobraron el aliento le dijeron a Mello que Primo estaba en la puerta esperando la limosna. La sorpresa fue que cuando salieron ya Primo no estaba y dolorosamente nunca más se supo nada de él.

Chita Gay

A mi memoria regresa refrescante la imagen de Chita Gay. De todos los personajes escazuceños posiblemente el de Chita Gay es el que más interés despertó, por cuando nunca pude encontrar quien me informara de donde había provenido aquel particular nombre. Lo de Chita nunca le encontré relación con nada parecido y con Gay, mucho menos, principalmente por cuanto Gay actualmente goza de una connotación que nada tiene que ver con ese mote. Chita Gay era bajita, descalza y con pelo desgredado y con tantos balandranes que más parecía una Gitana. Chita Gay tenía como nombre Mercedes y era hija de Gay. Su particularidad es que todo lo hablaba con ya, así que cuando hablaba era todo un trabalenguas y costaba entenderle. Valga decir que había sitios donde recibía limosna los cuales frecuentaban mucho, lo que permitió que algunos de sus moradores le entendieran su lenguaje como en el siguiente caso: en visita que efectuara a la casa de Ña Mercedes y encontrándose con ésta le dijo ¡hay, Ña Mercedes, ya, ya, ya, ya, vengo de yadonde yajobo morales de que ya deje tuitico cagado!. Lo cual traducido al idioma escazuceño quería decir: vengo de la carnicería de Jacobo Morales y había dejado un tustico –cabeza de res utilizada para hacer sopa- encargado. Luego del saludo y de esa breve introducción continuaba: ¡Ña Mercedes ya, no tiene por hay una yatolla, una yatalla, y una yanalla

que me yegale!. Traducido: la yatolla era una cotona –bufanda larga que las viejecitas usaban para ir a misa-, la yatalla era una toalla y la yanalla era una enagua. Como se puede ver era todo un dialecto que obligaba a una verdadera traducción.

Aclaro que Chita Gay no era sola en este mundo, aparte de su madre tenía tres hijos quienes vivían en familia con su hermano Moncho. Moraban para abajo del cementerio de los ricos, cerca del río Jaboncillo. La característica principal de Moncho era que utilizaba de por vida un pañuelo en la cabeza amarrado de una forma muy particular. Pero sobresalía que el color del pañuelo hacia perfecta combinación con el resto de su vestuario, ya que el mismo había perdido sus colores naturales. Le hacía cuatro nudos en cada punta del pañuelo, lo que semejaba unas pequeñas orejas, que lo hacían verse muy gracioso, pero Moncho reaccionaba enojado a quienes se burlaban de él.

El final de Chita Gay fue triste y doloroso, primero murió su madre y luego su hermano Moncho y de sus hijos nunca se supo más. Como episodio final de su vida se recuerda que Chita Gay acostumbraba a pasar la noche arrinconada a un alero de una casa de una familia que cuidaba una finca. En una ocasión la familia cuidadora salió de paseo y dejó al hermano de la señora al cuidado de la casa, sin advertirle que normalmente en horas de la noche Chita Gay ingresaba a dormir. Era una noche muy oscura cuando el guardián escuchó ruidos y presumiendo que era un ladrón se acercó sigilosamente y con una barra de hierro empezó a darle fuertes golpes, como el ladrón gritaba le daba con más fuerzas hasta que lo calló para siempre. Dejó que amaneciera y al ver que era Chita Gay la muerta, la arrastró hasta un foso que había en el patio y lanzándola allí la cubrió con una tapa de concreto. Días después se iniciaron movimientos de tierra en la propiedad y un tractor por casualidad pasó la llanta del vehículo y quebró la tapa, con lo que quedó al descubierto el cuerpo brutalmente golpeado de Chita Gay. Así terminaron los días de un personaje que siempre permanecerá en mi memoria y en la mayoría de los escazuceños.

Las Yoyas

Escazú también tuvo sus artistas que dieron de que hablar por la categoría de sus actuaciones. Las Yoyas eran varias hermanas, entre ellas estaban Norma, Tina y Yanneth.

Recién terminada la secundaria por parte de Yanneth, ésta cambió su nombre de pila y se lanzó al estrellato con el nombre de Peggy, a quien se le anunciaba como la “rubia de oro” o la “rubia de fuego”. Para ese entonces chiquillos de los primeros años del colegio, hacíamos tours a la casa de Las Yoyas para ver a la famosa Peggy. La recuerdo como una escultural mujer, de tez blanca, pelo rubio, labios de rojo carmesí y con un vestido de color rojo y muy ajustado a su bello cuerpo, subiendo a un automóvil que llegaba por ella. Peggy debutaba únicamente en lugares de categoría de aquellos años, como el cine Líbano, donde los llenazos eran totales para ver a la “rubia de fuego”, aunque también debutó en salas de espectáculos en el exterior.

Alcanzando la fama y con ello altos ingresos, Peggy, la bailarina de strip-tease, y su esposo —porque Peggy fue casada con un pindongo— se trasladaron con toda su familia a otro lugar fuera de Escazú. Cuentan que también se llevaron a la abuela y nunca más volvieron a Escazú, pero su recuerdo vive aún en los que fuimos adolescentes fanáticos de Peggy “la rubia peligrosa”.

Los Pichones

Cuando se nombran a los Pichones, a la memoria arriban las imágenes de Don Miguel Pichón y doña Virginia y con ello trabajo, honradez, don de gente y espontánea sonrisa. Creo no equivocarme al decir que Don Miguel Pichón y señora son monumentos al trabajo. Vivencias de ello fueron: primero la verdulería motorizada ambulante y luego, ya estacionados cerca de la Plaza de Escazú, otro negocio verdulero complementado con una carbonería. Recuerdo ir a comprar principalmente carbón y ver sus niños siempre tiznados producto del juego en el área de la carbonera. Don Miguel Pichón era hijo de una Pichona, Doña Genoveva, siendo sus tías Vina, Ña Ramona y otra tía que se escapa a mi memoria, pero si recuerdo a su primo Lencho. Un hijo de don Miguel y Doña Virginia ha destacado por ser un gran pintor para orgullo de Escazú y del país.

Papi el de Pancha

Nunca supe por qué desde niño le decían Papi el de Pancha. A Doña Pancha la recuerdo atendiendo su pequeña verdulería, la cual mi memoria considera que nunca alcanzó la tenencia de más de cinco chayotes, diez culantros, un kilo de vainicas y unas cuantas papas;

pero cosa curiosa lo que el cliente pedía siempre lo tenía. Lo que recuerdo que nunca faltó y doy fe de ello, eran los pedazotes de coco que vendían a cinco centavos. Lapidario fue cuando por efectos inflacionarios lo subió a diez centavos el pedazo de coco y hasta allí llegaron mis felices viajes a la verdulería de Doña Pancha, porque esa suma ya era muy difícil alcanzarla entre semana.

A Papi el de Pancha nunca se le conoció trabajo alguno, pero era de esas personas que despertaban mucha simpatía por cuanto siempre andaba sonriendo y era muy alegre.

Cachancha

Cachancha era todo un personaje, trailero de profesión. Hombre grueso, tendiendo a gordo, con un vozarrón y destacaba por usar siempre la camisa desabrochada, debido a que no le cerraba por su voluminoso abdomen. Le gustaba bastante el licor y una vez con unos cuantos “mecatazos” adentro, había que esperar el siguiente pleito.

Cachancha tenía un hijo que guardaba características físicas de su padre. Le llamaban Spanky el de Cachancha. En cierta ocasión llegó al Colegio de Escazú con una revista. Su profesora de Francés se acerca a ver en qué consistía la algarabía que había alrededor de Spanky. Al asomarse por sobre los hombros de los alumnos quienes estaban ensimismados, lo que no les permitió percibir la llegada de su profesora, ésta observa que Spanky estaba haciendo gala de una revista pornográfica *Play Boy* en sus manos. Su profesora le interrumpe ¡Spanky qué es esa revista!, él muy respetuoso reclama ¡profe, es una *Play Boy*, es que la profesora de Arte nos solicitó que trajéramos cualquier clase de revista para hacer un collage y en mi casa solo *Play Boy* hay. El alumno cumplió con su tarea y su profesora no tuvo ningún otro argumento para alegar la presencia de ese tipo de revista en un centro educativo. El estudiante estaba cumpliendo con su tarea.

LAS MASCARADAS DE MI PUEBLO

Tomás Sánchez Flores
Seudónimo: EL CHIRCA

Se acerca el día de San Miguel Arcángel, 29 de setiembre. De nuevo, empieza a palpar mi corazón por el ansia de que llegue ese día, un día muy importante para los escazuceños porque son las fiestas patronales. Niños, jóvenes, adultos y viejos se aprestan a vestir sus mejores galas para asistir a la misa concelebrada y festejar a nuestro patrón. Para todos y en especial para los adolescentes el 29 de septiembre es sinónimo de mascaradas o payasos. En Escazú, una fiesta sin payasos y cimarrona no es fiesta.

Cuando niño les tenía pánico; observar a la giganta, al diablo o al policía bailando y dando fuertes manazos era una experiencia terrible, máxime si nos correteaban por las calles. El toro siempre venía delante de los payasos, era temible, no respetaba nada, salir golpeado de un cachazo o cabezazo era usual. Como nativo de este cantón, las mascaradas representan uno de los aspectos más entrañables de mi vida; quedé marcado para toda mi existencia al punto que llevo impregnado en mi ser todo eso que llamamos payasos y cimarrona. Nunca podré olvidar a Don Pedro Arias ni a su hijo Don Amado, cuando desfilaban con los payasos por las calles, ellos siempre venían por delante dirigiendo a los muchachos. Don Pedro usaba sombrero y camisa a cuadros de manga larga como la de nuestros campesinos, en la mano llevaba una “verga de toro” que utilizaba para advertir el comportamiento de los que llevaban los payasos. Otro aspecto que no olvido es el *pik-up* o vehículo que tenía para transportar las mascaradas. Cuando ese carro willis de cajón de madera pasaba por mi casa no podía contener la alegría que sentía al ver los payasos rumbo al centro de Escazú o a otro pueblo. Si era que iba para el edificio de la antigua municipalidad, donde por lo general salían, no

quedaba más que echar a correr para ver si tenía oportunidad de ponerme un payaso.

Cuando se habla de tradiciones de nuestro pueblo ya sea a nivel cantonal o nacional, y se toca el tema de las mascaradas, se comenta por lo general de los payasos, esto es, de la estructura de las máscaras propiamente (las facciones de la gigante, la cara del policía, las minifaldas, los cabezones, los bustos y nalgas sobresalientes de las diferentes gigantes, la nariz, la boca, las mejillas coloretiadas, las facciones de la bruja, etc.). Sin embargo, se nos olvida, que los movimientos, ademanes, bailes, y demás piruetas de los payasos son ejecutados por personas.

De todos es conocido que la cimarrona es esencial para los payasos, no obstante, para que éstos cobren vida, se necesita de la participación de la muchachada: niños, jóvenes, adolescentes y adultos que cargan estas estructuras. Este es el aspecto que quiero resaltar en el presente relato y en especial las vivencias de una persona que a la par de jóvenes de hoy día sigue poniéndose esas mascaradas.

El apego a las mascaradas en nuestro cantón viene desde tiempos añejos, originado por los mantudos propiedad de Don Pedro Arias y Don Santiago Bustamante, allá por los años 30. Debido a ellos, en Escazú se tornó en una tradición que llegó para quedarse a pesar de las muchas vicisitudes que se presentan en la actualidad. La costumbre de sacar los payasos para las fiestas patronales con el correr de los tiempos se fue arraigando en el pueblo, al punto que La Ciudad de las Brujas es conocida también por los famosos payasos de Don Pedro Arias. En ese sentido, desde el punto de vista de las personas que nos gusta ponernos las mascaradas, se va produciendo una especie de evolución en esta experiencia, o sea, en edades infantiles visualizamos las mascaradas de una forma, durante la adolescencia y cuando adultos en otra forma. Se producen, empíricamente hablando, varias etapas por las que pasa una persona desde su niñez hasta la edad adulta, en el manejo de los payasos.

De niños las mascaradas nos producen terror, pánico y hasta traumas. Es común que cuando estamos en brazos de nuestra madre y nos llegan a asustar los payasos lloremos desconsoladamente. Luego con el pasar del tiempo, y ya un poco más grandecitos se produce un fenómeno interesante. Les tenemos miedo y a pesar de ello nos gusta verlos bailar; es como si nos atrajeran pero a la vez despiertan un cierto temor. Temor bien infundado debido a los golpes que nos

pudieran dar. A través de los años los payasos nos van cautivando y entre miedo y alegría nos acercamos a ellos y es cuando se produce una de las experiencias más inolvidables de nuestra infancia, por primera vez experimentamos el ponernos una mascarada. En edades tempranas y debido lógicamente a nuestra pequeña estatura, a lo que podemos optar es a una máscara y al vestido correspondiente, el cual se compone de una pijama de colores vistosos y floreada. Con el propósito de molestar a la gente, nos conseguimos un chilillo de olivo. Las mascaritas son de diferente color (rojas, azules, verdes, amarillas) de aspecto deformado para resaltar o provocar miedo. El andar con este traje nos produce una alegría indescriptible, activada por esa música incomparable de la cimarrona. Corremos hacia otros niños para asustarlos, de vez en cuando se produce uno que otro pleito o discusión por algún enojo o disgusto.

Otras veces, a los adultos no les gusta que molestemos a sus niños, que por lo general son nerviosos.

De la mascarita continuamos el proceso hacia los cabezones y minifaldas; nuestro cuerpo está más desarrollado, ya no nos hace gracia la máscara. Estos se componen de varillas de hierro que forman el cuerpo (la cintura y el tronco), el cual en la parte superior lleva montada la cabeza (el diablo, el duende, el San Nicolás, el campesino, el panadero, etc.). Con estos disfraces uno se siente digamos de mayor poderío porque son más grandes y se pueden dar cabezazos y a la hora de bailar es fácil ejecutar movimientos que hacen al payaso lucir. Al corretear a niños y adolescentes, se produce mayor sensación porque son máscaras de mayor tamaño y de respeto; además, son más altos e inspiran más miedo. En edades entre 10 y 14 años son las mascaradas que podemos usar. Se llega uno a identificar con ciertos payasos, que cada vez que hay fiestas trata de sacar el que más le fascinó. Mi predilecto era el diablo ya que se ajustaba muy bien a mi físico; con esta máscara asustaba a cuanta persona, niña, niño o jovencita se atravesara en el camino. El diablo tenía una particularidad, en las orejas y la punta de la lengua le colgaban cascabeles. Al saltar y correr se escuchaban y era un aspecto que ayudaba a dar una sensación de mayor miedo. A la hora de sacar payasos era una verdadera batalla porque debía competir con los demás compañeros para que no me quitaran al diablo.

Llega el momento en que nos hacemos más maduritos y de los cabezones y minifaldas pasamos a los más grandes de la mascarada,

a los gigantes y gigantas, esto es lo máximo para un montador de payasos. Cuando se sacan este tipo de disfraces, se llega como diríamos en el fútbol, a primeras. Estos son más pesados que los anteriores. Su armazón lleva más varillas, son anchos de cuerpo, y en el caso de las gigantas los bustos y nalgas presentan cierta exageración. Una mascarada para que inspire miedo, debe tener las facciones de la cara exageradas y deformes, los colores vistosos, lo mismo que la ropa. Al igual que sucede con los cabezones uno siempre selecciona aquel que más le gusta, ya sea por una u otra característica. Prefiero las gigantas porque el armazón es más ancho lo que facilita los movimientos en el momento de bailar. Al son de la cimarrona y dentro de un payaso la persona que se pone una mascarada se transforma; empieza a bailar con movimientos de gran rapidez, gira, se inclina, lanza manazos y se dan cabezazos. Este punto es muy importante, un desfile es espectacular y causa gran impresión cuando la persona que lo lleva baila alegremente y se mueve al compás de la música.

El payaso no luce si no baila, uno debe motivarse para que el disfraz cobre vida. Un payaso, mientras una persona no se lo ponga es como si no viviera pero una vez que se introduce en el armazón él vuelve a nacer y adquiere su personalidad; cada máscara tiene sus particularidades y no hay dos máscaras idénticas.

Los gigantes cuando se mueven de una forma característica: movimiento o giros a gran velocidad, inclinaciones rapidez, saltos en caballito, balanceo de hombros, etc., transmiten magia y alegría en los espectadores. Este es un aspecto por el que más me preocupo, porque se produce una identificación entre la gente y las mascaradas. El ambiente en derredor se transforma, valga la oportunidad para indicar que es como una terapia tanto para el que lleva el disfraz como para el que participa en el desfile. Es muy lindo ver a los adultos con esa alegría o más bien con esas añoranzas de tiempos idos; me atrevería a decir que en su interior lloran porque ellos, en especial los hombres, en sus tiempos mozos recuerdan las mascaradas. Muchas pero gran cantidad de personas, hoy adultos mayores, bailaron payasos y saben lo que es esta experiencia. Diría que sucede algo así como con el café, ¿quién no ha cogido o recolectado ese grano en Costa Rica?, ¿quién en Escazú, en su tiempo de juventud, no se ha puesto los payasos?.

En la mascarada se produce una situación importante con personas de otros países. A los turistas les encanta tomar videos o fotografías de

los disfraces cuando bailan en una esquina de calle. Se observan alegres, incluso hasta personas jóvenes se introducen en los armazones, con el propósito de gozar de la fiesta.

Estando dentro del payaso se forma una unidad entre el que lo lleva y la estructura misma, son una sola cosa. A través de las varillas uno puede observar todo lo que sucede alrededor; en tiempos atrás, era característico observar al famoso Merominga reventando los cachiflines o cuetes en cada esquina por donde pasaban los payasos. Esa costumbre ya no se hace en la actualidad, en cada esquina al llegar los disfraces este señor encendía la pólvora y de inmediato la cimarrona entonaba una canción, eso le daba al espectáculo una gran singularidad, porque le ponía chispa.

Por medio de la pólvora que se reventaba las personas podían darse cuenta por donde iban los payasos y así llegaban a congregarse con los demás. En la cimarrona, recuerdo a Don Genaro Castro, Don Sétimo Monge, Don Ricardo Marín, y otros más, todas estas personas ya entradas en edad, le daban a la actividad un sabor característico, una identificación. Cuando se les veía con los instrumentos en los alrededores de la municipalidad, nos palpitaba el corazón porque sabíamos que iba haber payasos. En la mente de los payaseros son imborrables las canciones de la cimarrona.

He bailado payasos por 30 años, y recuerdo cuando íbamos a San Antonio, donde Don Pedro Arias, a dejar los payasos. En ocasiones, teníamos que ir a dejar los payasos a su casa por la calle de los Entierrillos. Esto sucedía, en razón de que el carro no llegaba por los payasos o alguna otra razón. Era aquel tumulto en la casa de adobes que don Pedro se ponía bravo. Una vez dejados los payasos nos veníamos hacia la casa con esa gran satisfacción. Al concluir las fiestas de San Miguel, los amigos del barrio donde vivimos, seguíamos con esa idea de los payasos. De niños, lo que hacíamos era coger un palo de escoba y clavarle otro más corto en

un extremo, quedando en forma de cruz, de esta forma y con el uso de una bata vieja de mamá, construíamos un payaso y seguíamos meses y meses con ese juego.

En la actualidad, los payasos de Don Pedro Arias ya no se presentan en nuestro cantón. Según parece, Alvaro Arias, un nieto, los tiene. En San Antonio, otro nieto, Gerardo Montoya, cuenta con su propia mascarada. En Escazú, Don Enrique Barbosa, el peluquero, fabricó otra mascarada considerable. Esta es la que se presenta continuamente en



Mascaradas de Escazú

el centro de la ciudad. Con esta mascarada hemos disfrutado de tiempos pasados. Enrique es una gran persona, con él hemos participado en los carnavales de San José, los fines de año. Esta es una gran experiencia porque se luce los payasos a toda Costa Rica. Jóvenes como Gordo López, Cheque y su hermano Pelé, son unos fiebres para los payasos y son los que Barbosa llama cada vez que hay una presentación. Ellos y otros amigos llevan varios años montando payasos.

Estos disfraces han recorrido muchos lugares del país. En una ocasión los llevé a San Rafael de Platanares, en Pérez Zeledón, al colegio de ese distrito. Se presentaron para el día de los faroles (14 de septiembre) y para el desfile del 15 de septiembre, en el año 2001.

A todos les encantó, los profesores, los estudiantes y hasta el asesor del circuito Don Adrián Mora quedó encantado. Este señor quedó impactado, porque recordaba su infancia.

Los payasos son un fenómeno de cultura popular que expresa la identidad de un pueblo, insto a todos los jóvenes para que no se pierda esta tradición. Aquellas personas que muestran habilidad para fabricar disfraces, no desistan en eso, continúen mejorando sus mascaradas o consulten con personas como don Enrique Barbosa. De igual manera insto a la municipalidad para que ofrezca talleres de mascaradas a los vecinos que así lo deseen. De otro lado, hago un llamado a todos aquellos jóvenes que tienen habilidad para tocar un instrumento que se integren en bandas y soliciten a los gobiernos locales y fuerzas del cantón para que se forme una escuela de música, y no perder esa tradición que va unida a los disfraces como lo es la cimarrona o banda municipal como le llamamos en nuestro país.

SAN RAFAEL DE ESCAZÚ. EL DISTRITO DE ANTAÑO Y EL DE AHORA

Vera Violeta Sibaja Chacón
Seudónimo: MINI

Este relato tiene como propósito contar algunas de mis vivencias acaecidas en el distrito de San Rafael, del cantón de Escazú; lugar en el cual habito desde hace muchos años.

Con respecto a mi familia formada por mis padres, mis dos hermanas, mi hermano y yo, debo indicar que vivíamos en la provincia de Heredia y que conocimos San Rafael porque mis papás decidieron pasar unas vacaciones en una casa de verano que mi abuela materna tenía en este lugar. La casa se llamaba Villa Blanca. Era una casa muy espaciosa, construida de madera, tenía corredor y un patio inmenso en el cual había una chayotera. Pasadas las vacaciones mis papás decidieron vender la propiedad en Heredia y, alrededor de 1949 nos trasladamos a vivir a San Rafael. Vivimos en varios lugares aledaños y finalmente nos establecimos en el barrio Villa Betina, donde actualmente vivo.

Nos adaptamos fácilmente a las personas del distrito y participamos en todas las actividades para el mejoramiento del mismo. Para la construcción del Templo, mi papá, Fernando Sibaja Blanco, ya fallecido, fue el que más cooperó de la familia. Actualmente, en lugar de Villa Blanca está el Barbecue Los Anonos.

Recuerdo con nostalgia como era el San Rafael de antaño, el del año 1954. La mayoría de las veces utilizábamos candelas para sustituir el fluido eléctrico constantemente interrumpido. Realmente había

muy pocas casas, en su mayoría de adobes; la escuela, la iglesia, una pulpería que a su vez era cantina y salón de *pool*; un zapatero, un cine y un trapiche. Solamente estaba pavimentada la calle principal, el resto de vías de acceso a las diferentes zonas de la comunidad eran cafetales o caminos polvorientos que durante el verano estaban cubiertos de mariposas.

En la calle principal transitaban carretas y ganado. Había pocos automóviles. Para ir a Escazú utilizábamos la “cazadora”, el pasaje costaba quince céntimos. En ese tiempo existían muchos lotes baldíos, árboles frutales, muchas mariposas, plantas y pájaros de distintos colores.

Uno de los cafetales más grandes e importantes era el de la familia Trejos Montealegre que incluía un patio de beneficio cuyo mandador era Gonzalo Flores. En este lugar se encuentra actualmente la urbanización Trejos Montealegre.

El lugar donde está ubicada la gasolinera Shell, contiguo al Barrio Villa Betina, era una placita llamada “el potrerrillo”, donde jugaban mejenga los muchachos, y las jóvenes les hacían barra.

Donde se ubica el centro comercial El Cruce estaba la pulpería El Casino, el cine, la cantina, el *pool* y la casa de Don Hernán Fernández Delgado, quien era dueño de la propiedad y alquilaba el cine al señor Alvar Masís. El salón del cine también se utilizaba, en algunas ocasiones, para actividades sociales. Especialmente, para realizar algunas tardes de bailes juveniles, aunque la mayoría de estos se realizaban en las casas. La música la escuchábamos por medio de la radio o utilizando las consolas con los tradicionales y famosos discos LP. Prácticamente los lugares de diversión eran el cine, *los pooles* y los turnos que se realizaban en la plaza. Es importante indicar que contiguo a la casa de la familia Fernández vivía el ex presidente don Otilio Ulate.

Donde está el Scottian Bank había una pulpería y luego una gasolinera. Al costado este del banco, había una verdulería del señor José Morales, actualmente hay una venta de pupusas. Al lado de esa verdulería estaba la famosa cantina El Águila Negra, propiedad del señor Mario Jiménez.

A doscientos metros de la imagen de San Rafael Arcángel, camino a Santa Ana, estaba la pulpería y cantina La Primavera de la señora Florinda de Flores. Especialmente la cantina es muy recordada por sus excelentes bocas de olla de carne y elotes. Muy cerca

de La Primavera se encontraba otra pulpería cuyo dueño era Juan Fernández.

Al frente de la plaza de deportes existía un bar, propiedad de la familia Cartín. Ese lugar lo ocupa ahora un almacén de electrodomésticos denominado Saffathis.

La Boite Europa era un tipo de bar íntimo visitado por parejas durante la noche. En este lugar se encuentra ahora el Lava Car.

Los trapiches que existían en ese tiempo eran de Séptimo Monge, Manuel Herrera y Lucas León. Mis hermanos y yo frecuentábamos el trapiche de Manuel Herrera, por la amistad que teníamos con la familia. Ahí se pasaba un rato muy alegre observando como se hacía el dulce; además nos daban sobado, melcochas, y luego nos íbamos “a resbalar” en unos pequeños cartones a una montaña que estaba en la misma propiedad. En esta propiedad están ahora ubicadas las Torres Verticales, que son varios condominios.

Disfrutábamos mucho de los turnos, los rosarios del Niño (se daba mucha comida) y de los paseos a Alajuelita el 15 de enero, día del Santo Cristo de Esquipulas. Nos íbamos por Bello Horizonte a pie y todos los potreros estaban con familias enteras almorzando. Ahora esos potreros se han transformado en urbanizaciones.

Camino a Santa Ana está el Mini Súper, hacia el oeste por La Socola había unas pozas que eran llamadas “el brinco” y “el piñal”; ahí se iban a bañar todos los muchachos y las muchachas, eran pozas muy bonitas con agua limpia y clara. De regreso veníamos por un camino lleno de árboles de naranja, desde luego comiendo esas frutas; ahora ese lugar es una urbanización, y las pozas están contaminadas.

Como mencioné anteriormente se hacían turnos con el propósito de recaudar fondos para la construcción del templo parroquial. Las carreras de cintas eran muy emocionantes, además, participábamos en los cordeles de la bruja, disfrutábamos de los payasos y los juegos de pólvora. La banda, la marimba y las mesas llenas de comida que hacían las señoras del pueblo eran parte de la actividad. Todas las familias estábamos unidas y muy entusiasmadas con el progreso del pueblo.

Otro lugar que disfrutábamos era la quebrada Quebradilla donde las olominas, los peces de colores y el agua cristalina nos llamaban la atención; ahora no hay olominas, no hay peces de colores y el agua está totalmente contaminada.

Hacia el oeste está ubicado el centro comercial *Plaza Colonial*. Antiguamente, estaba la casa de habitación de Amado Alvarado y Elia Flores, nativos del cantón.

Donde está ubicado el supermercado Más x Menos, existía un lugar denominado el

Rollerama, era un salón para ir a patinar. Fue construido por una familia de descendencia italiana de apellido Pinagel. Posteriormente la propiedad fue vendida a la familia Uribe quienes construyeron el supermercado.

En el espacio que ocupa actualmente el restaurante de comida rápida Burger King se encontraba la casa del señor Alejandro Cartín y su familia, propietario de una gran cantidad de terrenos y nativo de San Rafael de Escazú.

Las familias Flores, Cartín, Saborío, Fernández, Herrera y León son nativas de San Rafael. La mayoría con muchas propiedades que cooperaron y continúan cooperando con el surgimiento del distrito.

Muchas familias nacidas en San Rafael han vendido sus propiedades a muy buen precio y han comprado terrenos en otros lugares. Tal vez emigraron por problemas económicos o porque se aburrían de tantos carros y centros comerciales que existen en el distrito. Se han ido principalmente las personas que vivían a orillas de la carretera principal. Me decía un señor que se tuvo que ir porque el ruido de las motos, buses y camiones de carga no lo dejaban ni siquiera escuchar la televisión.

Todos los personajes de un distrito somos importantes, ya que cada uno pone un granito de arena para que surja un barrio; pero hay personas que colaboran más que otras. El ex presidente Otilio Ulate Blanco, como lo mencioné anteriormente, tenía aquí casa y propiedades. Ayudó mucho en la construcción del templo San Rafael Arcángel. Cuando era el mes de diciembre hacía una fiesta en el "Casino" e invitaba a todas las familias de San Rafael. En esa época eran pocas y les daba comida y regalos a todas las personas. Los niños se llevaban un regalo de navidad y una bolsa llena de confituras y frutas.

El Presbítero Yanuario Quesada ayudó mucho al surgimiento del distrito, razón por la cual la escuela lleva su nombre.

Don Miguel Flores y señora donaron el terreno donde está ubicado el Templo.

Don Matías Morales ayudó en la construcción del Templo y de la escuela (el salón de actos lleva su nombre).

Don Filadelfo Fernández fue el sacristán del Templo por más de 30 años. Él y toda su familia ayudaron mucho a la construcción del Templo. Don Elí Saborío Flores y sus hermanos y hermanas ayudaron al surgimiento del distrito.

Hay personajes que podrían no haber ayudado al pueblo donando terrenos o brindando algún tipo de ayuda, sin embargo una los recuerda porque de alguna manera se daban a conocer y la comunidad los quería. Estrella era una señora que se veía muy buena, siempre andaba como con varios perros detrás de ella. Nunca supe de donde venía ni para donde se fue. Sencillamente desapareció.

Recuerdo a un personaje cuyo nombre verdadero nadie conoció. Le decían Cañama. Era muy estimado por la comunidad; de baja estatura, alcohólico, de la tercera edad, muy servicial y de muy mal carácter. Le gustaba que lo molestaran, cuando era ignorado se enojaba. Él no ejercía ninguna profesión pero ayudaba en labores de jardinería. Parece que en una crecida del río San Rafael, el agua se lo llevó. Muchas personas ayudaron en su búsqueda pero su cuerpo nunca apareció.

Otro personaje fue Media Libra. Bajito, gordo y muy servicial. Aunque vivía en Escazú, fue muy estimado por toda la comunidad escazuceña dada su condición de chofer de las cazadoras de Escazú.

Don Juan, un señor extranjero, siempre vestía con manga larga y de gris. Vendió muchos lotes en el Barrio Villa Betina. Mis padres le compraron uno. En ese tiempo 1000 metros costaban 18 mil colones a pagos.

Entre los personajes del distrito estaban la maestra Leticia Solórzano y su tío el doctor Pupo. Fueron los primeros inmigrantes que llegaron al pueblo. Incluso compraron muchos terrenos y decidieron vivir definitivamente en el distrito.

Tanto la maestra Leticia como el doctor ayudaron de manera incondicional a la escuela y a la comunidad en general. Cuenta la maestra Leticia que el doctor ayudó en la instalación de la cañería, pues muchas personas padecían de anquilostomas y amebas. En 1908 se instaló la cañería de Escazú estando de Presidente de la República don Cleto González Víquez.

Dice doña Leticia que otra familia que llegó a San Rafael fue la de doña Beatriz Seco de Segura, su finca es heredada de sus abuelos, don Jesús Zúñiga y don Filomena de Saborío. Era una hermosa casa de adobes y amplios corredores, construida sobre una pequeña

loma, cerca del río Agres o río San Rafael. También cooperaron con el surgimiento del cantón.

Las personas vivíamos muy tranquilas en esa época. Igual que hoy somos trabajadoras, honradas, serviciales. La diferencia es que ya no somos todos conocidos, dado que la comunidad ha perdido su identidad por la población heterogénea que ahora reside en los lugares aledaños. Ya no existe la amistad de vecinos cogiendo café, ordeñando vacas, o laborando en los trapiches. Incluso hemos perdido la tranquilidad de antaño por el vandalismo producto de la inseguridad ciudadana, además, tenemos que enfrentar no solamente la contaminación de los ríos sino la sónica por causa del tránsito vehicular.

En los tiempos de antaño y ahora queremos a las familias que todavía, al igual que la nuestra, continuamos ayudando a la comunidad. Antes me sentía tranquila porque no había ladrones, ahora la inseguridad ciudadana no nos permite vivir con la tranquilidad del pasado. Sin embargo sé que hay precios que pagar producto de la modernización. Es importante manifestar que las familias de trayectoria en el lugar mantenemos nuestros principios de amistad, solidaridad, respeto y espiritualidad.

Extraño los turnos en el centro de San Rafael, pues su población heterogénea no lo permite. Las personas prefieren el cine, los bares, los restaurantes, los conciertos, etc. En Guachipelín si es posible realizar turnos debido a que hay mucha gente del pueblo. Es un barrio compacto, a pesar de estar rodeado de tantos lugares modernos como el centro comercial Multiplaza.

Creo importante mencionar el origen del nombre San Rafael. Cuentan que el 24 de octubre de 1861 hubo un fuerte temporal, que duró 15 días y se desbordó el río San Rafael. Las personas le pidieron a San Rafael que les ayudara para que ese temporal se terminara. Por esa razón, al terminar el temporal, las personas agradecidas le pusieron al distrito y al Templo San Rafael Arcángel.

El distrito ha surgido gracias a muchas donaciones. Mencionaré algunas: el señor Miguel Flores y su esposa regalaron el terreno donde está ubicado el Templo. La plaza fue donada por tres familias: familia de Miguel Flores, de Anselmo Cartín y la Portugués.

El terreno de la escuela fue donado por el señor Anselmo Cartín.

El templo, de estilo neoclásico, es obra del arquitecto costarricense Teodorico Quirós. Su construcción se inició el 2 de julio de 1950. El Vía Crucis, actualmente en exhibición de la sacristía, es obra del pintor

costarricense Jorge Gallardo. El Cristo Crucificado (donado por el señor Elí Saborío y familia) y el Vía Crucis actualmente expuesto a la veneración de los fieles, son obras del escultor costarricense Rodrigo Argüello. La imagen de Nuestro Señor Jesús de Petatlán, obra del escultor costarricense Manuel Zúñiga, se elaboró en el año 1956 y fue donada por el señor Hernán Fernández y familia.

Recuerdo con nostalgia los años que estuve en la escuela y el colegio porque una de las asignaturas que más me gustaba era la música. Recuerdo esas lindas canciones que nos enseñaban y que cantábamos con entusiasmo y cariño. Los estimados compositores arreglaban las canciones de acuerdo a la época en que vivíamos. Eran canciones que estaban llenas de sentimiento.

Hoy reconozco que los vales de Strauss con más de 100 años de haberse compuesto, son interpretados actualmente por varias orquestas en Viena; la música mejicana se escucha diariamente en Méjico y en toda Latinoamérica. Sin embargo, en Costa Rica, son pocos los grupos musicales que interpretan nuestra música. Prácticamente escuchamos la música folclórica en fechas específicas como el 12 de octubre o el 15 de septiembre. Algunas de las canciones costarricenses son: La Guaria Morada de los compositores Roberto Gutiérrez y Carlos López, Himno al árbol de José Santos Chocano y Roberto Campabadal y Caña Dulce de Daniel Zúñiga, solo para nombrar algunas.

Estuve en la escuela Pbro. Yanuario Quesada, mi maestro de música era el pianista Anselmo Sasso. En secundaria estuve en el Liceo de San José, mi profesora de música fue Zelmira Segreda. Recuerdo con cariño a todos mis maestros, maestras, profesoras y profesores, pero en especial guardo un gran cariño a aquellos maestros y maestras que me enseñaron a cantar y querer la música costarricense.

Finalmente, espero que este relato sirva de insumo a las nuevas generaciones en la investigación histórica del cantón, para la producción de videos, entrevistas o cualquier otro tipo de medios de divulgación que permitan conservar los cambios vertiginosos de la comunidad.

Bibliografía

Libros

Zeledón Zúñiga, José Daniel. *Lo que se canta en Costa Rica*. Ediciones Patrias. Imprenta y librería Universal. Décima Segunda Edición. San José. Costa Rica, 1954.

Folleto

Solórzano Pupo, Leticia. *Recuerdos de Antaño*. Costa Rica, 1985.

Boletín

Rito solemne de la dedicación del Templo Parroquial de San Rafael Arcángel. San Rafael de Escazú. Fecha de publicación: 27 de octubre de 1996.

LA VELA DE DON CARLOS

Fred Villalobos Guzmán

Seudónimo: RAMON VILLA

-¡Papito, se murió Don Carlos!

-¿Don Carlos, el de la pulpería?

-Si, estaba enfermo, lo tenían con máquinas y hoy murió.

-Bueno, en la noche vamos a la vela, porque mañana no puedo ir al funeral.

A ún soñoliento por la fiesta que había tenido hace unas pocas horas, me metí al baño y como si fuera una ducha de recuerdos, las imágenes del viejo barrio fueron cayendo sobre mi cabeza: el correo de vidrios y paredes aparchonados con golpes de bolas, el sonido insistente del martillo de don Alejandro en su zapatería, un grupo de niños devorando frutas recién apiadas bajo la sombra de los árboles sembrados en la casa de la niña Ana muchos años atrás, la iglesia bautista, cuyo ojo de agua abastecía a toda la cuadra en tiempos de escasez, la vagoneta de don Chisco y el pasadizo junto a mi casa, ambos lugares favoritos a la hora de jugar escondido, el muro de los Protti, la casa de adobe de doña Chayo y al fondo, como una abuela que ve jugar a sus nietos, la pulpería de don Carlos.

Caminaba con mi madre a las siete de la noche, bajo una lluvia incesante que casi llegaba a aguacero. Mi destino era el viejo barrio y la casa del difunto, en la cual esperaba encontrarme después de tanto tiempo a la gente que me vio crecer: ¿cuántos días de San Miguel como ese pasé por la cuesta que me llevaba hasta el parque para ir a las fiestas, correr los payasos o ver el juego de pólvora junto a mis vecinos?.

- Buenas noches, con permiso, hola, disculpen, permiso, buenas noches..., con estas palabras cautas me fui introduciendo en el irreconocible

espacio de la pulpería, convertida en un corredor y dos habitaciones. Sin embargo, estaba más sorprendido de no ver rostros de antaño como lo había imaginado, hasta ver a la hijastra del finado.

Hannia, lo lamento mucho.

Gracias por venir.

- ¿Y doña Mari?

- En la cocina, pase.

Conforme iba penetrando la morada, oía como los viejo tablones de las paredes rechinaban con los pasos de la gente, pero nadie se percataba que sus traqueos eran el saludo hacia un viejo conocido que sólo los había apreciado por fuera, en la intemperie callejera, cuando sentados en el hidrante o en la piedra de la esquina, se reunía la muchachada a vacilar en las noches de verano.

Un abrazo a Maru, la hija de crianza, y otro a doña Mari, la viuda, seguidos de una sencilla condolencia, fue mi pasaporte a una conversación nostálgica:

- Me extraña no ver gente del barrio por acá.

- Diay m'hijo, la mayoría de ellos se fueron a vivir a otro lado, véase usted. Los que quedamos somos los propietarios, los que tenemos casita propia, porque la mayoría en la cuadra son inquilinos, y esos van y vienen; además, como cerramos la pulpería hace dos años ya no conocemos ni socializamos tanto con los nuevos vecinos.

Doña Mari había dado en el clavo: casi toda la muchachada de los ochentas y noventas había hecho su vida aparte, o como en mi caso, habían conseguido una casa de mejores condiciones en otro sector de Escazú; aunado a ello, faltaba un sitio para amalgamar la vecindad, un lugar en el cual confluyan personas de todas las edades, clases sociales y niveles culturales para solventar una necesidad ineludible: abarrotos de último momento.

En un rincón de la cocina vi a Juan Luis, hijo del fallecido. Después de manifestarle mi pesar le pregunté por su hermana Marta y me dijo que la buscara en la cochera; cuando llegué a ella y le hablé sentí varias miradas extrañas sobre mí, como reclamando atención: la hija y el hijo mayor de Hannia estaban a su lado y no los reconocí, pues los chiquillos a los que ayudaba en los trabajos de la escuela eran ya adultos.

Llegó la hora de ir a rendirle respeto al cuerpo de don Carlos. Se encontraba allí, como siempre, con el cabello peinado hacia atrás y su sonrisa esbozada con naturalidad. Lo único diferente era la ausencia

de sus anteojos y sus mejillas igual de caídas, pero menos rellenas debido a su prolongado padecimiento.

- Don Carlos regáleme medio kilo de huevos.

- Si, ¿qué más papito?

- No, nada más. ¿cuánto es?

- Son cuarenta y dos y medio.

-¡uy, que torta! Me faltan cinco.

- Vaya, vaya, otro día me lo manda. Tome, llévele a su mamá estos bananitos criollos, dígale que son de la finca.

- Esta bien. Gracias don Carlos. Ahorita le traigo lo que falta.

- Bueno, cuando quiera, cuidado al cruzar y no quiebre los huevos.

La amabilidad y el cariño de don Carlos hacia la chiquillada habían marcado los cuarenta años de existencia de la pulpería y su hermosa rutina diaria: salvo los domingos y feriados abría a las seis de la mañana en punto para vender el pan y los enceres del desayuno, además de jugos y galletas para los escolares; en las horas cercanas al mediodía era frecuentada por amas de casa y niños con algún contrat tiempo en su almuerzo; por la tarde la hora del café nuevamente agotaba el pan de Porras que ahí se vendía, en parte por los vecinos y en parte por los trabajadores de construcciones y talleres aledaños, que sacaban su ratito para disfrutar un aperitivo, primero en unos rústicos banquitos y en cajas de gaseosas, y conforme pasó el tiempo en la banca de madera que luego fue de metal; a las seis de la tarde se cerraba la puerta esquinera y sólo quedaba la principal abierta para cualquier cliente que, antes de las ocho de la noche, dispusiera una compra.

- Doña Mari: ¿ese radio es el que tenían en la pulpería?

- Si don Jaime, todavía sirve y no se le ha quemado ningún bulbo. Y por allá está la balanza, y por aquel lado la caja registradora, ¿recuerda que escándalo hacía?.

La intriga de mi tío fue despejada y mi memoria fue rebobinada hasta aquellos días en que se oía la voz, arrastrada pero fuerte, de doña Amparo decir: - “¿Maru, a cómo los meneitos?”, y luego de cobrarse se oía el campanazo estridente y el golpe del cajón típicos de la antiquísima registradora, mientras que del viejo radio salía la melodía monoaural de un alegre acordeón, seguido de unos timbrazos alarmantes y una agudísima voz masculina diciendo: “Radio Periódicos Reloj once y treinta minutos”; dichos sonidos se confabulaban

con mi visión de doña Amparo pesando azúcar e iluminada por el reflejo de un bus que acababa de pasar, mientras los olores del almuerzo brotaban de su casa en trastienda.

Cuentan los dueños que aún hoy, dos años después de su cierre, mucha gente mira incrédula y se desubica, mientras algunos ruteros lucen desconcertados, pues el lugar era punto de referencia obligatorio en Escazú (a la manera en que los ticos damos direcciones físicas), una brújula que, como por un hechizo de duende, te guiaba al norte del distrito San Miguel.

Y es que la pulpería La Perla era ese lugar mágico, en el cual el cliente, sin importar quien fuera, conversaba con don Carlos, doña Mari, Maru, Hannia, Juan Luis, o la finada doña Amparo. Era donde el viejito compraba confites a sus nietos, la señora adquiría el consomé que le faltaba, los niños llegaban por galletas y bocadillos, los jóvenes saciaban su sed después de la mejenga, los señores conseguían el bombillo que debían cambiar, y los foráneos acudían en busca de un cigarro y una dirección.

Primero doña Carmen, luego don Álvaro, después don Vicente, doña Amparo, don David, Casey el pastor, y ahora don Carlos. Cuando volví a casa esa noche, no pude resistir preguntarme: ¿al velorio de quién fui hoy: al de don Carlos o al del barrio?.

